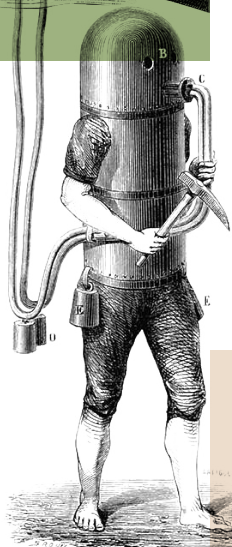
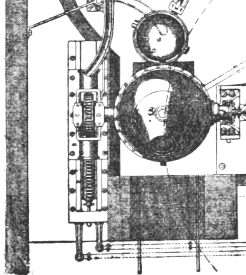
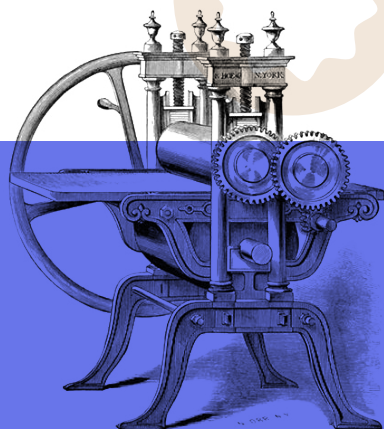
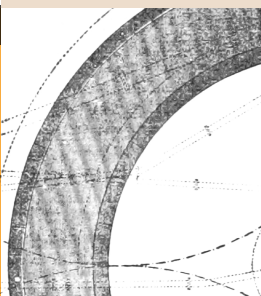


A



La región del sentido

Luz e identidad en los clubes de lectura



SELLO
EDITORIAL
UAO

Z

La región del sentido

Luz e identidad en los clubes de lectura

La región del sentido [recurso electrónico] / Humberto Jarrín Ballesteros [y otros].
– Primera edición. – Cali : Universidad Autónoma de Occidente, 2025.
184 páginas : ilustraciones ; 23 cm.
ISBN PDF 978-958-619-222-4
1. Clubes de lectura 2. Promoción de la lectura. 3. Lectura – Aspectos sociales.
I. Jarrín Ballesteros, Humberto. II. Universidad Autónoma de Occidente
(Cali, Colombia).
CDD 028.9

La región del sentido

© Autores

Humberto Jarrín Ballesteros
Jhon Edward Saa
Claudia María Giraldo Arredondo
Martha Fajardo Valbuena
Paula Bombara
Hugo Gallo
Miha Kovac
Anne Mangen
Manuel Julián Escobar Díaz
Ida Valencia Ortiz
José Zuleta Ortiz
Gabriel Jaime Alzate Ochoa
Luis Bernardo Yepes Osorio
Luis Fernando Cortés Macías
Beatriz Elena Calle Cadavid
Patricia Laverde

ISBN PDF: 978-958-619-222-4

Primera edición: 2025

© Universidad Autónoma de Occidente

Km. 2 vía Cali-Jamundí, A.A. 2790

Gestión editorial

Vicerrectoría de Investigaciones, Innovación y Emprendimiento

Vicerrector de Investigaciones, Innovación y Emprendimiento

Jesús David Cardona Quiroz

Jefe Unidad de Visibilización y Divulgación de la Ciencia, la Tecnología y la Innovación

Editor

José Julián Serrano Quimbaya

jserrano@uao.edu.co

Coordinadora editorial

Angélica María Bohórquez Borda

ambohorquez@uao.edu.co

Corrección de estilo

Sandra Tatiana Rodríguez

Diseño editorial

La Isla en Vela

Cali, Valle del Cauca, Colombia.

El contenido de esta publicación no compromete el pensamiento de la Institución, es responsabilidad absoluta de sus autores. Tampoco puede ser reproducido por ningún medio impreso o digital sin permiso expreso de los dueños del Copyright. Personería jurídica, Res. No. 0618, de la Gobernación del Valle del Cauca, del 20 de febrero de 1970. Universidad Autónoma de Occidente, Res. No. 2766, del Ministerio de Educación Nacional, del 13 de noviembre de 2003. Acreditación Institucional de Alta Calidad, Res. 23002 del 30 de noviembre de 2021, con vigencia hasta el 2025. Acreditación Internacional de Alta Calidad, acuerdo No. 85 del 26 de enero de 2022 del Cinda. Vigilada MinEducación.

Contenido

PRÓLOGO	1
Capítulo 1. Lectura y transformación social	11
La rebelión del lector	12
Léelo con unos amigos, ¡qué nota!	16
Mi primer cuento	18
El canto de las sirenas y la valentía de Ulises que nunca me abandonó	19
Llegan a mí, para no irse jamás	20
Otra manera de leer desde el cuerpo, la voz y la representación	21
A manera de recorrido por aquellas lecturas que nos llegan a través de otras lecturas	22
Películas inspiradas en novelas, obras de teatro	25
La poesía son las palabras que se cantan	26
La lectura como práctica social: una experiencia de fomento desde espacios no formales en la universidad	28
Introducción, contexto e interrogantes esenciales	29
Universidad y lectores: una relación fundamental	31
Aspecto social y aspecto individual: leer por placer es la base del amor por el conocimiento	35
Leer: facetas y responsabilidades	36
Leer de todo en la Universidad: muchas preguntas y alguna certeza	46

Capítulo 2. Lectura en la era digital	53
Acrobacias cognitivas en tiempos de lectura digital	54
Las democracias dependen de la lectura	58
Evolución exponencial	61
El exoesqueleto cognitivo	65
Entrenamiento para el pensamiento analítico	71
Manifiesto de Liubliana sobre la importancia de la lectura de nivel superior	76
Perspectivas de la lectura en un mundo digitalizado	81
El soporte importa: papel versus pantalla	82
El centro de mi investigación: lectura continua y profunda	82
El efecto ficción	83
Resultados	85
Lo que esto implica para la educación	85
Qué opinan los profesores	86
Lo positivo del entorno digital	86
Lo negativo	86
Conclusión del estudio	86
Lectura diversa, pero consciente	87
Una breve visión transdisciplinar de la inteligencia artificial y la transformación de la literatura en la cultura de la era de la información	88
Era de la información (EI) e inteligencia artificial (IA)	89
Arte, cultura, literatura y tecnología	92
Un breve cierre sobre los clubes de lectura colombianos frente a la revolución IA	95
Transformaciones textuales y creatividad: los semilleros de investigación como puerta a la transdisciplinariedad	96
En relación con los temas fanzine y literatura, autogestión y literatura y literatura expandida	98

Capítulo 3. Experiencia estética y lectura compartida en los clubes de lectura	106
La literatura es libertad	107
Leer con los otros	110
La lectura como la primera vía	117
Testamento lector	132
Hay que apostar	144
La experiencia estética	146
El maná espiritual y el espacio poético: Libros, salas y habitantes en el Carnaval del Libro Infantil Comfandi	153
RESUMEN	154
INTRODUCCIÓN	154
Los promotores	156
Primer vestido: el promotor de lectura como un cautivador	156
Segundo vestido: el promotor de lectura como un narrador que resignifica las historias	160
Tercer vestido: el promotor de lectura como un habitante de este mundo en la palabra	163
Cuarto vestido: el promotor de lectura como un artesano que hilvana puentes	167
Quinto vestido: el promotor de lectura como dador de vida	169
Sexto vestido: el promotor de lectura como maestro	174
Séptimo vestido: el promotor de lectura como lector que forma a otros lectores	176

Capítulo 4. Caracterización de los clubes de lectura universitarios en Colombia: un panorama desde las bibliotecas	183
Metodología de la encuesta	184
Lista de clubes de lectura y universidades encuestadas	185
Generalidades y puntos clave	188
¿Qué se lee en los clubes de lectura universitarios de Colombia?	191
¿Cómo se aborda la lectura para su comprensión y dinamización?	192
Impacto y retos de los clubes de lectura	193
Impacto generado	194
Casos para resaltar: trascendiendo el club	195
Retos identificados	196
Conclusiones	198
Referencias	200

PRÓLOGO

Una sociedad para deleitar

Por: Humberto Jarrín B.

1 Profesor. Investigador. Premio Nacional de Literatura del
Ministerio de Cultura (1998).

I.

Es fama esta sentencia de Borges (1969): “Que otros se jacten de las páginas que han escrito; a mí me enorgullecen las que he leído” (p. 27). La frase del argentino nos plantea la presencia de una triada (autor, obra, lector) que, si bien indisoluble, acentúa la presencia de uno de ellos: la del lector, que parece opacar, incluso, atentar a la del escritor, como si se confirmara otra sentencia muy escuchada por ahí: la muerte del autor; otro Dios que ha muerto, con todas sus resonancias nietzscheanas.

En efecto, esta relación autor-lector es demasiado compleja, y aunque no es el asunto de estas notas, es necesario tocarse, aunque sea tangencialmente, en algún punto, porque da origen a una esta pregunta por demás inquisitiva: ¿quién es el dueño y el garante del sentido de un texto?

La respuesta contemporánea pretende ser dialéctica, democrática, distributiva. Y es por esta vía que el lector ha venido colonizando y apropiándose de algunos terrenos que antes se consideraban absolutos del escritor, al punto de sostener, ya sin ambages, que la lectura es una especie de escritura. Barthes (1984) lo dijo: “el nacimiento del lector debe pagarse con la muerte del autor” (p. 65).

Leer es arrancar el texto de su origen para reinscribirlo en un nuevo contexto, el del lector y su mundo. Así lo sostienen algunos de los autores de este libro. De modo que leer es escribir en el margen del otro, convertir lo recibido en experiencia propia.

Cuando la lectura es productiva, activa, crítica y creativa, se dice que en ella la obra se vuelve a escribir, porque leer no es repetir lo que dice el autor, sino construir sentido a partir de él. Cada lectura es una reescritura silenciosa. El lector selecciona, asocia, enlaza, intuye, borra o enfatiza. En ese gesto, el texto original deja de ser una unidad fija para convertirse en una materia viva que el lector reconfigura. Pensemos en Pier Menard, autor del Quijote.

Por esta vía, entonces, nosotros como lectores, tenemos una vasta obra invisible, tanta cuántos libros hayamos leído-escrito. Y hay más para decir: esa obra invisible es, quizás, la única arquitectura que construimos enteramente para nosotros mismos. Es nuestra biblioteca interior, un edificio sin muros levantado en el territorio del espíritu.

Cuando leemos, no desciframos meramente un código; nos convertimos en arquitectos de lo inmaterial. El autor nos entrega un plano, sí, un conjunto de instrucciones maravillosas, pero somos nosotros quienes elegimos la piedra de nuestros recuerdos para los cimientos, la madera de nuestras nostalgias para las vigas y el cristal de nuestros anhelos para las ventanas, desde donde contemplamos y comprobamos que hay otro paisaje, otro mundo posible, uno nuevo, alternativo, con que enriquecemos el actual.

¿Y esto ocurre con cualquier obra que leamos? No, no, no, no..., podría decir, por su parte, Pedro Salinas (1948). Eso solo lo hacen los lectores. Y aclaro, con palabras del propio Salinas, lo que se entiende por lector (pues hay otro tipo de lectores que no clasifican). Salinas dice: se define el lector simplemente como aquel que lee por leer, por el puro gusto de leer, por amor invencible al libro, por ganas de estarse

con él horas y horas, lo mismo que se quedaría con la amada; por recreo de pasarse las tardes sintiendo correr, acompasados, los versos del libro y las ondas del río, en cuya margen se recuesta. Ningún ánimo, en él, de sacar, de lo que está leyendo, ganancia material, ascensos, dineros, noticias concretas que le aúpen en la social escala (a estos Salinas los llama “leedores”), nada que esté más allá del libro mismo y de su mundo.

De suerte, entonces, que no es una obra pasiva, un simple decorado en la memoria. Es un lugar al que volvemos. Es el refugio. En momentos de desolación, podemos caminar por los salones que construimos leyendo a Dostoievski; en instantes de euforia, podemos asomarnos a los balcones que nos regaló Calvino. Esta vasta obra invisible es, en última instancia, nuestro verdadero patrimonio. No se hereda ni se vende. Se erige, en silencio, con cada página vuelta, y es el testimonio más fiel de la única vida que, de verdad, nos pertenece: la vida interior, en la que se establece la soberanía del lector individual, un protagonista, un creador solitario.

II.

Hasta aquí hemos considerado la lectura individual, solitaria, recogida casi en la intimidad (incluso si se lee en una cafetería bullosa, en un bus atestado de vocinglería o en medio de un carnaval, no deja de ser una lectura aislada, íntima, personal). Pero ¿qué ocurre cuando la lectura es en compañía, colectiva, a la usanza de los clubes de lectura, que es de lo que trata este libro?

Pues que allí ocurre lo mismo, aunque se le añaden otras cosas más. Ocurre que el silencio se hace voz; ocurre que la

revelación —que, en la soledad, es un susurro entre el texto y uno—, se convierte en ofrenda. Ocurre que, si la lectura solitaria es un monólogo con un dios ausente —el autor—, la lectura compartida es un concilio de demiurgos. Cada lector llega a la cita con su obra invisible bajo el brazo, con esa arquitectura única que ha levantado y, en un acto de generosidad y riesgo, abre sus puertas.

Entonces, el texto deja de ser un camino para convertirse en una encrucijada. La interpretación de uno no anula la del otro; resuena con ella, la tensiona, la ilumina con un matiz inesperado. La obra se transforma en un poliedro de ecos. Lo que para mí fue un pasaje melancólico, para otro fue una ironía sutil; donde yo vi una traición, alguien más descubrió un acto de piedad desesperada. Y, en esa confrontación de sensibilidades, el libro se expande, crece, revela facetas que, en la intimidad de una sola conciencia, habrían permanecido en la penumbra.

Leer con otros es, en esencia, un ejercicio de alteridad. Es aceptar que el universo que creíamos haber conquistado en solitario tiene otros mapas posibles, otras geografías secretas. El sentido ya no es un tesoro privado, sino un fuego común al que cada cual alimenta con su leña. Y, en ese fuego compartido, no se queman las interpretaciones, sino que se forja una comprensión más vasta, más compleja, a veces más contradictoria y, por ello, más parecida a la vida misma.

El club de lectura se vuelve, así, un tejedor de sentidos. El resultado no es un consenso, esa forma civilizada del empobrecimiento, sino un mosaico, un tapiz. Un tapiz hecho con los hilos de todas las lecturas, donde los nudos son las discusiones y los colores son las emociones de cada lector. Al final

del encuentro, cada uno vuelve a su soledad, pero ya no es el mismo.

Regresa a su biblioteca interior y descubre que, en sus salones, resuenan ahora otras voces, que sus ventanas dejan pasar una luz nueva. Lleva consigo los ecos de los otros y su vasta obra invisible se ha vuelto, para siempre, un poco más hospitalaria, un poco más infinita. Ha ocurrido la expansión del sentido, la semiosis infinita de la que Peirce nos habla. ¿De qué otro modo se puede entender, entonces, esta polifonía espiritual?

III.

Para terminar, introduzcamos inopinadamente una metáfora atrevida, audaz y que proviene del mundo legal. La inicial premisa provocadora será afirmar que los clubes de lectura configuran un acto similar a un crimen, para que no suene tan fuerte, a un delito: cometen un “concierto para delinquir”.

La analogía que proviene del temido ámbito jurídico aquí se transmuta en el del goce: un concierto para deleitar. Y no es tan descabellada la metáfora, si entendemos que el delito es el deleite. En ambos casos, hay un elemento común y clave: el acuerdo premeditado entre dos o más personas para cometer un acto —en nuestro caso, no un crimen en el sentido punitivo, sino su reverso secreto: la delectación—.

La acción para llevarla a cabo tiene mucho de voluntaria, incluso deseada con cierto ardor y algo de clandestina. Y basta con que exista la intención de gozar, de dejarse tocar

por la palabra, para que el hecho quede consumado. Hay, incluso, en esa banda almada, un jefe que la coordina.

En los márgenes de una sociedad obsesionada con la productividad, donde todo acuerdo tiende al lucro o a la obediencia, los clubes de lectura operan como células subversivas. Su apariencia es inofensiva: un puñado de personas se sientan en torno a un libro. Pero si afinamos el oído, si escuchamos entre líneas, lo que allí sucede no es otra cosa que una asonada simbólica, una insurrección estética y letrada contra el mundo administrado.

Se llega al club de lectura con una carga emocional, una expectativa y, muchas veces, con una historia personal de silencios. Y es allí donde se comete el acto: leer con otros. Hablar de lo leído. Escuchar la lectura ajena como quien espía en la conciencia del otro. Interpretar. Inventar e inventariar sentidos. Reír. Llorar. Citar. Contradecir. El club de lectura no es una reunión de consumidores de libros: es un pacto de lectores activos que se deleitan en los pliegues, en los meandros del lenguaje que reinciden en el goce del texto, que conspiran contra la prisa y el olvido.

Hay también, como en todo concierto clandestino, un código compartido. No se persigue un fin moral ni se dictan lecciones. Se trama algo más hondo: el ejercicio del asombro, el deseo de demorarse en la lenta alquimia del pensamiento compartido. En este crimen no hay víctimas, pero sí aliados del goce. No hay castigos, pero sí transformaciones. El texto leído en voz alta, el que resuena entre los cuerpos, se convierte en una suerte de detonante estético y emocional. Cada club de lectura es una escena del acto insurrecto:

una reunión de sospechosos que confiesen su amor por las palabras.

Y he aquí otras pruebas del delito: hay premeditación (se cita con anticipación), hay medios (el libro, la voz, el cuerpo), hay intención (el goce textual) y hay reiteración (se vuelve a cometer). El lector reincide. El grupo reincide. El deleite se multiplica y se contagia. Y, tal vez, solo tal vez, el crimen sea aún más profundo: en el acto compartido de lectura, al multiplicarse los sentidos posibles, al diseminarse la autoridad del texto en muchas voces, quedan expuestas, pues, las huellas del autoricidio.

Pero... ya metidos en estas honduras o juegos hermenéuticos, preguntémonos: ¿dónde hay delectación no hay, por igual, delación? Sí.

En el club de lectura, la delectación no viene sola. Llega acompañada (una especie de bonus track) por la delación. No se puede leer sin delatar algo: un sentido, una intención, una herida, una sospecha. Al interpretar, se delata al autor y al lector. El goce no es puro: está moteado de revelación. Delectarse es también acusar; delatar lo que el texto no decía o parecía no decir o decía en voz baja.

Cada lector, al compartir su interpretación, delata al texto y se delata a sí mismo. Revela lo que ha visto, lo que ha sentido, lo que ha torcido. No hay lectura sin delación: todo aquel que goza del sentido lo traiciona un poco cuando lo expone, lo vuelve otro. Toda delectación verdadera conlleva una delación secreta. Delatar, luego de deleitar el texto, es también amarlo.

El lector que se deleita traiciona: le arranca al texto un sentido que no confesó. Quien lee en voz alta no solo goza, también inculpa. La lectura compartida es un acto doble: placer y exposición. Hay un regodeo culpable en leer: gozar y delatar. Delatar no siempre es un crimen ante la ley, pero sí puede serlo en el orden de las lealtades. Y todo lector, al interpretar, rompe un pacto de silencio: traiciona al texto para revelarlo. Y, en esa traición, lo honra.

IV

En tiempos donde el lenguaje se instrumentaliza como herramienta de control, propaganda o transacción de productos que la industria cultural empaqueta, leer sin utilidad inmediata, leer con lentitud y demora, como ya nos lo dijo Salinas (1948), es un gesto de insumisión, una forma de reapropiarse del tiempo y del sentido. Y leer con otros es una microrrebelión, una revuelta íntima contra el aislamiento programado, contra el analfabetismo emocional que impone la velocidad. Por eso, los clubes de lectura son sospechosos para el orden: porque no obedecen; porque desbordan; porque producen belleza, sentido, comunidad, incluso disidencia. Son, sí, un concierto. Y también un delito gozoso, pero uno que, en lugar de herir, sana. En lugar de destruir, crea. En lugar de castigar, celebra. Y, por lo tanto, es justo decirlo: los clubes de lectura son un concierto para deleitar. Y sus miembros, conspiradores del placer del goce compartido.

Para ayudar a que estos conspiradores del placer del goce compartido sigan teniendo un espacio en la biblioteca universitaria y en otros ámbitos, el CRAI-Biblioteca de la UAO se enfrascó en la tarea de permitir y mantener un

diálogo entre la triada autor-obra-lector; más un nuevo actor llamado promotor de lectura. Así se creó el espacio para que todos los involucrados pudieran encontrarse y, además, se presentaran experiencias enriquecedoras de lectura.

Un espacio donde escritores e investigadores reconocidos nos contaran sobre el acto de leer como experiencia creativa y acto humano y social. Un espacio que, por diez años, ha servido de aprendizajes, reconocimiento y punto de encuentro para los amantes de la lectura.

Este libro recoge algunas de las ponencias presentadas, así como experiencias de promoción de lectura en universidades que vale la pena resaltar. También incluye una caracterización preliminar de clubes de lectura universitarios en Colombia, la cual da cuenta de la relevancia que vienen tomando estas iniciativas en las bibliotecas universitarias del país.

Capítulo 1.

Lectura y transformación social

La rebelión del lector

Por: Jhon Edward Saa²

En tiempos como los nuestros, donde la información se derrama incontenible en corrientes que no podemos dominar, herramientas tan poderosas como la inteligencia artificial se perfilan como armas sutiles de doble filo. Su mal manejo nos precipita hacia la apatía, hacia el culto de lo inmediato, lo superficial y lo efímero, mientras silenciosamente corroe nuestra capacidad de profundizar. Nunca fue tan necesario reclamar espacios dedicados a la lectura crítica, refugios que permitan al individuo reencontrarse consigo mismo, en medio del laberinto intrincado del lenguaje. Espacios desde donde pueda contemplar, con lucidez, la condición humana reflejada en los otros. Nuestra identidad, en estos tiempos digitales, ha adoptado la textura de algo fluido, maleable y volátil, moldeado únicamente por los fragmentos de realidad que decidimos proyectar en una pantalla (Sibilia, 2008). Frente a esta realidad virtual, la identidad exige una conciencia crítica, atenta al riesgo

2 Licenciado en Literatura de la Universidad del Valle. Coordinador de los clubes de lectura del CRAI de la Universidad Autónoma de Occidente (Cali, Colombia).

latente de manipulación discursiva que acompaña siempre a la sobreexposición.

Desde esta perspectiva, adquiere especial relevancia nuestro rol como gestores culturales. La tarea de promover la lectura crítica no es solo pertinente, sino vital para prevenir problemas éticos y crisis de identidad aún en estado latente, pero capaces de abrir abismos insondables en nuestra concepción de la literatura, la cultura e, incluso, de la humanidad misma. Cassany y Castellà (2010) acertadamente acuñó el término “literacidades” para definir esas prácticas contemporáneas de lectura y escritura que, hoy más que nunca, debemos cultivar. Esta criticidad, naturalmente emergente en contextos vulnerables como una respuesta indispensable de supervivencia, permite a los lectores posicionarse conscientemente ante una realidad que busca imponer su dominio.

No obstante, la apatía entre los más jóvenes representa una amenaza latente y profunda, alimentada por una negligencia persistente en las entidades educativas y culturales, que optan con demasiada frecuencia por modelos caducos de fácil aplicación. Una negligencia que se antoja deliberada por la comodidad de no incomodarse, por evitar desafiar una tradición rígida y obsoleta. Frente a estas estructuras educativas fosilizadas, es crucial cultivar una identidad literaria auténtica, capaz de resistir las imposiciones externas y conectar verdaderamente con la experiencia personal. Intentar apartarse de la norma, buscar un camino creativo, implica enfrentarse a constantes tropiezos, bloqueos mentales y a la imposición de un conocimiento aprendido —nunca sentido— que prevalece sobre la experiencia misma. Y, una vez dentro de la academia, en ese universo sobrio y dominado por egos que rehúyen la incomodidad, escapar se vuelve imposible. Es ahí donde se refuerza una imagen elit-

ista de la cultura, asociada con privilegios de unos cuantos afortunados que pueden permitirse el lujo de largas tertulias literarias revestidas de falsa bohemia.

Para que la criticidad eche raíces profundas en los jóvenes —o en cualquier persona que cruce el umbral de un CRAI o una biblioteca—, nosotros mismos, gestores culturales, debemos encarnarla. Ser críticos implica vivir en estado permanente de alerta frente a los cambios y dinámicas de nuestro entorno, adaptando continuamente nuestras prácticas para responder a los ritmos y necesidades culturales del presente. Es esencial formar lectores activos que superen la interpretación convencional, capaces de apropiarse críticamente del texto, de reescribirlo desde su propia mirada. Zuleta (1985) enfatiza precisamente esto, al sugerir que un lector activo no se limita a aceptar la interpretación implícita del texto, sino que la desafía y la transforma, convirtiéndose simultáneamente en lector y autor.

Para alcanzar esta meta, debemos fomentar la construcción de una identidad literaria sólida. Invitar al lector a interrogarse: “¿Dónde estoy en este libro, en esta historia, en estos personajes? ¿De qué manera dialogo con ellos para entenderme mejor a mí mismo?”. Cuando la lectura adquiere significado personal —cuando las palabras iluminan o desafían— deja de ser un ejercicio distante y se transforma en un espejo revelador de la propia experiencia. Al evocar recuerdos íntimos y colectivos, facilitamos la construcción de una relación auténtica y profunda con la lectura y la escritura, permitiendo que la identidad literaria tome forma y significado reales. Esto, finalmente, desmontaría la percepción extendida de la cultura como un privilegio elitista, convirtiéndola en lo que siempre debió ser: un derecho irrevocablemente democrático, por encima de cualquier condi-

ción. Acceder a esta experiencia es tan simple y, al mismo tiempo, tan desafiante como salir voluntariamente de nuestra zona de confort, abandonar la desconfianza hacia lo nuevo y obligarnos, conscientemente, a adaptarnos. Debemos responder a ese instinto natural con plena conciencia, siendo parte activa del proceso de quienes buscan en nosotros el camino para encontrarse a sí mismos en el vasto universo de las letras y de lo abstracto.

Léelo con unos amigos, ¡qué nota!

Por: Claudia María Giraldo Arredondo³

Tercer Encuentro de Clubes de Lectura: Leer con Sentido (2018)

Esta mañana también me he levantado temprano, como suelo hacer desde hace muchos años, especialmente en semana. Mi cuerpo y mi mente estaban expectantes por este momento y el corazón latía un poco más rápido, aunque no tanto como hasta hace apenas unos minutos, cuando ustedes ingresaban a este maravilloso espacio.

Siempre enfrentarse a un público supone develarse ante el otro y quedar en una especie de estado de indefensión, porque no se sabe qué va a ocurrir con las palabras, pensamientos y sentires que se quieren transmitir y, más, cuando de antemano se sabe que puede resultar un tema que no genera o despierta mucho interés.

³ Bibliotecóloga de la Universidad de Antioquia y licenciada en Educación Estética de la Escuela Popular de Arte.

Sin embargo, lo asumo, porque, además, para mí, más que un tema objeto de este encuentro, representa gran parte del significado que ha tenido mi vida personal y profesional. Por esto y por las razones que cada uno de ustedes pueda tener para estar en este espacio y en este ahora, gracias.

¿Hablar, entonces, de que la lectura es muy importante, que hace a las personas más reflexivas, críticas, que abre múltiples posibilidades para interpretar y reinterpretar el mundo? No. A esto no quiero referirme, porque estaría más cercana al profesor o el padre que cantaletea con esto, pero que, en la vida misma, hacen muy poco o nada para que nos acerquemos de manera placentera, con capacidad analítica a un texto e, incluso, con el fin de hacer uno nuevo, pero enriquecido con las propias concepciones y reflexiones. No. Esto no es lo que pretendo, para serles sincera, pero lo que sí quiero hacer es hablarles desde mi propia experiencia con la lectura, autores, personajes e historias, la cual, para mí, no empieza desde tan joven como hubiera querido.

¿Las razones? Las mismas por las que, en nuestro país, no podemos hablar de tener la lectura como una práctica generalizada desde la infancia y a lo largo de nuestras vidas: padres que no le leen a sus hijos, porque a ellos tampoco les leyeron; la escuela que no acerca, sino que aleja de la lectura; falta de unos buenos sistemas de bibliotecas (en la escuela, el barrio e, incluso, en las universidades); poca existencia de librerías que cuenten con ofertas variadas y de calidad literaria en la mayoría de las ciudades medianas o pequeñas (porque, en los municipios de la llamada “ruralidad”, son casi inexistentes); escasas oportunidades para los escritores y un montón más de etcéteras y etcéteras.

Mi primer cuento

Todavía lo conservo, es la historia de Ali Babá, pero tan resumido, que no puedo decir “Ali Babá y los cuarenta ladrones”. Solo tiene unas imágenes y unas pocas letras que me hablan de una hazaña breve del personaje. Pero, al fin y al cabo, mi primer libro que ya me daba pistas del inconmensurable mundo de los cuentos. Gracias, tío Gilber, por este regalo.

Sentada en la acera de mi casa, me debatía entre tener mi primer amor y no querer quedar como una chica tonta y vacía.

Corría el año ochenta y tres, y ese chico peludo, por no decir greñudo (de hecho, le apodaban “Mechas”), que usaba medias de diferentes colores y tenis medio rotos, porque jugaba básquetbol todos los días, las tardes enteras, me retaba, en los pocos ratos en que me permitía mi madre, sentarme con él en la puerta de entrada de mi casa, en las noches —principalmente los viernes—, para que le dijera qué había querido decir Nietzsche en tal o cual apartado del libro que me había prestado, o por qué Herman Hesse defendía la vida como una manera de morir. ¡¡¡Qué horror!!! Y yo, que solo quería que me diera un beso, así fuera por unos pocos segundos, antes de que mi madre volviera a aparecer en la ventana o de que la vecina de al lado volviera a pasar para la tienda.

De todas maneras, le agradezco haberme hecho suspirar al lado de las palabras incomprendidas de varios filósofos y de esas manos fuertes que recorrieron mi espalda, mi cuello y mi cabello. Esas mismas palabras, luego se me volvieron a presentar en mi época universitaria, donde, menos mal, ya

no estaba el peligro de parecer tonta y vacía, sino de obtener una nota por debajo de tres.

El canto de las sirenas y la valentía de Ulises que nunca me abandonó

No puedo recordar el día ni la hora de la clase, tampoco el bloque donde estaba ubicado el salón donde, por cuatro meses, tuve una de las más bellas experiencias en la universidad, cuando estudiaba Bibliotecología —por cierto, ¿saben que esa carrera existe? Pues sí. Aunque no lo sepan o crean, existe—.

Sentado en una de las sillas, nos esperaba con libro en mano el profesor de literatura Elkin Restrepo. Era una impaciencia porque la clase empezara que solo varios años pude entender —y tampoco es que se tratara de algo sobrehumano; no, era solo por el placer de escuchar la lectura de *La Ilíada* y *La Odisea* en la voz del profe, profunda, melancólica y grave, que únicamente, se interrumpía para hacer interpelaciones inteligentes que nos dejaban en total vilo y con el enorme deseo de saber lo que iba a acontecer con las batallas internas o con las peleas de Aquiles, en su búsqueda de conseguir la heroicidad y satisfacer sus ansias de venganza, o las peligrosas hazañas y peripecias del valiente Ulises, quien solo ansiaba, después de los fuertes combates, reunirse con su amada Penélope y su hijo.

Gracias, profe Elkin, por brindarme la oportunidad de disfrutar y de llevar guardadas en mi memoria estas dos maravillosas historias que, en octavo grado de bachillerato, había odiado y rechazado por lo aburridas y enredadas. Claro, no era el momento ni la edad; estas me superaban.

Llegan a mí, para no irse jamás

No quiero ser injusta. La verdad, no solo fue el profesor Elkin, también fueron muchos otros los que me brindaron la posibilidad de conocer y leer, para comprender varias esferas y campos teóricos de mi carrera y de otros temas asociados al campo social, desde las investigaciones, ensayos, reflexiones y análisis. Sería una mentira decir que no eran tediosos los informes de lectura, los ensayos, pero cuánto los llegué a valorar —y sigo valorando—.

Leer y no escribir, resulta un ejercicio inconcluso, en muchos de los casos, y más cuando nos enfrentamos a la vida laboral o a una formación posgradual.

Era mi segundo trabajo, aunque estudiaba Bibliotecología y Teatro. Durante mi carrera también trabajé de lunes a viernes, por dos horas, en la Biblioteca Central de la Universidad de Antioquia. Se trataba de organizar libros de cuentos y novelas infantiles, para que llegaran en unos maletines a niños de escuelas de la ciudad.

Recordaba la clase de promoción de lectura y algunos de los cuentos que nos leyó la profesora Irma, pero esto era otra cosa. Menos mal que para hacer bien mi trabajo debía leer, porque de lo contrario, creo que hubiese durado, a lo sumo, uno o dos días.

Esto fue el flechazo total: Roald Dahl y la crueldad representada en los niños; María Gripe y su comprensión de las angustias y miedos juveniles; Katherine Paterson y la manera de mostrarme el valor que tiene la amistad, cuando estamos buscando afirmarnos en el mundo; los Willy's de Anthony Browne, que me recordaron mi época de patito feo, rechazada y burlada por mis compañeros de clase y del barrio; y una Christine Nöstlinger, que me habló de los abusos y abandonos de los adultos con los niños.

Son más, muchos más: Ligia Bojunga Nunes; María Teresa Andrueto; Keiko Kasza; Gloria Cecilia Díaz; Julio Verne; Mark Twain... Imposible continuar: no terminaría en muchas horas.

Otra manera de leer desde el cuerpo, la voz y la representación

Esto podría ser a manera de culto, más por la evocación de lo que fue, pero que por las lides a las que nos enfrentamos y las decisiones que debemos tomar en algún momento de la vida, dejan de ser. Estudié teatro, llegué a graduarme como técnica, participé en varios montajes, asistí con obras

a festivales de teatro, y vi el rostro de muchos espectadores que reflejaban múltiples sentimientos en una sala, donde la llamada cuarta pared ya no existía.

Ya no eran las lecturas técnicas de Bibliotecología, sino las obras dramáticas las que invitaban a que sus historias, personajes y entramados fueran reinterpretados desde el cuerpo, la voz, los gestos, la música, el vestuario y una escenografía. ¿Qué eran las lecturas de obras clásicas como las de William Shakespeare, las irreverencias de Ibsen o los pasajes contemporáneos de Víctor Viviescas? Humanidad y nada más que humanidad, es decir: pulsaciones, deseos, lo inconsciente que lucha por salir, el amor, la historia, los hombres, la ridiculez y la risa.

Sí, queridos jóvenes, el arte nos permite leer, y, no por estar hablando de teatro me refiero solo a este; también hablo de las lecturas (no lectura en singular), sino de las múltiples lecturas que nos brindan el cine, una pintura, una canción, un atardecer o el mendigo que extiende su mano en tantas calles y aceras de este país.

A manera de recorrido por aquellas lecturas que nos llegan a través de otras lecturas

Desde un cuento, una poesía, el capítulo de una novela, la apreciación de un cuadro, el recorrido por las formas de una escultura, la vista que se nos pierde en un paisaje, o cuando podemos escuchar de manera solitaria o con otros una

canción, significa que la lectura, de una manera u otra, está presente en nuestras vidas.

Sí, así como lo escuchan, en sus vidas, en la vida de ese compañero que está a tu lado, desde estas palabras que he querido leer o de esa persona que aún no conoces.

Por esto, leer con el otro y para el otro, para sí mismo y para brindar otras opciones a nuestra vida, y cargar de otros sentidos nuestra existencia, es por lo que estamos hoy aquí reunidos.

O no me digan que no han visto o escuchado algo de esto:

El Guernica: cuadro de Picasso, en el cual el pintor deja registrado para la historia de la humanidad, el bombardeo a la ciudad vasca de Guernica, durante la guerra civil española, por parte de los alemanes. Leer sobre la guerra civil española es conocer cómo la tiranía es capaz de asesinar a millones de personas, para dejar callado a un pueblo que lucha por sus derechos.

Estatua de la Libertad: símbolo —valga la redundancia— de la libertad y la democracia en Estados Unidos, la cual es un regalo de los franceses, el país de la promulgación de los derechos del hombre, para conmemorar la declaración de independencia que se firmó en julio de 1776 del Reino de Gran Bretaña.

Charles Chaplin: levante la mano quién conoce a este personaje (en diapositiva, sin nombre de Chaplin). Ahora levante la mano los que conocen a este personaje...

Creador de Charlot, el personaje más universal que ha existido. Charles Chaplin fue capaz de sobrepasar la lúdica del género cómico para transmitirnos su perspectiva crítica sobre el capitalismo salvaje, el auge de los totalitarismos y la deshumanización del mundo moderno.

Esta profundidad llegó a ponerlo en el punto de mira de la «caza de brujas» estadounidense, hasta el punto de forzar su regreso a su país.

Una gran parte de la historia de los abusos del hombre por el hombre y las guerras que han sido capaces de inventar para satisfacer sus egos —en muchos de los casos— lo podemos evidenciar a través de 79 películas.

Nota: se muestran diapositivas y se interactúa con el público, a partir de imágenes de películas, para saber quiénes las han visto.

Películas inspiradas en novelas, obras de teatro

Permítanme hacer una especie de corte, en la medida de que hablar de todo lo que nos acerca a la lectura o —mejor— a las múltiples lecturas, es un tema inagotable. No podría dejar de lado lo que ha representado la literatura para el cine, especialmente la novela y el teatro. Estos dos géneros han sido una fuente inagotable para que los directores, actores y creadores en general del séptimo arte, nos den a conocer, desde sus lecturas, a cientos de personajes, momentos de la historia y temáticas diversas.

Tráiler de El Perfume. Escritor alemán Patrick Süskind.

Tráiler de El niño de pijama a rayas, novela del autor irlandés John Boyne.

Tráiler de 50 sombras de Grey, de la autora británica E. L. James.

Nota: se coloca el tráiler de la película y luego se establece un diálogo con el público preguntando si alguien ha leído el libro. Si hay alguien que lo leyó, se da la palabra y se le pregunta: ¿Recomendarías la lectura de este libro y por qué? Comparto mis propias impresiones de lo que ha sido ver películas que después han sido llevadas al cine, con excepción de 50 sombras de Grey, por ser el tipo de ejemplo donde con ver la película es suficiente para decirme que no quiero leer el libro.

La poesía son las palabras que se cantan

¿Cuántas poesías hemos leído? ¿Cuántas hemos susurrado al oído de alguien? ¿Cuántas hemos utilizado para enamorar?

Pueden ser muchas, pocas o nada, pero lo cierto es que seguramente algún día —en pasado y en futuro— la cantamos o la cantaremos, por el placer y el gusto que representa para los oídos y, por ende, para el alma.

La poesía es ese bálsamo que sabe calmar el corazón, llevar la mente hacia grandes ensoñaciones, pero también hacer ver el mundo desde otra dimensión: el lenguaje que se encarna en cada ser y que nos hace humanos en todas sus dimensiones: claras, menos claras y oscuras.

Y han sido grandes cantantes e intérpretes, aquellos que saben muy bien del goce de lo estético, quienes se han atrevido a musicalizar poemas propios o de otros que, en un abrazo entre notas musicales y la musicalidad de la poesía, nos permiten vivir una de las dimensiones más grandes de lo bello.

Nota: se proyectan los poemas cantados.

Bien, queridos jóvenes, ustedes pueden leer o no leer, leer poco, leer por obligación o pueden hacerlo por uno de los goces que más se puede disfrutar cuando este acto empieza a hacer parte de la vida de una persona.

No importa si lo hacen o no, la vida igual continuará para cada uno y tendrá múltiples recorridos.

Pero lo que sí les quiero decir es que leer es un placer enorme, y, si lo hacemos con otros o para otros, es doblemente placentero.

La lectura como práctica social: una experiencia de fomento desde espacios no formales en la universidad

Por: Marta Fajardo Valbuena⁴

3er Encuentro de Clubes de Lectura: Leer con Sentido (2018)

Muchos alumnos quizá no tengan oportunidades, fuera de la escuela, para familiarizarse con la lectura; tal vez no vean a muchos adultos leyendo, quizá nadie les lee libros con frecuencia. La escuela no puede compensar las injusticias y las desigualdades sociales que nos asolan, pero puede hacer mucho por evitar que se incrementen en su seno. Ayudar a los alumnos a leer, interesarlos por la lectura, es dotarles de un instrumento de culturización y de toma de conciencia cuya funcionalidad escapa a los límites de la institución. (Solé, 1995, p. 1)

4 Licenciada en español, con especializaciones en Enseñanza de la Literatura y Docencia Universitaria. Docente en la Universidad de Ibagué. Dirige el taller de escritores RELATA del Ministerio de Cultura, en Ibagué (Tolima).

Introducción, contexto e interrogantes esenciales

¿Hasta dónde llega la responsabilidad de las universidades en cuanto a la formación de lectores? ¿Es posible contribuir a la formación de lectores universitarios desde programas de fomento de la lectura cuyo interés principal no sea la lectura académica? Entendemos que las universidades tienen como objetivo principal lo que Carlino (2006) ha llamado alfabetización académica y Daniel Cassany (2006), literacidad. Sin embargo, ¿es suficiente el trabajo dentro de las aulas y en los programas académicos de currículo visible? O ¿se puede impactar la formación de lectores por medio de programas que incluyan el campus universitario, encaminados a ser opciones en el tiempo libre y voluntario de los estudiantes?

Desde el año 2004, la Universidad de Ibagué y su facultad de Humanidades apostaron por apoyar un espacio de promoción de lectura literaria y artística denominado Tertulia Liberatura, con el objetivo principal de fomentar la lectura con fines recreativos. Se asumió, en ese entonces, que era necesario ofrecer posibilidades de encuentro con la lectura voluntaria para el esparcimiento, ya que no existían programas de Humanidades en la Universidad que ofrecieran la literatura y el arte como posibilidades curriculares o electivas.

Por interés de un grupo de estudiantes, se asignó un coordinador y un espacio con presupuesto que pretendió, en un ambiente informal, leer literatura y hablar de lo leído. El espacio se concibió como abierto a toda la ciudadanía en

general, pues esto permitiría a los estudiantes el intercambio de ideas entre generaciones y comunidades.

Las acciones concretas realizadas en la tertulia van desde lectura en voz alta, lectura grupal, préstamo de libros, contextualización por medio de videos y recursos tecnológicos, visitas y charlas con escritores, conferencias, recitales y actividades de lectura al aire libre y para públicos diversos.

Con el tiempo, el programa ha incursionado en terrenos de promoción de la lectura literaria que implican eventos de promoción masiva, actividades con el Ministerio de Cultura de Colombia y algunos de sus programas, así como un impacto evidente en el trabajo regional de fomento de la lectura.

Los egresados que han participado en el programa evidencian cambios a nivel personal y profesional y testimonian que su paso por el programa impactó su vida académica y no solo su vida personal.

En esta ponencia, se pretende reflexionar sobre las preguntas iniciales sobre el campus universitario como promotor de lectura en sus facetas recreativa, informativa y cognitiva y de la responsabilidad de la escuela, en general, en la formación de lectores con propósitos políticos, es decir, la formación de ciudadanos cabales en el sentido moderno —o sea, sujetos en capacidad de pensar por sí mismos—.

Universidad y lectores: una relación fundamental

¿Es posible que un estudiante universitario declare que no le gusta leer? Aunque, en teoría, resulta casi inconcebible, a diario, los profesores universitarios se enfrentan con estudiantes que no reconocen el valor de la lectura en su proceso estudiantil o cognitivo.

Con frecuencia los estudiantes de ingeniería ven poca o ninguna relación entre resolver ecuaciones y leer. Los estudiosos saben que la literacidad académica consiste en reconocer que “cada materia requiere de una alfabetización específica” (Carlino, 2006, p. 10), que cada disciplina necesita un lector que comprenda los códigos de su comunidad científica.

Los cambios en la universidad actual, el número de estudiantes por asignatura, la democratización de la enseñanza (Biggs, 2006) han generado la posibilidad de encontrar estudiantes en niveles lectores diferentes. Dichos niveles se constituyen en elementos diferenciadores en cuanto al desempeño y eficacia académicos en las aulas.

Los diversos programas de apoyo, tutorías, asesorías, acompañamientos en escritura y comprensión lectora dan cuenta de la preocupación de las universidades por ayudar a sus estudiantes a entrar en el mundo alfabetizado que requiere el conocimiento académico y científico de las disciplinas. Sin embargo, el asunto no es exclusivamente formal o académico y se desborda hacia el ámbito de la formación, de lo específicamente invisible y sutil.

A la par que las universidades brindan una malla curricular, programas y contenidos, también ofrecen un espacio habitable en el que el futuro profesional vive y circula. El campus universitario se constituye en un territorio de formación que, por tradición, marca un modo de ser y sentir la relación con el conocimiento. El ethos universitario, el modo de ser y sentir la universidad y el conocimiento se traslucen en acciones cotidianas que se viven fuera de las aulas, pero dentro de las universidades.

En este sentido, podríamos afirmar que la tarea de las universidades contemporáneas es preparar a los futuros ciudadanos, profesionales e investigadores y ofrecerles opciones de formación que impliquen que el conocimiento circulante en las aulas y los espacios universitarios realmente impacten el mundo.

Como lo afirma Freire (1990), no se enseña a leer para leer los libros, se enseña a leer para leer lo que él llamó “el mundo” y, nosotros, la realidad contextual, ideológica, mediática, próxima y lejana.

Quienes pasan su vida en los claustros universitarios pueden constatar cómo las universidades contemporáneas han dado espacio a las nuevas tecnologías y sus dispositivos. Por ejemplo, ahora hay más lugares para conectar los computadores personales, las tabletas y los smartphones.

La preocupación de los teóricos se ha dirigido hacia el uso de las TIC en la enseñanza y las aulas han cambiado en cuanto a espacios y mobiliarios. Recién se discute si la lectura en papel es necesaria o si todo se puede hacer en pantalla; si se

debe enseñar a escribir a mano o se puede comenzar a digitar directamente.

Frente a los cambios evidentes de “formato”, pocos han llamado la atención sobre el tipo de lector que requiere un mundo globalizado, inmediatizado y, evidentemente, interesado en confundir, engañar, persuadir y manipular para el consumo.

En teoría, ahora hay más posibilidades de acceder a la lectura, pues las nuevas tecnologías ofrecen, en un solo clic, la entrada a variados mundos escritos. Quienes modifican los campus para permitir el uso de computadores personales creen que los estudiantes los usarán para el estudio, para la lectura informativa, para conocer o para recrearse y, por ello, facilitan la conexión y se preocupan por ofrecer servicios de calidad. Igualmente, deberían reflexionar sobre los nuevos modos de leer y, en especial, sobre la complejización del concepto de alfabetización.

Las actividades extracurriculares constituyen una parte importante del tiempo escolar universitario y determinan el modo como los estudiantes invierten su tiempo en su formación voluntaria, ya sea en el conocerse a sí mismos, en el cuidarse a sí mismos o en la construcción de sí.

Los grupos sociales que constituyen, las valoraciones que hacen y las prácticas socialmente aceptadas por esos grupos son esenciales a la hora de tomar decisiones acerca de elementos tan académicos como sus perfiles laborales.

Es misión de las universidades brindar a los estudiantes las oportunidades necesarias para que descubran sus inclinaciones y determinen en qué desean especializarse, de qué modo su carrera profesional se materializa en ellos y cobra esencia y sentido para la sociedad.

La lectura y la escritura, asumidas como tecnologías eficientes para almacenar y decodificar los conocimientos y las experiencias humanas de cientos de años, se constituyen en los mejores aliados de ese proceso de formación.

Los llamados grupos de interés son una de las herramientas que las universidades y sus programas de bienestar estudiantil han utilizado para permitir a los estudiantes explorar sus potencialidades. Sin embargo, no podemos afirmar que la lectura sea solamente una actividad que deba interesar a unos pocos.

La lectura debe ser parte esencial de las políticas de formación de las instituciones escolares, pues la alfabetización tiene real incidencia en mundo de la toma de decisiones y, por ello, no puede ser dirigida a unos cuantos.

La disposición hacia la lectura es un asunto que está relacionado con el conocimiento académico, político y personal. La cultura lectora y su socialización es uno de los deberes en la formación universitaria; no en vano a los estudiantes universitarios se les llama letrados.

Aspecto social y aspecto individual: leer por placer es la base del amor por el conocimiento

En países como Colombia es innegable que el trabajo de formación lectora en los entornos familiares es mínimo. Las estadísticas hablan de un libro leído por persona al año. La circulación y el comercio de libros es escaso y la lectura se asume únicamente relacionada con el estudio.

Como lo afirman Petit (2009) y Cassany (2006), la inclinación hacia la lectura como práctica individual se aprende en los entornos sociales cercanos. En este sentido, la escuela, entendida en su sentido amplio, debería convertirse en una alternativa a los espacios sociales que, en ocasiones, desincentivan la lectura, transmitiendo ideas como: “leer es para cerebritos, para nerds, para desocupados o para gente rara” (Petit, 2009, p. 42).

A la par que la lectura permite el desarrollo cognitivo de un individuo también fomenta su desarrollo afectivo, metacognitivo y político. Una persona que lee puede conocerse a sí misma y conocer el mundo, comprender situaciones políticas y tomar decisiones basada en informaciones obtenidas de la actividad lectora. Un profesional, un individuo y un ciudadano son instancias humanas deseables en la formación universitaria, y todas pueden ser fortalecidas con el apoyo y ejecución de programas de fomento a la lectura liderados por las universidades al interior de sus campus.

Debido a que la universidad tiene como objetivo la formación de personas para que se desempeñen en la sociedad e

impacten su desarrollo, lo ideal sería que estén plenamente alfabetizadas. Esto implica no solo que estén en capacidad de decodificar, sino que puedan hacer “cosas” con lo que leen.

Leer: facetas y responsabilidades

A lo largo de estos años, nos hemos encontrado con un sinnúmero de concepciones de lo que significa leer y de las responsabilidades que tienen las instituciones con esta actividad social.

Podemos afirmar que existe una gran confusión, en la sociedad en general, acerca de por qué y para qué leer, así como sobre las responsabilidades de las organizaciones, gubernamentales o no, con respecto a la promoción y el fomento de la lectura.

En estos años, hemos tenido que defender nuestro proyecto frente a diversas entidades y explicar la razón de ser de sus actividades, y también hemos tenido que sustentar por qué debe ser un proyecto que supere las oficinas de bienestar estudiantil y las bibliotecas universitarias, y se inserte directamente en las políticas institucionales.

De esta experiencia hemos llegado a conclusiones y recomendaciones que creemos valiosas para ser discutidas y compartidas.

Aunque suene básico, a veces hemos tenido que recordar que no nacimos leyendo, no nacimos escribiendo. Genéticamente nacemos con la capacidad lingüística, pero esta

solo se desarrolla en sociedad. Leer y escribir requieren de la valoración del entorno para ser prácticas significativas.

Esto implica dos conclusiones: la primera es que es necesario enseñar a leer y escribir, pues la aparición de la universidad surge de la mano de la aparición de la escritura y la lectura; y la segunda, que se puede enseñar e incentivar si el contexto es favorable y considera estas prácticas socialmente significativas.

A grandes rasgos, los usos sociales de la lectura serían tres: para disfrutar, para informarse y para conocer. Estas divisiones tan pragmáticas tienen su origen en las búsquedas del lector, como afirma Cassany (2006): no leemos igual un poema que un contrato o un recetario.

Si tenemos en cuenta esta división, podemos diseñar estrategias de fomento de la lectura más centradas y complementarias, así como programas y responsables de los mismos más ubicados en los límites y alcances de su trabajo.

Si las universidades logran esclarecer los territorios del fomento y promoción, pueden organizar políticas que les permitan articular los diversos programas de fomento, y coordinar actividades y acciones al interior de toda la organización, facilitando el funcionamiento complejo de los programas en pro de la lectura.

Generalmente, se asume que la lectura para conocer y estudiar es la más importante en el entorno escolar universitario. El estudiante debe ingresar a una alfabetización académica que le provea de las herramientas necesarias para

comunicarse con su comunidad científica y entrar de lleno en el mundo de la producción de conocimiento.

El fomento de esta práctica lectora es incentivado en las aulas, y hay espacios curriculares diseñados para enseñar a los estudiantes estrategias que les permitan participar en este tipo de alfabetización. Incluso, algunas universidades han modificado sus currículos para enseñar a leer y escribir a través de ellos.

Cuando los profesores universitarios afirman que los estudiantes no leen, por lo general, lo que dicen es que no leen en su disciplina o no leen para estudiar. Los mayores esfuerzos se encaminan, entonces, a apoyar a los estudiantes para que saquen provecho académico de las lecturas asignadas en clase.

En cuanto a la lectura para informarse, esta es crucial para la formación ciudadana y la toma de decisiones. En un mundo democrático, las personas deciden de acuerdo con los grados de información veraz a los que puedan acceder. La capacidad para identificar mensajes ocultos, ideologías y mensajes entre líneas es esencial para la supervivencia de los esquemas políticos participativos (Cassany, 2006).

En un mundo tecnologizado, globalizado y con el sello de la inmediatez, los mensajes que circulan pueden ser falsos, simulados o no tan transparentes como parecieran. Frente a la información poco confiable que circula en las redes, y con diversos propósitos, los estudiantes y los ciudadanos en general requieren desarrollar competencias que les permitan discernir y encontrar los puntos de quiebre de los múltiples discursos.

La lectura por disfrute está íntimamente relacionada con el uso del tiempo libre. Un individuo decide invertir su tiempo en la lectura porque obtiene agrado de leer. No limitaremos los textos que están escritos con el objetivo específico de producir placer al lector, pues existen personas para quienes leer es sinónimo de diversión, entretenimiento y agrado, y disfrutaban leyendo textos académicos, por ejemplo.

Numerosos investigadores han relacionado este aspecto con elementos afectivos que se obtienen en la primera infancia y con la relación al entorno familiar. Quien lee por placer se divierte, pasa el rato, se evade, y se identifica, entre otros.

Sin embargo, la lectura por placer no desconoce efectos cognitivos, metacognitivos e incluso intelectuales, porque es innegable que el lector aprende y se informa mientras se divierte. Incluso, esta lectura, generalmente, provee un acervo, en el sentido de que muchos textos académicos usan metáforas o imágenes que provienen de la literatura y que permiten a los lectores académicos entender con más rapidez lo planteado por los autores.

La lectura como experiencia, planteada por Larrosa (2003), se ajustaría muy bien a este uso. Podría afirmarse que leer se constituye en una experiencia cognitiva y, a veces, más que cognitiva. Adorno y Horkheimer (1994) señaló los peligros de la experiencia lectora en un mundo en el que nace la industria cultural, entre ellos la manipulación de las emociones y las emotividades.

Estas dos posturas nos hacen concluir que, aún en la lectura vital y voluntaria, es necesaria una gran capacidad de discernimiento. Aunque los jóvenes universitarios

gusten, en su tiempo libre, de lecturas sobre —por decir algo— vampiros, zombis o extraterrestres, en esas lecturas debe estar presente su capacidad analítica y lo que Adorno y Horkheimer llaman la capacidad de resistencia. Es ahí donde entra a funcionar el campus universitario y escolar como opción al “mundo de afuera”, donde los objetivos son consumistas. La universidad y la escuela deben ser opciones, mundos posibles.

Comúnmente, se ha pensado que este nivel de lectura, el del placer, es el que más requiere de promoción. Miles de dólares se invierten al año en elaborar campañas para que leer sea asumido como un deleite. Sin embargo, las prácticas sociales aún se quedan cortas, pues implican, más allá de las campañas, acciones concretas de los grupos sociales y de los entornos.

Leer juntos, programar concursos de lectura, asistir a ateneos, tertulias, talleres, grupos de interés, bibliotecas públicas, y asignar tiempo para dedicar a leer son más importantes que comprar o consumir libros como se consumen objetos.

En este sentido, los responsables inmediatos son la familia, los entornos cercanos, la televisión, los ministerios de Cultura, en tanto velen por los derechos culturales, y los campus escolares, en tanto logren asociar la lectura con una de las tantas actividades que pueden hacerse en el tiempo libre.

Es de aclarar que algunos programas de promoción son solo eso: campañas elaboradas para generar públicos lectores, consumidores de productos culturales que distan mucho de ser realmente lecturas que permitan la emancipación

o la construcción del ser humano y su autonomía. En este sentido, la palabra fomento implica ir más allá de la versión mercantilista, pues se trata de que los estudiantes aprendan a utilizar los recursos del medio, como las bibliotecas públicas, las pantallas, los intercambios y la circulación de libros, en aras de desprenderse de la relación entre conocimiento, almacenamiento y utilidad, o del imaginario de que leer es un distintivo: algo que te aleja de los demás y no que te permite contribuir al desarrollo de las sociedades y de ti mismo.

La lectura, por diversión o por placer, requiere de una gran valoración social y de un andamiaje, ya que el entorno debe estar dispuesto para permitir el acceso a los libros.

En este sentido, hablaríamos de oportunidades, pues todos los ciudadanos deberían tener las mismas posibilidades de acceso a los libros y a la animación a la lectura. Es un asunto de equidad y de derechos culturales. Desde el punto de vista antropológico, la lectura permite una mayor capacidad de decidir sobre la vida, así como una mayor posibilidad de identificación con las comunidades a las que se pertenece (Petit, 2009).

Petit (2009) afirma que, sin embargo, en pleno siglo XXI, existen grupos culturales que marginan a los lectores o los discriminan: “el hecho de leer puede resultar imposible o arriesgado cuando significa entrar en conflicto con los valores o las pautas de vida del lugar del medio en el que cada uno vive” (p. 38).

Esto confirmaría que, en sociedades donde leer es significativo, la práctica se convierte en un valor, y, en sociedades

indiferentes ante las bondades de leer, se puede vivir sin necesidad de ser un lector.

El papel de los ministerios de Cultura en la propagación de la lectura, como derecho de todos, es fundamental, y debe dejar de tener el carácter de leer para estudiar o para ser mejor o más distinguido que los otros, es decir, evitar la exclusión social por medio de la distinción.

Es más eficiente si se integra al ideal del compartir y de la búsqueda de sí, en tanto soluciona problemáticas existenciales.

De igual modo, actualmente la familia no resulta ser una promotora de lectura en países no alfabetizados o alfabetizados superficialmente.

En el caso de muchas de las universidades colombianas, aún sucede que los estudiantes universitarios son la primera generación en ingresar a la educación superior. Esto implica que no hay costumbre lectora, y la universidad y la escuela, en general, deberían suplir el papel de animadores a la lectura; no hacerlo sería negar oportunidades de desarrollo individual y colectivo, y desconocer el papel formador de la escuela.

En condiciones negativas, en cuanto a la poca o nula valoración de la lectura como práctica, la escuela y los campus escolares adquieren una gran responsabilidad social. Giroux (1983) afirma que “los centros escolares son sitios políticos, culturales o ideológicos que existen de alguna manera independiente de las lógicas sociales imperantes” (p. 4).

En este sentido, las universidades pueden casi que ser la última oportunidad que tiene un joven para encontrar la lectura como una práctica socialmente validada, y conformar comunidades lectoras. Restringir la formación lectora a las aulas, cuando se puede integrar a la vida universitaria, es perder la oportunidad de cambiar la actitud social hacia la lectura.

Los jóvenes que adquieren el hábito lector, que solucionan y buscan problemas por medio de la lectura, con el tiempo, se convierten ellos mismos en fomentadores de la lectura, pues saben de sus beneficios y bondades.

Ahora bien, habría que hablar de condiciones reales del fomento a la lectura. En la teoría, un joven que llega a la universidad ha escogido ser académico y —se supone que— leer y escribir son para él habilidades que maneja o está dispuesto a perfeccionar.

En la realidad, los jóvenes que ingresan a nuestras universidades latinoamericanas y a las universidades colombianas no relacionan las prácticas de leer y escribir con la esencia de obtener un diploma universitario.

Por dar un ejemplo, hablemos de la Universidad de Ibagué y su contexto. Ibagué es una pequeña ciudad ubicada en el puesto número ocho por tamaño y desarrollo, frente a otras ciudades colombianas. Existen en ella dos grandes universidades y otras sedes de universidades más pequeñas.

Esto implica dos bibliotecas universitarias considerables, con textos académicos y conexión a bases de datos, así como

colecciones generales que implican literatura y arte. Hay una biblioteca pública del Banco de la República que atiende, básicamente, población escolar y que abre en horario de oficina y los fines de semana, medio día los sábados.

Existía una biblioteca especializada para niños que murió por deterioro de la colección y cuyo edificio fue adaptado para ser sede de la oficina de cultura. Recuperarla ha sido un reto, y actualmente cuenta con una mínima colección de libros.

Hay dos pequeñas librerías y un almacén de grandes superficies que ofrece literatura de la que podríamos llamar “mercancía cultural”, además de textos escolares. Los libros en Colombia tienen pocos subsidios, y su precio es realmente alto comparado con el salario mínimo mensual.

Con este panorama la valoración social de la lectura no parece ser el interés mayor. Se asume que la lectura es una habilidad adquirida para estudiar y para desarrollar la inteligencia. Leer por placer es considerado una pérdida de tiempo o un modo de distinguirse de los otros.

Abrir un espacio en el campus universitario en el que se fuera gestando una comunidad lectora constituyó y constituye un modo de contribuir al desarrollo regional. Si bien como afirma Solé (1995) la enseñanza de la lectura por placer no depende solo de la escuela, pero si depende también de la escuela, es decir, es uno de sus compromisos pues está vinculada al gozo por el saber, a la inclinación por el conocimiento como pasión y ethos.

Un punto interesante del campus como fomentador de lectura es que incluye a toda la comunidad universitaria. Este no es un asunto exclusivamente de estudiantes, sino de profesores y funcionarios. El espacio universitario debe ser una forma de vivir en la lectura. Los escenarios, los muros, las cafeterías, los patios y demás lugares deben ser el locus de la lectura, el lugar en el que habita lo escrito. El lugar ideal para la alfabetización o la literacidad.

Las bibliotecas universitarias no pueden ser lugares cerrados donde se guardan colecciones como tesoros, los libros deben circular y viajar por el campus. Todos sabemos que, en época de exámenes, los estudiantes inundan las salas de estudio y lectura, pero, en los periodos “en calma”, baja el número de usuarios. Los estantes y las vidrieras alejan a la gente de los libros. Por ello, hay que diseñar espacios abiertos para préstamo de libros y promoción de los nuevos títulos. El objetivo es recuperar la imagen de lector como sujeto que aporta a sí mismo y a la sociedad.

Por último, es necesario comprender que el fomento de la lectura debe tener equipos responsables. Si bien los maestros hacen lo posible en sus aulas, el interés primordial de ellos es la alfabetización académica.

Las acciones de fomento deben coordinarse y planearse, ser parte de un modo de ser y vivir en la universidad y, por supuesto, incluir los espacios formales e informales a modo de engranaje que ponga a andar la maquinaria del conocimiento adentro de cuerpos y cabezas de quienes habitan la universidad e, incluso, de quienes solo van de paso. El mensaje más palpable y, a la vez, más sutil de una universidad debiera ser “Aquí se lee”.

Leer de todo en la Universidad: muchas preguntas y alguna certeza

Por: Paula Bombara⁵

Sexto Encuentro de Clubes de Lectura: la ciencia también se lee (2021)

Unos meses antes de la pandemia, en noviembre de 2019, se desarrolló en la UNAM, Ciudad de México, la Feria de los Libros Universitarios. Fui invitada para conversar sobre la lectura en espacios universitarios. Un año después, el responsable de Linternas y Bosques, el investigador Adolfo Córdova, me pidió la conferencia para publicarla en su blog.

Esta conferencia fue leída por el equipo organizador de este encuentro, y me escribieron para que hoy estuviéramos aquí, compartiendo reflexiones. Les agradezco muchísimo la lectura, la invitación y cada una de las llamadas e intercambios que nos trajeron hasta aquí.

5 Escritora argentina, reconocida por su obra en literatura infantil y juvenil. Estudió Bioquímica en la Universidad de Buenos Aires. Desde 2004 se dedica exclusivamente a la literatura y la divulgación científica.

Voy a comenzar retomando un párrafo de aquella conferencia para que mi propuesta sea escuchada como un continuum de ideas en constante revisión. Porque, cuando se habla de lecturas, siempre estamos, a la vez, hablando de relecciones, de nuevas visitas a textos ya consultados, de nuevas reflexiones sobre ideas compartidas.

De algún modo, creo yo, al construir conocimiento colectivamente, avanzamos como propone una canción tradicional de mi infancia que tal vez conozcan, que dice: “María La Paz, La Paz, La Paz, un paso pa’trás, pa’trás, pa’trás, para un costaaaaado, para el otro laaaado”...

Es una canción que se canta mientras se camina, en la cual, los primeros pasos se dan hacia adelante —mientras entonamos los primeros versos—, los segundos pasos se dan hacia atrás —pa’trás, pa’trás, pa’trás—, y, recién luego de esos dos movimientos que, más o menos nos dejan en el mismo lugar inicial, avanzamos hacia la novedad en el camino, pero no en línea recta, sino explorando las diagonales.

Entonces, allá por 2019, tiempos prepanémicos, decía que:

...el camino que emprendemos como lectores y el que seguimos como estudiantes se cruzan, se solapan, se distancian, pero no son uno y el mismo. La mirada interior que se pone en juego a la hora de leer un texto es diferente a la que nos ocupa a la hora de estudiarlo. La conversación que establecemos con ese texto es distinta, las preguntas que nos hacemos respecto a lo leído cambian. Quizá, con la práctica, estas dos actividades, leer y estudiar, se entraman, pero me parece que es valioso mantenernos conscientes de las diferencias que existen entre ellas.

¿Se puede ser estudiante sin ser lector? Difícilmente. Para estudiar hay que comprender lo que se lee, hay que cuestionarlo, tener herramientas para debatirlo.

¿Se puede ser lector sin ser estudiante? Lo dudo. Pienso que, en algún punto, comenzamos a estudiar lo que leemos, además de disfrutarlo. Pero conozco lectores y lectoras eruditos que jamás fueron parte de una institución universitaria. (Bombara, sec. 2. El camino lector, 2021, párr. 8)

Leer de todo en la Universidad tiene que ver, para mí, con abrir oportunidades para conocernos de un modo distinto; mantener abierta nuestra mirada de mundo; reaccionar diferente ante imprevistos e incertidumbres; estar a la altura de lo que el planeta, la naturaleza, la sociedad en la que desarrollamos nuestras vidas, nos muestra.

Leer sobre ciencias sociales en carreras de ciencias naturales o exactas —y viceversa, por ejemplo— posibilita reflexionar sobre el espíritu que las une, en lugar de hacerse eco de las diferencias.

Para la interpretación de cualquier investigación científica, estar en contacto con modos distintos de pensar resulta no solo enriquecedor, sino también necesario; lo mismo vale al relacionar las artes y las ciencias: toda urdimbre entre estas dos maneras de observación conduce a una valoración distinta del pensamiento humano.

Y estudiar, ser personas con formación universitaria, debería redundar en un aumento del respeto por la diversidad de pensamiento, y no al contrario.

Hace mucho tiempo que mi temor frente a la hiperespecialización es que perdamos la capacidad de comunicar claramente lo que hacemos, lo que estudiamos.

Que un químico no pueda hablar con una socióloga, que una ingeniera computacional no pueda entenderse con un lingüista. Que ninguno de ellos, de ellas, pueda analizar y disfrutar la obra de una pintora, de un músico.

Temo que, por estar cada uno con la mirada puesta en lo suyo y únicamente en eso, ni la comunidad científica ni la artística unidas resulten suficientes a la hora de transmitir al resto de la sociedad aquellos intereses en los que confluyen y la importancia de sus aportes a la sociedad toda.

Me parece que fomentar la lectura de diversos tipos de discursos a lo largo y a lo ancho de la formación académica nos aleja de esa situación hipotética y atemorizante. Me parece —en mi opinión, desde un lugar de observación constructiva y reflexiva— que, ante la avanzada anticientífica creciente en sectores poderosos de Latinoamérica, no sé si fomentar la lectura en la universidad sea suficiente; gran parte de la humanidad se comporta como si nada de lo que sucede a su alrededor importara.

Parte de nuestra responsabilidad como comunidad lectora es señalar la importancia de las acciones colectivas, la importancia de alimentar nuestra sensibilidad y nuestra curiosidad, e impulsar a quienes leen a la reflexión compartida, a llevar la mirada hacia los demás.

Tampoco sé si la educación universitaria es garantía de respeto por el conocimiento y por la construcción de un saber colectivo que incida positivamente en la sociedad.

He visto reiteradas veces, en los medios de comunicación masiva, profesionales de diversas áreas que no escuchan al prójimo en los debates, que alientan los pensamientos binarios (“responda: sí o no”) en lugar de arriesgarse a construir una opinión consensuada; especialistas que se muestran impacientes, que no dan tiempo a la reflexión del otro, o que no respetan que alguien no quiera dar una opinión.

En un futuro que demanda creatividad y compromiso con el medio ambiente, capacitarnos para escuchar e inventar nuevos caminos en equipos multidisciplinarios es —o debería ser— parte integral de la educación de grado y de posgrado.

No olvidemos que la lectura requiere atención, que es un modo muy particular de practicar la escucha atenta y también de generarla, más cuando se trata de textos que nada tienen que ver con nuestro campo de saber.

Es pertinente, para nuestra formación, leer con paciencia aquello que nos cuesta entender; es pertinente situarnos en ese lugar de incomodidad, de no-entendimiento, se trate de un artículo de sociología, de física o de ciencias de la computación; darle más de una oportunidad también nos devuelve a nuestra etapa de estudiantes, a darnos cuenta de que nunca dejaremos de ser primeros lectores en algún campo del conocimiento.

Hablo desde la experiencia personal: hace tres años decidí volver al campo de la investigación científica, pero ya no al propio de mi título de grado —bioquímica—, sino al de la lingüística, que estudia la materia prima con la que trabajo, tanto en mi quehacer literario como en la comunicación pública de las ciencias: el lenguaje.

Tuve —y tengo— que cursar seminarios que repongan conocimientos que la bioquímica no me dio, que tampoco obtuve en el ejercicio de la escritura, y que son necesarios para la investigación que me propongo hacer.

Abrirme a nuevos modos de investigar, de saber, de razonar, de analizar y arribar a conclusiones hizo que atravesara momentos en los que la sensación fue de total oscuridad intelectual: “¿Qué estoy leyendo? ¿Qué quiere decir esto? ¡No entiendo nada! ¡Agggghhh!”.

Pero, a medida que el tiempo pasa y el contacto con estos nuevos discursos crece, la comprensión aumenta y el disfrute, también.

Comparto esta experiencia como muestra de que, si alguien desea comenzar un nuevo camino y cuenta con el tiempo y los medios para hacerlo, es cuestión de lanzarse hacia ese deseo y vivirlo a la edad que sea.

A mí me ha servido para no perder de vista que todo aprendizaje es con esfuerzo y dificultad, pero también con placer.

La ciencia que se deja leer en la narrativa literaria y la literatura que se deja leer en la comunicación científica son parte de este movimiento de escuchas múltiples, de polifonías valiosas que no hacen otra cosa que abrirse a diálogos nuevos, a preguntas, a incertezas.

Haber vivido una pandemia global por primera vez en la historia de la humanidad no debe sino habilitar la búsqueda de nuevos caminos dentro de la formación profesional.

Hemos sido parte —y, al mismo tiempo, testigos— de políticas públicas donde lo fundamental fue la formación de equipos científicos interdisciplinarios que contemplaran la mayor cantidad de enfoques posibles para preservarnos y evolucionar.

Estamos ante la gran oportunidad de cambiar los modos de aprender en esta realidad pospandémica que asoma. Depende de nuestra capacidad de escucha, de nuestra habilidad para transitar lo incierto y lo novedoso.

Ojalá, cada decisión se tome contemplando que no hay un planeta B; ojalá nuestros conocimientos nos conduzcan a una vida comprometida con el medio ambiente.

Capítulo 2.

Lectura en la era digital

Acrobacias cognitivas en tiempos de lectura digital

Por: Hugo Gallo⁶

No estamos frente a un cambio de generación, estamos frente a un cambio de era. La Internet, las redes sociales y, ahora, la inteligencia artificial (IA) enfrentan al ser humano a un sinnúmero de situaciones que nunca la humanidad enfrentó: acceso a información casi ilimitada, en todo lugar y en todo momento. Comunicación inmediata por texto, fotografía, video, audio y todas sus combinaciones, con personas conocidas y desconocidas en cualquier lugar del mundo. Y, como si esto fuera poco, ahora llega la generación de textos, videos, fotografías y cualquier pieza o forma de comunicación, sin la intervención de un ser humano: la IA generativa.

6 Bibliotecólogo, egresado de la Escuela Interamericana de Bibliotecología de la Universidad de Antioquia, Medellín, Colombia. Especialista en Comunicación Estratégica de la Universidad Autónoma de Occidente. Actualmente, es el director del CRAI Biblioteca de la Universidad Autónoma de Occidente. Promotor de los Encuentros de Clubes de Lectura.

Harari (2024) la define como “una inteligencia realmente diferente de la humana: capaz de aprender, crear y decidir sin intervención humana directa. No es una herramienta: es un agente autónomo con potencial para desplazar decisiones humanas esenciales” (p. 387). Este tema lo desarrolla el académico Miha Kovac, ponente en el Encuentro de Clubes del 2020, con su texto “Las democracias dependen de la lectura”.

Dichos cambios están teniendo un impacto sobre todos los aspectos de la vida humana. Cambios que aún no se han alcanzado a evidenciar en su real dimensión. El año pasado el MIT publicó un estudio que habla de la deuda cognitiva que deja el delegar en herramientas IA tareas intelectuales que antes hacíamos en el día a día (Kosmyrna et al., 2025). La doctora Anne Mangen, quien estuvo en nuestro Encuentro del 2020, ya lo preveía al contarnos que la lectura en formatos digitales debilitaba la capacidad de leer textos largos y la concentración.

Frente a este escenario que muchos ven como apocalíptico, las bibliotecas debemos analizar nuestro rol como entidades sociales que apoyamos a las personas a adquirir conocimiento y a ser mejores seres humanos. ¿Cómo podemos reconocer las bondades que estas tecnologías aportan, sus matices, peligros, oportunidades y amenazas, y cuál será la respuesta ante su —cada vez más— ubicua presencia en la vida de todas las personas? La profesora Ida Valencia explora esos retos con sus semilleros de investigación, y nos los presenta en su texto “Transformaciones textuales y creatividad”.

Una de las líneas de respuesta es entender el proceso cognitivo de la lectura. Para efectos de este texto, defini-

remos la lectura como un proceso cognitivo y mental que permite extraer significado de un texto escrito o impreso. O, como dicen Thompson y Bushnell (2009): “It is a means of language acquisition, of communication, and of sharing information and ideas” (es un medio de adquisición del lenguaje, de comunicación y de intercambio de información e ideas) (p. VII).

La neurocientífica y pedagoga Maryanne Wolf (2020), autora del libro “Lector, vuelve a casa”, describe la lectura como una “acrobacia cognitiva” que implica decodificación, memoria, atención sostenida y comprensión crítica. No se trata solo de descifrar símbolos, sino de establecer conexiones profundas con ideas, con emociones y con otras formas de ver el mundo. Haciendo un símil entre lo que afirma la Dra. Wolf y lo que hacemos en los clubes de lectura, podríamos pensar en estos últimos como el espacio ideal para desarrollar las “acrobacias cognitivas” tan necesarias en un mundo donde pensar pareciera diluirse como una habilidad innecesaria.

Por otro lado —el humano—, la lectura de textos literarios sigue aportando al lector la posibilidad de interactuar con lo mejor de las personas a través del tiempo.

Leer literatura es una experiencia estética única que las bibliotecas deben mantener para seguir contribuyendo a ese objetivo de “ser mejores seres humanos”. La literatura y, con ella, la biblioteca y sus clubes de lectura entran a configurar esa “Región del sentido” que le da título a este libro, y que describe muy bien Macías (2025) como “un lugar en el que podemos entrar y movernos con libertad, un lugar que podríamos incluso habitar” (p. 79)

Independientemente del formato (papel o digital), la biblioteca debe continuar ofreciendo la posibilidad de ese encuentro con la lectura. No solo con colecciones siempre abiertas y bien curadas, sino con espacios colectivos de lectura, espacios de libertad, donde el usuario pueda habitar y encontrar sentido: los clubes de lectura.

Las democracias dependen de la lectura⁷

Por: Miha Kovac⁸

Sexto Encuentro de Clubes de Lectura: ¿Libro físico o digital? (2020)

La creciente reticencia para involucrarse con los libros pone en peligro la democracia y la ciencia.

La lectura profunda potencia la capacidad humana de pensamiento abstracto y analítico, protegiéndonos de los efectos corrosivos de los prejuicios y las teorías conspirativas.

“¿Dónde diablos están los coches voladores?”, se preguntaba el antropólogo estadounidense David Graeber hace 12 años.

⁷ Este artículo se ha publicado en colaboración con Razpotja y Wespennest.

⁸ Profesor en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Liubliana. En los últimos cinco años, ha participado en la red internacional E-READ COST, dedicada a la investigación de los cambios provocados por las tecnologías de pantalla en los hábitos de lectura y la comprensión de lo leído. En la primera mitad de su vida profesional, fue editor y/o editor jefe de varias editoriales de libros y periódicos.

Como todos los que crecimos en la década de 1960 viendo Los Picapiedra, creía que los coches voladores formarían parte de nuestra vida adulta para el año 2000.

Pero, en cambio, lamentaba que, sesenta años después, tengamos tecnologías que puedan simular la realidad, pero que no tengan un impacto directo en nuestra vida cotidiana: quizá podamos volar por el espacio en los videojuegos, pero, al menos en Occidente, está surgiendo un mundo en el que, tras décadas de progreso económico impulsado por la tecnología, los niños de hoy están en peor situación que sus padres. La tecnología simplemente ha ido por mal camino — escribe—, y nuestros sueños de infancia se han ido al traste.

Pero Graeber no se dio cuenta de que algunas herramientas que simulan la realidad son un milagro aún mayor que los coches voladores. Los teléfonos inteligentes han condensado todos los dispositivos de comunicación del siglo XX: máquinas de escribir, cámaras, teléfonos, libros, revistas y periódicos, televisores, radios, tocadiscos y grabadoras, en un único dispositivo de comunicación universal, más pequeño que un bolso. Es más, con las suscripciones y el acceso a internet adecuados, puedo usar este dispositivo para acceder a todo el conocimiento de este mundo, sin importar dónde viva.

Sin embargo, Graeber tiene razón al afirmar que mucha gente usa estas brillantes nuevas tecnologías solo para cosas triviales: parlotean, retozan, compran y venden productos, se intimidan, echan un vistazo a la vida de los demás y se exponen con gusto. Al hacerlo, se enredan en las redes que los zares de los imperios globales en línea han tejido para captar y comercializar su atención.

Esta nueva realidad mediática se correlaciona con la regresión política. Es decir, quienes creían, a principios de la década de 1990, que las computadoras personales e Internet se convertirían en herramientas de la democracia global, eran ingenuos. Hoy en día, viven menos personas en democracias que antes del fin de la Guerra Fría y la invención de Internet (Instituto V-DEM de la Universidad de Gotemburgo, 2024).

Si tuviéramos una máquina del tiempo —¡otra gran tecnología de mis sueños de infancia que no llegó a materializarse! — y alguien me teletransportara de principios de los años noventa a principios de los 2020, no habría creído lo que veía: los populismos que, entonces, rugieron en mi patria yugoslava, que creíamos erróneamente que solo podían surgir en zonas periféricas, culturales y políticas, ahora se extienden por países que, en ese entonces, considerábamos democracias sólidas, como Estados Unidos o Italia. Peor aún, parece probable que Francia, Países Bajos, Alemania e, incluso, algunos países escandinavos sigan su ejemplo.

Pero ¿qué ha causado este declive de la civilización? De hecho, ¿cómo ha ocurrido esto en tiempos en que todo ser humano tiene acceso ilimitado al conocimiento y la información, una situación que —técnicamente hablando— crea las condiciones óptimas para el desarrollo de la democracia?

No me hago ilusiones de que esta pregunta pueda responderse en un artículo relativamente breve. Solo quisiera señalar un hecho marginal, pero importante: a pesar de todo el glamour de las tecnologías de pantalla, también nos estamos viendo arrastrados a este caos social, político y cultural,

porque, como sociedad, estamos renunciando a leer textos más largos y complejos.

Ilustraré este punto con un breve repaso de la historia de las herramientas de información, que mostrará cómo los humanos han crecido social y culturalmente en estrecha interacción con las tecnologías que han creado, pero que existe un dispositivo de información —el libro, o más precisamente, el texto largo y complejo— que apoya con mayor eficacia el desarrollo del pensamiento abstracto y analítico. Sin esta habilidad, no hay democracia ni ciencia, mientras los sesgos, prejuicios y teorías conspirativas triunfan.

Evolución exponencial

Comencemos por el punto cero. Los ancestros de los humanos aprendieron a usar herramientas sencillas hace unos millones de años. Esto, en sí mismo, no los diferenció de otras especies animales: los cuervos de Nueva Caledonia pueden fabricar herramientas de varias piezas con hierba y madera para mejorar su destreza, y algunos simios y monos pueden abrir comida con piedras. La función de estas proto-herramientas era simple: mejoraban la fuerza física y la precisión de las criaturas que las usaban. Gracias a su simplicidad, el conocimiento de su uso se transmitió de generación en generación mediante la observación y la práctica.

Entonces, hace aproximadamente medio millón de años, ocurrió algo milagroso: los homínidos perfeccionaron sus habilidades para fabricar herramientas y comenzaron a fabricar hachas simétricas. Al mismo tiempo, sus cerebros se agrandaron.

Lo que diferenciaba a estas herramientas de las anteriores —más sencillas— era que su fabricación solo podía lograrse mediante la comunicación verbal, la cual incluía —en términos modernos— instrucciones técnicas sobre cómo trabajar una piedra para afilarla y acondicionarla.

Casi al mismo tiempo, los humanos aprendieron a usar el fuego para cocinar, cazar y calentarse, y esto tampoco habría sido posible sin la comunicación verbal (Weber, 2020). En lugar de comunicarse mediante gorjeos, chirridos y rugidos como otras especies animales, los humanos desarrollaron el habla, utilizando palabras con significados claros.

No sabemos por qué el crecimiento del cerebro, el salto de herramientas simples a complejas y de rugidos y gorjeos al habla, se produjo solo en los humanos. Sin duda, es uno de los mayores milagros de la evolución humana. La hipótesis de que esto ocurrió debido a los drásticos cambios climáticos del Pleistoceno, a los cuales los humanos se adaptaron conductualmente por la lentitud de los cambios genéticos (Turchin, 2015), describe esta evolución con más detalle, pero no explica sus causas.

Por lo tanto, dejamos de lado el origen de este milagro: la gran incógnita espera a que Darwin o Freud la descifren. Lo importante para nuestros propósitos es la observación de que, desde el principio, la evolución del habla en los humanos ha estado estrechamente ligada a la evolución de las herramientas.

Arriesguemos la hipótesis de que nos convertimos en criaturas parlantes al fabricar herramientas que, mediante un ciclo de retroalimentación que aún no comprendemos, moldearon

nuestras capacidades cognitivas de una manera que facilitó el refinamiento de nuestra comunicación vocal. Las herramientas que fabricamos también nos crearon a nosotros.

Entonces, hace unos 100.000 años, ocurrió otro milagro: a partir del habla y las herramientas, evolucionó una cultura simbólica. Primero, la gente comenzó a decorar objetos con adornos y, posteriormente, hace unos 70.000 años, aparecieron las pinturas rupestres. Al igual que con el origen del habla, desconocemos por qué ocurrió esto.

Lo relevante para nuestra línea de pensamiento es que, a través de las pinturas rupestres, los humanos crearon mensajes abstractos que atestiguaban su existencia incluso en su ausencia o después de su muerte. Este fue otro gran salto evolutivo, ya que la proximidad cara a cara ya no era necesaria para una comunicación relativamente compleja.

Ello convierte a las pinturas rupestres en las primeras herramientas que permitieron a las personas compartir información e historias más allá de las limitaciones del tiempo y el espacio. Gracias a esta nueva capacidad de comunicación, los humanos fueron capaces, por primera vez en la historia, de formar y compartir información en comunidades más grandes que los pequeños grupos en los que vivían antes.

A partir de entonces, la evolución de los humanos y de sus herramientas de información se volvió vertiginosa. Transcurrieron poco más de 70.000 años entre las primeras pinturas rupestres y la aparición de la escritura. Luego, unos siete mil años después de la invención de la escritura, los humanos comenzaron a reproducir textos mecánicamente mediante la imprenta.

Unos 400 años después, descubrieron cómo reproducir mecánicamente sonido e imágenes. Aproximadamente cien años después, llegaron las computadoras personales e Internet y, luego, en tan solo treinta años, la inteligencia artificial se convirtió en parte de la vida cotidiana.

Paralelamente, los dispositivos de almacenamiento de conocimiento se han vuelto cada vez más eficientes. Los antiguos pergaminos podían almacenar más texto que las tablillas de arcilla, un código más que un pergamino y un servidor en la nube más que cualquier biblioteca de libros impresos.

El precio de estos dispositivos también ha ido disminuyendo: mientras que en la época de Gutenberg una copia de una Biblia impresa costaba tanto como una casa en Maguncia (Kapr, 1996), hoy un libro impreso cuesta tanto como un almuerzo barato. Las computadoras y los teléfonos inteligentes (computadoras de bolsillo) son relativamente caros —¡aunque baratos en comparación con una casa! —, pero si consideramos sus posibilidades de comunicación y el volumen de información al que se puede acceder con ellos, su costo se vuelve insignificante.

En resumen, a lo largo de la historia, el acceso a la información se ha vuelto cada vez más fácil y la cantidad de información accesible ha crecido exponencialmente. Si los eruditos antiguos y medievales tenían que peregrinar de biblioteca en biblioteca para acceder a todas las obras importantes de su época, el concepto básico de la biblioteca de Alejandría —reunir todo el conocimiento en un solo lugar— se convirtió en el de las bibliotecas universitarias a partir del siglo XVIII.

A diferencia de los eruditos medievales, mis antepasados, que fueron los primeros de la familia en obtener una educación universitaria hace unos 120 años, tuvieron que abandonar los remotos confines de Eslovenia y trasladarse a una gran metrópolis europea para acceder al conocimiento —generalmente Viena—, pero a veces también Praga o París. Allí, la mayor parte del conocimiento que necesitaban para sus estudios se encontraba disponible en la biblioteca universitaria; es más, sin necesidad de cruzar Europa, podían conocer allí a personas que les ayudaban a aprender y estaban dispuestas a compartir sus conocimientos.

Para mí, acceder al conocimiento es aún más fácil: con una computadora portátil y la ayuda de internet, puedo, al menos en teoría, acceder a —casi— todo el conocimiento del mundo desde cualquier lugar, sin costo variable, a través de mi identidad académica. Además, puedo comunicarme con cualquiera que use internet y una computadora. Mis nuevos mejores amigos, ChatGPT y DeepL, me han ayudado a superar las barreras del idioma y a analizar datos de maneras que ni siquiera podía soñar hace una década.

El exoesqueleto cognitivo

La historia de la humanidad es, por lo tanto, también la historia de herramientas de información cada vez más económicas y eficientes; herramientas que almacenan nuestro conocimiento, en rápida expansión, fuera de la mente humana.

Además, dichas herramientas permiten que un número cada vez mayor de personas participe en la creación y el consumo

de este conocimiento e información, independientemente de las limitaciones geográficas y culturales. A los efectos del presente texto, nos referiremos a todas estas herramientas de información como un exoesqueleto cognitivo.

A medida que este exoesqueleto ha crecido, junto con el número de sus usuarios, el conocimiento humano ha aumentado exponencialmente, al igual que otras tecnologías que nos han llevado drásticamente más allá de nuestras limitaciones corporales y nos han posibilitado adaptar la naturaleza a nuestros propósitos. Tan solo tres mil años después de la introducción del alfabeto, nos aventuramos en el espacio y podemos producir alimentos suficientes para alimentar a treinta veces más personas que hace mil años.

Pero el desarrollo del exoesqueleto cognitivo no garantiza per se la mejora humana: además de difundir conocimiento, puede utilizarse para crear y propagar estupidez, sesgos y prejuicios. Al hacerlo, el exoesqueleto cognitivo puede, incluso, volverse autodestructivo.

Pensemos en cómo la Antigüedad implosionó hacia la Edad Oscura, y cómo la Europa liberal de finales del siglo XIX y principios del XX, como un continente de sonámbulos, se lanzó a la Primera Guerra Mundial, con un saldo de muertes sin precedentes en la historia.

La llegada de la imprenta en el siglo XV no solo aceleró el desarrollo de la ciencia y la cultura, sino que también posibilitó la caza de brujas, el primer ejemplo de histeria colectiva paneuropea basada en una teoría de la conspiración, con un saldo de miles de muertos.

Más tarde, en el siglo XVII, la imprenta posibilitó la primera guerra ideológica/religiosa real de Europa, con consecuencias devastadoras. Doscientos años después, los medios audiovisuales, en combinación con la crisis económica y social, se convirtieron en la principal herramienta de propaganda del nazismo, el fascismo y el bolchevismo. El número de muertos por estas ideologías y populismos potenciados por las herramientas de la información asciende a decenas de millones.

Hoy, parece que estamos atrapados en una dualidad similar. Por un lado, somos capaces de investigar los orígenes del universo con telescopios espaciales; estamos desentrañando el genoma humano y experimentando con la mecánica cuántica. Pero, por otro lado, algunos de nosotros, con nuestras creencias de que la Tierra es plana y que el mundo está controlado por sociedades secretas, estamos mentalmente anclados en la Alta Edad Media.

Aún más alarmante es que la negación del cambio climático puede incapacitarnos para afrontar los desafíos ambientales a los que, incluso, nuestros antepasados del Pleistoceno lograron adaptarse con éxito. En política, un grupo de populistas políticos de reciente aparición, imbuidos de fundamentalismo religioso, están involucrando al mundo en guerras sangrientas —me refiero a Hamás, Benjamin Netanyahu, Vladimir Putin y muchos otros, quienes parecen haber recibido clases de la escuela primaria de populismo de Slobodan Milosevic—, como si nada se hubiera aprendido del colapso de Yugoslavia.

Todo esto indica que, a pesar del inmenso crecimiento del exoesqueleto cognitivo, los humanos aún no comprenden

cómo funcionan sus sociedades ni por qué sienten y piensan como lo hacen. El exoesqueleto cognitivo es, a la vez, un instrumento de sabiduría y una herramienta de locura.

Pero ¿cuál es el origen de esta dualidad? Arriesguemos dos hipótesis. Primero, la forma en que las personas expresaban sus pensamientos y sentimientos cambió con la invención de las nuevas tecnologías de la información. Como demostró el físico teórico italiano Carlo Rovelli, la escritura alfabética se convirtió en la metáfora que Demócrito utilizó para formular su teoría de la existencia de los átomos. Las palabras para muchos colores —que, con sus significados simbólicos, también son herramientas de información— solo aparecieron en la Antigüedad, cuando se desarrolló la tecnología para producirlas, lo que dio lugar a una nueva forma de expresar emociones: de repente, la tristeza era negra, la sabiduría azul y la pureza blanca (Deutscher, 2010).

Sin la biblioteca como metáfora, habría sido difícil formular la teoría del genoma humano. Más recientemente, el circuito eléctrico se ha convertido en una metáfora del funcionamiento de las neuronas cerebrales (Baron, 2023). Y la interfaz, una metáfora de cómo funcionan la percepción y la conciencia humanas (Seth, 2021). Mientras que Wikipedia y YouTube se han convertido en metáforas para describir el funcionamiento de la memoria (Shrier, 2024). Recientemente, el historiador y filósofo israelí Yuval Harari explicó la diferencia entre democracia y totalitarismo, en razón del funcionamiento de las redes de información.

Además, al menos durante los últimos quinientos años, ha existido una correlación bastante clara entre la invención de

las nuevas tecnologías de la información, el crecimiento del conocimiento y los cambios en la autopercepción humana.

Si la invención de la imprenta condujo al conocimiento de que la Tierra no es el centro del universo, la invención de la imprenta industrial —que duplicó la producción de materiales impresos y redujo los precios de la impresión— coincidió con el descubrimiento de que los humanos no somos la obra maestra de Dios, sino el resultado de la evolución, siendo los monos nuestros parientes más cercanos.

Y, por último, pero no menos importante, la invención de la electricidad y las herramientas de comunicación audiovisual coincidió con el descubrimiento de que no solo somos dueños de nuestros pensamientos, sino que —a menudo— somos peones del inconsciente y de las fuerzas sociales que moldean nuestros pensamientos y sentimientos.

Creo que será posible comprobar empíricamente esta hipótesis de correlación —y buscar su posible causalidad— relativamente pronto, gracias a la digitalización del patrimonio textual y con la ayuda de la inteligencia artificial. Este auge del conocimiento, junto con los cambios en el vocabulario, pone en entredicho las creencias y valores establecidos. En consecuencia, el desarrollo de nuevas herramientas de información, con todos los cambios que conlleva, podría ser radicalmente disruptivo.

Pero —y esta es nuestra segunda hipótesis—, históricamente, las nuevas tecnologías de la información solo se consolidaron si se dieron en circunstancias apropiadas, llamémoslas «propensas al cambio». Los antiguos griegos, por ejemplo, sabían cómo fabricar ordenadores analógicos sencillos, pero

este conocimiento desapareció porque dichos dispositivos no eran una necesidad diaria en sus sociedades en la época en que se inventaron (Marchant, 2012).

Por el contrario, la imprenta prácticamente experimentó un auge en el siglo XV, porque la emergente economía de mercado, con su naturaleza descentralizada, proporcionó un entorno ideal para su desarrollo; mientras que, al mismo tiempo, los nuevos modos de producción y comercio requerían personas más alfabetizadas, creando así un mercado para los productos impresos. De igual modo, el desarrollo de los medios audiovisuales coincidió con —y simultáneamente aceleró— el auge de la primera ola de globalización económica y cultural que tuvo lugar a principios del siglo XX.

Es más, como ya se mencionó, cada paso en el desarrollo del exoesqueleto cognitivo incrementó el número de puntos de acceso a él y, por lo tanto, el número de personas que podían ser escuchadas y querían ser escuchadas; la historia de la imprenta, la publicación y la bibliotecología, la radio, la televisión, el teléfono y el telégrafo, y finalmente, la de la World Wide Web, así lo atestiguan. Esta creciente cacofonía de voces —pensemos en el creciente número de lectores de tabloides en el siglo XIX o en los usuarios de redes sociales en el siglo XXI— es otro momento que altera las relaciones políticas, económicas y sociales establecidas.

Esta simultaneidad de circunstancias sociales y económicas transformadoras, de (r)evoluciones mediáticas y cambios de vocabulario e identidad relacionados, es poco común. Sin embargo, ocurre, y cuando ocurre, hay mucho rock and roll: todo lo sólido comienza a desvanecerse, y lo sagrado

se vuelve profano, como observó un sabio sobre este tipo de circunstancias hace casi dos siglos.

En tiempos tan complejos, turbulentos e inestables, es natural que muchos recurran a respuestas simplistas —“¡Todo es culpa de las brujas!”, “¡Todo es culpa de los judíos!” y “¡Todo es culpa de los enemigos de clase!”— y los comerciantes populistas que venden soluciones rápidas empiezan a prosperar.

Sin embargo, refugiarse en respuestas simplistas no es la única manera de lidiar con estas perturbaciones tan estresantes y estos cambios complejos. Existe otra respuesta democrática a tales desafíos, estrechamente vinculada a la lectura.

Entrenamiento para el pensamiento analítico

Es parte de la naturaleza humana pensar y comunicarnos de maneras diferentes, a menudo, sin palabras; sin embargo, sin palabras, nuestra capacidad de comunicarnos se reduce radicalmente.

A partir de aquí, la razón de la importancia de la lectura es relativamente simple: cuantas más palabras domine y más capaz sea de articular mis pensamientos y sentimientos en oraciones complejas, más complejos serán mis temas de discusión con mis semejantes, y más complejas y productivas serán mis interacciones con el exoesqueleto cognitivo. En consecuencia, menos propenso seré a respuestas simplistas, impregnadas de sesgos y prejuicios.

Dado que ningún otro medio contiene tantas palabras diferentes y oraciones complejas como los textos lineales extensos, leer libros, tanto de ficción como de no ficción, es el mejor entrenamiento para desarrollar estas habilidades cognitivas.

En lo que respecta a la ficción, ningún otro medio nos invita de forma tan convincente a empatizar, o a polemizar mentalmente, con personas que son diferentes a nosotros. Cuando leemos, debemos recrear la dinámica de la historia, visualizar a los personajes y recrear sus relaciones emocionales en nuestra mente, mientras que, en películas y series de televisión, todo esto nos es servido en bandeja.

Además, el ritmo de la narración lo decide el director de la película —o el narrador en un audiolibro—, lo que nos deja menos espacio para la contemplación. No obstante, al leer un libro elegimos nuestro propio ritmo, así como cuándo —y durante cuánto tiempo— dejar que nuestra mente divague o contemple lo leído.

Además, los medios visuales y auditivos fijan nuestra atención con nuevos estímulos visuales y auditivos, mientras que, al leer, todo lo que sucede se desarrolla en nuestra mente. Todo esto requiere una mayor concentración y autodisciplina que los medios visuales y auditivos.

En otras palabras, sus propiedades convierten a los textos extensos en el segmento del exoesqueleto cognitivo que nos entrena con mayor eficacia para desarrollar un vocabulario amplio, pensamiento analítico y concentración; nos invita a la autodisciplina, al autocuestionamiento y a la adopción de perspectivas; y nos ayuda a interiorizar las reglas de la

lógica, mejorando así nuestra capacidad de expresión. Esto es lo que los autores del Manifiesto de Liubliana describieron como lectura de alto nivel.

Sin embargo, no todos los libros son buenos en sí mismos. Basta con observar a sociópatas como Hitler, Stalin y Mao, quienes con maestría encerraron las sociedades en las que vivían en una enorme burbuja mental llena de conspiraciones, odio y prejuicios. Los tres eran autores y lectores, así como autores de respuestas simplistas. No obstante, comprendieron el potencial subversivo de la lectura de alto nivel, ya que expulsaron, mediante la censura estatal, toda información, textos y puntos de vista que cuestionaran la consistencia de su universo ideológico. Por lo tanto, la lectura de alto nivel solo puede existir donde es posible transitar entre diferentes sistemas de pensamiento. La lectura de alto nivel y la democracia son cosa de la misma pluma.

Así que no hay que desesperarse: si aceptamos como legítimas las afirmaciones de que el auge del populismo hace que nuestra época sea comparable a la de la década de 1930, es ahí donde podemos encontrar, al menos, parte de la solución. Es decir, el nazismo, el estalinismo y el fascismo no eran las únicas respuestas posibles a la crisis social, económica, cultural y mediática de la época.

También existía la respuesta democrática, inventada en Estados Unidos y llamada New Deal. Además de las numerosas medidas sociales que habrían hecho parecer a Bernie Sanders republicano en aquel entonces, los autores del New Deal comprendieron algo más: los ciudadanos con una mentalidad democrática son la barrera más eficaz contra el auge del totalitarismo.

En resumen, la base de la democracia es una ciudadanía capaz de pensar analíticamente y que valore el bien común y el compromiso, en lugar de agendas políticas egoístas, que sucumben a la demagogia de las respuestas simplistas al abordar problemas sociales y económicos nuevos y desconocidos.

Solo una masa crítica suficientemente grande de personas con capacidad de pensamiento analítico y abstracto y empatía garantiza que, mediante el diálogo y el compromiso, crearemos las políticas sociales, económicas y culturales que, en circunstancias radicalmente cambiantes, nos impedirán ser arrastrados a nuevas formas de caza de brujas.

Estas habilidades —y en la década de 1930, los estadounidenses también lo comprendían— solo se desarrollan en un sistema educativo exigente pero accesible, y mediante la lectura de textos más largos y complejos, razón por la cual las inversiones en educación y bibliotecas públicas también formaron parte del New Deal.

En la mayoría de las sociedades occidentales, olvidamos esta lección y, en consecuencia, relegamos la lectura de alto nivel a un segundo plano cultural, a la vez que redujimos su alcance en los currículos escolares y universitarios. Esta actitud negativa parece aún más irrazonable en la era de la inteligencia artificial.

A diferencia de las tecnologías de la información anteriores, que simplemente aumentaron el tamaño del exoesqueleto cognitivo y el número de usuarios, la IA puede crear nuevos contenidos por sí sola. En ciencia, por ejemplo, la IA puede reducir años de trabajo de laboratorio a unos pocos meses y

buscar patrones en grandes cantidades de datos, los cuales serían imposibles de detectar solo con el cerebro humano.

En consecuencia, la IA ofrece un gran potencial para nuevos conocimientos y descubrimientos, tanto en las ciencias naturales como en las humanidades. Pero también puede mentir, en un abrir y cerrar de ojos, sin restricciones morales, al crear contenido textual, sonoro y visual. Por lo tanto, la IA también es una herramienta ideal para difundir la locura, las mentiras y los prejuicios. Peor aún, los bots de IA son brillantes fingiendo ser humanos cuando hablamos con ellos.

Esta facilidad para producir contenido y simular proximidad humana, junto con los cambios en el conocimiento y el vocabulario, está liberando fuerzas mucho más fuertes que las liberadas por expansiones previas del exoesqueleto cognitivo, erosionando el suelo bajo nuestros pies. Combinado con el declive global de la democracia y la ampliación de las disparidades sociales, esto nos sitúa en un punto explosivo de la historia que exige respuestas simplistas. No es de extrañar que los sesgos, las simplificaciones, las teorías conspirativas y los prejuicios estén mostrando un crecimiento sólido y saludable.

En definitiva, soy optimista y creo que la humanidad afrontará con éxito todos estos desafíos. Pero dudo que todas las culturas lo logren: como se ha señalado, las civilizaciones van y vienen, y hoy en día vivimos en tiempos extraños en los que el viejo dilema de si las armas o la mantequilla son lo primero se ha convertido en un paradigma en el que las armas se están volviendo extremadamente peligrosas sin libros, y los libros son inútiles sin mantequilla. La solución a todo esto podría acabar siendo tan compleja como lo fue en la década de 1930.

Manifiesto de Liubliana sobre la importancia de la lectura de nivel superior⁹

Quinto Encuentro de Clubes de lectura: Libro físico o digital (2020)

La lectura de alto nivel es nuestra herramienta más poderosa para desarrollar el pensamiento analítico y crítico. Ejercita la metacognición y la paciencia cognitiva, amplía nuestras capacidades conceptuales, entrena la empatía cognitiva y la capacidad de adoptar perspectivas ajenas, habilidades sociales indispensables para los ciudadanos informados en una sociedad democrática.

Los firmantes de este manifiesto hacen un llamamiento para que se reconozca la importancia permanente de la lectura de alto nivel en la era digital.

Cómo revertir la tendencia al declive de las habilidades lectoras es uno de los retos urgentes a los que se enfrenta actualmente la sociedad.

9 Con el apoyo de: Asociación Internacional de Editores, Academia Alemana de Lengua y Literatura Federación de Editores Europeos PEN International, Federación Internacional de Asociaciones de Bibliotecarios, EURead (Consorcio de Organizaciones Europeas para la Promoción de la Lectura). Para más información, visite <https://firstmonday.org/ojs/index.php/fm/article/view/12770>.

Para participar como ciudadanos informados en una sociedad democrática, necesitamos habilidades y prácticas de lectura de alto nivel que vayan mucho más allá de la mera decodificación de textos.

La lectura no solo es la vía principal para el desarrollo personal, la base del aprendizaje permanente y el fundamento de gran parte de nuestro intercambio de información, sino que también es una dimensión central de la interacción y la participación social.

La era de la rápida expansión de las tecnologías de pantalla ha puesto a nuestro alcance enormes cantidades de contenido audiovisual y textual.

La revolución digital ha traído consigo muchos resultados positivos. Por ejemplo, el contenido textual se ha vuelto más accesible en zonas desfavorecidas y se puede atender mejor a las necesidades de lectores con diferentes discapacidades y capacidades.

Sin embargo, debemos tener cuidado de que algunas habilidades y modos de lectura no se conviertan en reliquias de una era informativa que se desvanece rápidamente. Esto se refiere, sobre todo, a los libros de formato largo y al nivel superior de lectura que promueven.

El ámbito digital puede fomentar más lectura que nunca en la historia, pero también ofrece muchas tentaciones para leer de manera superficial y dispersa, o incluso para no leer en absoluto.

Esto pone cada vez más en peligro la lectura de nivel superior.

Por lo tanto, pedimos que se reconsidere el papel de la lectura de alto nivel en la era digital.

En un entorno informativo cada vez más complejo, los ciudadanos informados deben ser capaces de distinguir las fuentes válidas de las no válidas, y de adaptar con flexibilidad su comportamiento lector a los distintos contextos.

La lectura de alto nivel es un ejercicio de atención y paciencia cognitiva, que amplía el vocabulario y las capacidades conceptuales, y desafía activamente las ideas preconcebidas de los lectores.

Son especialmente los textos largos, como los libros, los que agudizan nuestras habilidades de lectura de alto nivel. Nos entrenan para poner a prueba diferentes interpretaciones, detectar contradicciones, sesgos y errores lógicos, y establecer las sofisticadas y frágiles conexiones entre los textos y los antecedentes culturales que necesitamos para el intercambio de juicios y emociones humanas.

La lectura de alto nivel es nuestra herramienta más poderosa para el pensamiento analítico y estratégico. Sin ella, no estamos preparados para contrarrestar las simplificaciones populistas, las teorías conspirativas y la desinformación, y por lo tanto nos volvemos vulnerables a la manipulación.

Sin embargo, los educadores se centran cada vez más en los medios multimodales, en detrimento de un comprom-

iso profundo con la información textual. Además, debido a la propensión a la eficiencia, la complejidad de la lectura se considera un problema que debe resolverse mediante la simplificación, en lugar de verse como un reflejo de la complejidad humana y una actividad que fomenta el pensamiento analítico y estratégico.

Por último, la educación y la evaluación de la lectura actuales también comparten un enfoque en las habilidades funcionales e informativas básicas. Este énfasis pierde de vista la importancia que tiene a lo largo de toda la vida la lectura de alto nivel para el pensamiento crítico, que es una condición previa para el buen funcionamiento de la democracia.

Por lo tanto, hacemos un llamamiento a la educación y la promoción de la lectura, junto con la evaluación y la investigación, para reconocer la importancia de la lectura de alto nivel como una capacidad que moldea la vida y la sociedad. La educación y la promoción de la lectura deben ir más allá de la enseñanza de habilidades funcionales e informativas básicas a los escolares, y centrarse en el proceso de desarrollo personal a lo largo de toda la vida, potenciado por la lectura de alto nivel.

La evaluación de la lectura debe ir más allá de las pruebas estandarizadas, e incluir datos cualitativos y descriptivos para proporcionar un diagnóstico detallado del estado de la lectura de alto nivel en nuestras sociedades.

La investigación sobre la lectura debe ampliar su enfoque para incluir disciplinas como la investigación sobre el comportamiento informativo, la enseñanza de la alfabetización informacional, el diseño de medios de comuni-

cación, la investigación sobre la atención y la neurociencia, y dar forma a un programa de investigación sistemático, alineando perspectivas y superando la fragmentación.

El futuro de la lectura afecta al futuro de nuestras sociedades.

Una sociedad democrática, basada en el consenso informado de múltiples partes interesadas, solo puede tener éxito con lectores resilientes, versados en la lectura de alto nivel. Los responsables políticos de todos los ámbitos deben ser conscientes de ello.

Porque, en palabras de la tan citada advertencia de Margaret Atwood: «Si no hay lectores y escritores jóvenes, pronto tampoco los habrá mayores. La alfabetización morirá, y la democracia... también morirá».

Perspectivas de la lectura en un mundo digitalizado

Por: Anne Mangen¹⁰

Sexto Encuentro de Clubes de lectura: Libro físico o digital (2020)

Comienzo con una aclaración que, aunque puede parecer obvia, considero fundamental en un campo tan complejo como este, donde se utilizan muchos términos distintos para referirse a cosas que no siempre son iguales.

Por eso, antes de entrar en materia, me parece importante establecer algunas distinciones terminológicas. Hablamos constantemente de lectura digital, pero este término puede incluir desde la lectura de hipertextos con enlaces hasta experiencias hipermedia que combinan texto, audio, video, interactividad, navegación y búsqueda. En ese universo de modalidades, el texto escrito puede ocupar solo un lugar parcial.

10 Profesora en el Centro Nacional de Lectura de la Universidad de Stavanger, Noruega. Su investigación se centra en cómo los formatos digitales y físicos (pantalla vs. papel) afectan la comprensión lectora, la inmersión y la escritura. Fue coordinadora del proyecto europeo E-READ, que estudió el impacto de la digitalización en la lectura. Su enfoque es interdisciplinario, integrando psicología, neurociencia y ciencias cognitivas.

Mi interés particular dentro de este panorama se centra en la lectura de textos escritos, lineales, continuos —ya sea en papel o en pantallas—. Me interesa entender qué diferencia introduce el soporte de lectura: ¿es igual leer en papel que en pantalla?

El soporte importa: papel versus pantalla

Esta distinción entre texto escrito y medios audiovisuales se está desdibujando, y creo que no somos suficientemente conscientes de sus implicaciones. Por ejemplo, en evaluaciones de lectura nacionales e internacionales, se suelen combinar textos escritos con imágenes e incluso videos. Entonces, ¿qué estamos evaluando realmente?

Hoy, más que nunca, necesitamos establecer distinciones claras, si queremos tener discusiones útiles sobre lo que significa leer en la era digital.

El centro de mi investigación: lectura continua y profunda

Mi investigación se enfoca en lo que denomino “lectura continua” o “secuencial” de textos largos y lineales, ya sea en libros de bolsillo, de tapa dura, novelas, cuentos o textos de no ficción. Esta lectura puede darse tanto en papel como en dispositivos como Kindle, iPad, teléfonos inteligentes, tabletas o computadoras.

Una de mis inquietudes principales tiene que ver con la materialidad de la lectura: cómo sostenemos el dispositivo,

cómo pasamos las páginas, cómo interactuamos físicamente con el texto. Todo esto se relaciona con un concepto clave en mi investigación: la tangibilidad.

El efecto ficción

Quiero destacar un hallazgo importante conocido como el “efecto ficción”. Un estudio, basado en los resultados de la prueba PISA (aplicada en países de la OCDE), reveló que los adolescentes que leían ficción con mayor frecuencia obtenían mejores puntajes en comprensión lectora. Este efecto solo se encontró en quienes leían ficción. Otras categorías como no ficción, revistas, noticias o cómics no mostraron la misma asociación. Con una muestra de más de 295.000 jóvenes, se trata de una evidencia robusta.

Un estudio longitudinal en Finlandia —uno de los países con mejores resultados en lectura— respaldó estos hallazgos. Titulado “Lectura por ocio (pero no de cualquier tipo) y comprensión lectora se apoyan mutuamente”, siguió a más de 2.500 niños entre los 7 y 16 años y examinó su fluidez, comprensión y frecuencia de lectura en distintos formatos (ficción, noticias, revistas, textos digitales).

¿El resultado?: los lectores frecuentes de libros de ficción presentaron mejor comprensión lectora. En contraste, quienes leían con frecuencia textos digitales cortos —típicamente publicaciones en redes sociales— mostraron un desempeño más bajo.

El experimento: ¿Leer en Kindle o en papel?

Con colegas en Francia, realizamos un experimento para comparar la experiencia de lectura de una historia corta (28 páginas) en dos formatos: libro físico y Kindle.

Elegimos Kindle por su pantalla de tinta electrónica, que refleja la luz (como el papel) en lugar de emitirla (como las pantallas tradicionales), reduciendo así la fatiga visual.

Los 50 participantes leyeron el mismo cuento —de género policíaco— en ambos formatos, y luego respondieron una serie de pruebas:

Tiempo real de lectura;

Tiempo estimado de lectura;

Estimación del número de páginas (se eliminó toda numeración del texto);

Escala de inmersión narrativa;

Pruebas de comprensión general;

Recuerdo factual: personajes, lugares, objetos, eventos;

Reconstrucción de la trama: ordenar correctamente 14 eventos clave en tarjetas.

Resultados:

No hubo diferencias en el tiempo de lectura, comprensión o nivel de inmersión.

Sin embargo, los lectores en papel mostraron un mejor recuerdo de la secuencia temporal de los eventos.

Pudieron identificar con mayor precisión en qué tercio del texto ocurrió cada evento.

Respondieron mejor a preguntas sobre duraciones, orden cronológico y lapsos de tiempo.

Reconstruyeron la secuencia narrativa con mayor exactitud.

Esto sugiere que la interacción sensorial con el papel —pasar páginas, sentir el grosor del libro, ubicar espacialmente los eventos— contribuye a una comprensión más clara de la cronología narrativa.

Lo que esto implica para la educación

Estos hallazgos no solo son relevantes para la lectura de ficción. De hecho, pueden ser aún más importantes en el ámbito académico, donde la comprensión profunda es esencial.

En 2018, un estudio con más de 10.000 estudiantes universitarios de 21 países mostró que:

El 78% prefiere leer en papel para estudiar.

El 82% dijo que se concentra mejor en papel.

El 72% afirmó que recuerda mejor los contenidos cuando los lee impresos.

Qué opinan los profesores

Junto con la profesora Naomi Baron, realizamos un pequeño estudio exploratorio con docentes universitarios en Estados Unidos y Noruega sobre cómo perciben los cambios en los hábitos de lectura de sus estudiantes en los últimos 10 años.

Lo positivo del entorno digital:

Acceso inmediato a fuentes primarias, especialmente útil en historia o arte.

Mayor motivación de algunos estudiantes al usar tecnología.

Lo negativo:

Los estudiantes leen menos y retienen menos cuando usan pantallas.

Las distracciones digitales interrumpen la lectura profunda.

Las pantallas parecen fomentar la lectura de textos breves y superficiales.

Profesores de literatura reportaron una disminución en la capacidad de los estudiantes para enfrentarse a textos complejos y densos.

Conclusión del estudio:

Las asignaciones de lectura extensa están disminuyendo, especialmente en humanidades, en parte porque los estudiantes ya no las completan.

Aunque la tecnología amplía el acceso a textos valiosos, también puede debilitar la concentración sostenida y el compromiso profundo con el texto.

Lectura diversa, pero consciente

La lectura actual es diversa: tuits, artículos, audiolibros, redes sociales. Y eso es bueno. Pero no todos los formatos sirven para todos los fines. Debemos preguntarnos: ¿Qué tipo de lectura estamos cultivando? Lo más importante, en mi opinión, es que, como investigadores, educadores y ciudadanos, cuidemos y fomentemos la lectura profunda, extensa y sin interrupciones, tanto en la educación como en la vida cotidiana.

Una breve visión transdisciplinar de la inteligencia artificial y la transformación de la literatura en la cultura de la era de la información

Por: Manuel Hai (Manuel Julián Escobar Díaz)¹¹

Noveno Encuentro de Clubes de lectura: La lectura en tiempos de IA
(2024)

Antes de la Revolución Industrial, la humanidad estaba acostumbrada a períodos de cambio en términos de siglos. Llegadas las máquinas y la industrialización del trabajo, el fenómeno de la actualización cultural forzada por la tecnología se aceleró. En particular, el motor a vapor y la electricidad reconfiguraron el mundo en un lapso de aproximadamente doscientos años. La reorganización social y cultural alrededor de la industria empujó cambios en el arte, como era de esperarse.

11 Actor, escritor y director con más de 18 años de experiencia en artes escénicas. Ha trabajado en teatro, televisión y cine, y domina disciplinas como canto, danza, acrobacia y artes marciales. Fundador de la productora escénica Om Ki Reo y del colectivo Flipped Hat Teatro.

La era de la información comenzó alrededor de 1950. En solo setenta y cinco años, ha producido un cambio cultural equivalente, tan fuerte y radical como el que la industrialización logró en más del doble del tiempo, culminando en la inteligencia artificial (IA) que hoy nos ocupa. Esto significa que la velocidad de la transformación se acelera a medida que avanzamos tecnológicamente: lo que antes tomaba generaciones, ahora ocurre en décadas. Bien podría ser que el próximo gran ciclo dure menos de veinte años.

En este corto artículo, voy a tratar de esbozar, informalmente, algunos puntos cruciales que, desde mi perfil multidisciplinar, son ejes fundamentales de la transformación literaria que estamos viviendo como resultado de la era de la información (EI) y las tecnologías de inteligencia artificial (IA). Lo he dividido en tres secciones: una para entender de qué tecnologías estamos hablando, otra para ojear la relación literatura-tecnología y la última como breve comentario sobre el futuro de los clubes de lectura.

Era de la información (EI) e inteligencia artificial (IA)

El inicio de la EI data de 1947, porque la invención del transistor permitió empezar a manipular de forma invisible la información —electrones y voltajes, en vez de papel y lápiz—: ese era el secreto para que la información pudiera romper límites naturales. ¿Por qué? Porque esta manipulación invisible es diminuta, no visual y simbólica: más fácil de procesar y transmitir que medios mecánicos/visuales representativos —como un libro impreso—.

En los años cincuenta no se podía aún superar la efectividad de un hábil humano con ábaco, o simple lápiz y papel, pero los científicos de la época tuvieron la visión suficiente para reconocer lo que décadas después sería posible

La EI es llamada también la Tercera Revolución Industrial, y comprende toda tecnología y cambio cultural afincado en un procedimiento de manejo de información. En el siglo XX e inicios del XXI, estas transformaciones produjeron el computador personal, el teléfono celular y las redes sociales, y se alteró para siempre el imaginario del trabajo, el ocio y la socialización.

Por su parte, la IA tiene dos componentes que es mejor diferenciar: desarrollo y popularización. Así, la “prehistoria” de la IA arranca desde la idea, la conceptualización y sus antecedentes: mitos griegos mucho más viejos que el año 300 a.C., y prosigue a lo largo de la historia de la humanidad con diversos modelos de autómatas, hasta llegar al punto en donde la automatización electrónica es posible — programas que se corren en un computador—.

Solo a partir de ese momento inicia la historia efectiva del desarrollo de la IA: una máquina digital juega una partida contra un humano (1951) y se simuló la primera red neuronal (1954).

La simulación de redes neuronales hace parte de un paso fundamental en el desarrollo de la IA, porque estos trabajos impulsaron toda la investigación alrededor del tema en los años cincuenta, sesenta y setenta. Aún hoy, gran parte de la tecnología que observamos en la generación artificial de

textos, imágenes y videos se produce mediante arreglos de redes neuronales.

¿Y qué son redes neuronales? Una copia funcional, mas no física, de nuestras neuronas animales. Es decir, una foto de aquello que “es” o “contiene” la red neuronal artificial programada en los computadores de hoy día no se parece en nada a una foto de una neurona animal. En un cerebro humano, la forma es totalmente diferente a la del servidor, pero la función es exactamente la misma: hacen lo mismo, matemáticamente hablando.

La popularización de la IA, en cambio, es un fenómeno mucho más reciente: si consideramos productos comerciales de IA antes de que se vendieran como IA, de todas formas, estaríamos hablando de aspiradoras automáticas que recién salieron en 2002. Esto era tan IA como son hoy día los generadores de textos.

Dentro de esta popularización, sin embargo, se reconoce que el boom de la IA es un fenómeno real, aunado al marketing que se ha hecho al término y que estalló en 2022. Los generadores de texto actuales son llamados Transformers, hechos con una compleja arquitectura de redes neuronales inventada en 2017.

La popularización de la IA ha democratizado el proceso de finalización, corrección o esbozo de piezas artísticas escritas, sonoras, visuales o audiovisuales, sin importar su calidad final. Esta proliferación de piezas ha saturado el Internet hasta un punto de no retorno.

En otras palabras, se cree que, para cada disciplina, habrá o hay más contenido “artístico” en línea, gratuito, hecho por máquinas que por humanos. Las noticias falsas generadas por IA ponen en peligro la sensación del valor de verdad en el mundo digital actual.

Arte, cultura, literatura y tecnología

De lo anterior se desprende que, en 2025, estemos hablando de una resignificación del arte, con el objetivo de excluir las piezas generadas por IA del conjunto considerado “obras artísticas”. La idea de pieza artística o pieza literaria cada vez más se orienta más hacia el contexto de creación y la intención de su autor, más que a sus características finales y terminadas.

Esto se debe a que el proceso de mejora de la IA ha mostrado que es posible que el resultado, en sí, sea, en los próximos años, indistinguible de lo que un humano crea, y también a un consenso mayoritario entre los artistas que busca demeritar cualquier avalúo artístico de piezas que pueden implicar nuestro reemplazo como creadores.

En el contexto de la aceleración de la transformación cultural mediada por tecnología, ¿cuál diríamos que es el papel de la literatura? Personalmente, no la veo como una víctima de la tecnología: la veo como motor y oráculo.

Gran parte de las transformaciones de la IA y la EI se asocian a la literatura; en algunos casos, alguien podría decir que provienen de ella. Muchas ideas que hoy se materializaron en algoritmos y redes neuronales fueron, primero, argumen-

tos hipotéticos en un libro que quizá ni siquiera era de divulgación científica, en los mundos imaginados por escritores que soñaron nuestro presente.

He aquí la primera consecuencia literaria de la era de la información: revalorizar un género tan tradicionalmente desterrado de la “alta cultura” como la ciencia ficción (SciFi).

En nuestra era exponencial, la ciencia ficción se ha convertido en la herramienta más relevante de análisis sociocultural que poseemos. Ya no es una fantasía sobre un futuro lejano e improbable; es una forma de antropología del futuro cercano. A través de ella, el lector puede descubrir el futuro; un futuro que puede ser, hoy día, casi inmediato.

La razón por la que la ciencia ficción logra estas discusiones se fundamenta en lo que llamo el privilegio del mundo hipotético: la capacidad de abordar temáticas normalmente controversiales o tabú, desde el cine, la literatura o el teatro, sin despertar argumentaciones cognitivas o verbales mientras se aprecia la obra de arte.

Mientras que una propuesta ambientada en Colombia real 2025 muestra, de manera evidente y reconocible, sus temas de fondo, un ambiente de la colonia espacial Zomoko en 2100 se presenta ajeno, imaginario y desconectado de quien observa la obra...hasta que voltea y mira a los ojos a esa persona, quizá en las últimas veinte páginas de la novela o el tercer acto de la obra.

El desafío literario que esto implica es monumental. La ciencia ficción no es “menos literaria”; más bien, su literatura es más difícil de lograr.

Una descripción de detalles técnicos no tiene valor literario, por lo que el escritor debe invocar una síntesis con cierto rigor conceptual, ojalá armada sobre unas intenciones de estilo y fondo de verdadero mérito literario. Así y todo, aunque la obra no logre pilares literarios altos, su relevancia sociocultural sí puede alcanzarlos.

2001: Una odisea en el espacio, de Arthur C. Clarke, es claramente una pieza regular con varias falencias, pero su relevancia para la humanidad fue tremenda —no solo desde su adaptación al cine, sino las numerosas invenciones técnicas estimuladas por sus páginas, como las tablets, videollamadas y el diseño de estaciones espaciales—.

Leer ciencia ficción hoy es más que un acto de escapismo; es casi un ejercicio de preparación y pensamiento crítico.

Las obras de este género nos invitan a debatir las implicaciones éticas, sociales y humanas de las tecnologías que ya están aquí o que están a punto de llegar: implantes neurales que prometen la comunicación cerebro a cerebro, una idea sacada directamente de novelas de ciencia ficción y que hoy es una realidad incipiente con proyectos como los de Neuralink.

Un breve cierre sobre los clubes de lectura colombianos frente a la revolución IA

La invitación para todos los promotores de lectura es clara: abramos las puertas de nuestros clubes a la ciencia ficción y no caigamos en la terquedad de negar la presencia de IA en nuestras vidas. Ni la IA se va a ir a ningún lado, ni la ciencia ficción es ya un género de nicho. La primera crecerá y la segunda proveerá lecturas esenciales para los ciudadanos del siglo XXI, sin dejar de lado piezas claves no ciencia ficción, como *Los miserables*, de Víctor Hugo, o *Cien Años de Soledad*.

Sigamos con los clásicos o contemporáneos, sí, pero propongamos también debates que vayan más allá de la trama y los personajes.

Preguntemos: ¿qué nos dice esta obra sobre nuestro presente?, ¿cómo nos ayuda a navegar la incertidumbre de un futuro que llega cada vez más rápido? No solo estamos fomentando la lectura, sino que estaremos equipando a nuestros lectores con una brújula indispensable para orientarse en la fascinante y vertiginosa era exponencial que nos ha tocado vivir.

No neguemos la IA: usémosla como inspiración. No solo para armar un debate en su contra, sino quizá para comparar en nuestros talleres de clubes de lectura lo generado artificialmente frente a lo creado por nuestros estudiantes o por nosotros mismos. No solo para escribir historias en donde una IA quizá sea coprotagonista, sino démonos un tiempo para conversar —sí, conversar— con ella un rato y entender qué tan inhumana es, y qué tan distante, errónea y mentirosa. O quizá ahí esté su humanidad.

Menschliches, Allzumenschliche, como dijo Nietzsche.

Transformaciones textuales y creatividad: los semilleros de investigación como puerta a la transdisciplinariedad

Por: Ida Valencia Ortiz¹²

Noveno Encuentro de Clubes de Lectura: La lectura en tiempos de IA
(2024)

El presente texto apunta a la transdisciplinariedad. Para ello, es necesario dejar los paradigmas del siglo XX y pensar que ya estamos en una edad adulta del siglo XXI. En mi formación doctoral en Pensamiento Complejo de la Multiversidad, del maestro Edgar Morin, aprendí a ser complementaria. Creo que de nada sirve estar evaluando todavía con instrumentos del siglo pasado, como la moralidad. Esa complementariedad y esa complejidad nos invitan a considerar que ya estamos de un lado y del otro, que tene-

12 Licenciada en Literatura y magíster en Literaturas Colombiana y Latinoamericana por la Universidad del Valle, donde también cursa actualmente un doctorado en Pensamiento Complejo. Docente en la Escuela de Estudios Literarios de dicha universidad, donde imparte cursos sobre escritura, teoría literaria, medios audiovisuales y metodología.

mos muchas perspectivas y que, por fortuna, estamos en esta época de gran diversidad de opciones.

En consecuencia, ¿voy a pelear con las aplicaciones? Resulta mejor hacer una actividad detectivesca sobre ellas como inteligencia artificial (IA) y, sobre todas las posibilidades que hay para optimizar una ilustración, un tutorial, una redacción, un diseño, preguntarnos cómo las uso desde mi perspectiva y experiencia como maestra, como tallerista, como escritora, como creadora audiovisual, como estudiante...

Este texto va en ese sentido. Sin duda, antes de maldecir a ChatGPT por ser “más inteligente” o porque “escribe mejor”, o antes de vigilar qué está haciendo un estudiante con su teléfono inteligente, le incentivo a que me proponga temas complementarios y a que se genere la investigación. Así, si yo genero investigación, si produzco investigación y la inquietud de mis estudiantes para investigar, ellos no van a recurrir a ChatGPT por ayuda, porque van a saber que la experiencia, la intuición y la necesidad de saber nacen en uno; lo exterior es exterior y ahí está para complementarnos.

El objetivo es, entonces, exponer situaciones y dinámicas generadas dentro de los y las estudiantes investigadoras que hacen parte del semillero Narrativas, el cual guío desde hace unos semestres como docente e investigadora en la Escuela de Estudios Literarios de la Universidad del Valle. A continuación, presentaré una variedad de propuestas ancladas a este grupo de investigación.

En relación con los temas fanzine y literatura, autogestión y literatura y literatura expandida

¿Cómo una estudiante puede volver fragmentos de obras grandes en un fanzine hecho de manera manual e ir a enseñarlo a las plazas de mercado? ¿Cómo, en las plazas de mercado, puede ir a investigar con las principales hierbateras para saber cuáles son las hierbas que más nos sirven a las mujeres para tratar nuestros problemas uterinos? ¿Cómo hacemos esto? De aquí nace Narrativas Uterinas, fanzine y literatura de L. Marcela Higinio. ¿Cómo mezclar tantas cosas que hay? ¿Por qué me quedaría con una sola opción? Hay tanto para aprender y tanto por enseñar más allá del aula, la tarea, la calificación...

Otra investigación titulada la Literatura juvenil (no importa, de Shirley Muñoz, nos hace pensar en qué pasa con toda esa literatura juvenil. ¿Cómo hago para saber si es más importante la literatura juvenil, regional, local o universal? Hablamos de la gran creación de la humanidad, que es el arte y la literatura, y de cómo, allí, cada uno y cada una, vamos incidiendo.

Otro aspecto por tratar en futuras investigaciones del semi-llero Narrativas es la noción de la écfrasis, como figura retórica en la que, de una obra, nace otra obra de arte. Vamos haciendo una conexión, un hipertexto, una red amplísima que nos va a entregar mucha más sabiduría y complementariedad con lo que hay.

La investigación Del Cibervagabundeo al ocio creativo: literatura, autoetnografía y experiencia en la cultura visual hipermedia, de Esteban Franco Ríos, nos cuestiona sobre cómo sabemos que ahora tenemos una cantidad de cibervagabundos y qué hacemos con eso, porque hay estudiantes en clase que ni siquiera dan la cara, no se levantan, no hablan, pero ve y háblale de su cibervagabundeo y puede hablar por lo menos una hora. Se trata de no menospreciar esos saberes, decir que no sirven, el conocimiento está en la medida que el estudiante se apropie de lo que sabe y lo haga para investigar, para saber qué es lo que le interesa, cómo va a transmitir eso que aprende, cómo se va a apropiar socialmente de sus hallazgos. Esta apropiación social del conocimiento está precisamente en decir: aprendo algo acá y voy a expandirlo, voy a entregarlo.

Del cibervagabundeo pasamos a hablar de otro tema relacionado con las investigaciones del semillero Narrativas, que es la propuesta de un pódcast en el que se entreguen cápsulas sobre literatura universal. En este caso, se presenta un ensayo corto en torno a la conmemoración del centenario de Franz Kafka. ¿Cómo vamos con esa enseñanza kafkiana, ahora metidos y metidas precisamente en el absurdo de las instituciones ciberdigitales y demás? Antes era fácil, en un solo castillo de cemento, pero ahora ¿cómo le hacemos para movernos en la gran cantidad de procesos de instituciones virtuales?

En esta onda de las transformaciones textuales, de la creatividad surge la propuesta titulada Jornadas estudiantiles de investigación en literatura —ya van para su versión 4.0—, que hacemos desde el semillero Narrativas, cuyo objetivo es que nuestros y nuestras estudiantes muestren sus mejores trabajos del semestre, sus avances parciales o totales

de trabajos de grado, y que sea un espacio absolutamente estudiantil-investigativo donde se den cuenta de qué es lo que está pasando. Esto es nuevo en nuestra Escuela de Estudios Literarios. Hace mucho rato investigar en humanidades era muy diferente: era una cosa muy aislada, muy de cada uno y cada una, con su interés particular.

Ahora sabemos que, en la era de la apropiación social del conocimiento, es necesario que la comunidad estudiantil sepa qué es lo que investigan sus contemporáneos, qué es lo que están haciendo, cómo es que alguien se sensibiliza frente a un videojuego que otra persona ni siquiera conoce, cómo te sensibilizas frente a una obra antigua que, para otro, es aburridísima, cómo la contemporizas, cómo la vuelves fanzine, cómo la vuelves un video-ensayo, qué pasa con eso, cómo se transforma esa lectura y cómo vamos a entregar también textos transformados y nuevas maneras de presentar un texto clásico a nuevas poblaciones lectoras. Ese es el caso, por ejemplo, del video-ensayo *Del aburrimiento al disfrute literario*, de Andrea Cáceres, que corresponde a su trabajo de grado.

A partir del conocimiento básico de teorías de conjuntos, es claro que, para acercarnos a las lecturas que hay, a ese conocimiento, tenemos una confluencia o una hibridación entre paradigmas e imaginarios, y es ahí, en la conjunción de ambos, donde van a estar una serie de conocimientos.

Muchas generaciones, anquilosadas en el siglo XX, le tienen mucho miedo al hecho de que en esas lecturas no hay un conocimiento, sino muchos conocimientos; por lo cual no hay una sola verdad, no hay una sola manera de escribir, una sola manera de leer, una sola manera de entregar, sino que

hay muchas. Ese miedo se debe perder ya; hay que asumir, de verdad, la diversidad y la hibridación.

Otro esquema presentado en la ponencia lo generé en mis estudios doctorales. Le llamo lectura sistémica reflexiva, derivada de los sistemas reflexivos, y alude a cómo, precisamente, el sujeto que lee es quien observa, quien interpreta y quien actúa, porque —recordemos— antes solamente “leía”, y necesitaba determinado conocimiento para aproximarse a la obra. Anteriormente se creía que, si no tenía tal enciclopedia, el sujeto no podía hablar sobre la obra.

Hoy en día, ya sabemos que el sujeto lee, y aunque no tenga todo el conocimiento enciclopédico, puede interpretar, puede observar y puede entrar a ser partícipe, actor de esa obra.

Por eso, tenemos ahora tanto fanfiction. Hablábamos hace un momento de la literatura generada por ChatGPT y demás, pero ¿acaso hemos hablado de la cantidad de novelas que hay en Wattpad? ¿Acaso hemos hablado de la cantidad de literatura que hay generada digitalmente y de la cual nadie habla porque —como dicen algunos—: “¡Ay! ¿Acaso eso es literatura? Si solo son unas novelitas creadas por ahí, por unos chicos que no saben de mucho...”.

Por eso, creo que hay que ampliar muchísimo más los paradigmas.

La lectura sistémica reflexiva parte del diálogo y de la complementariedad del mundo posible con la praxis cotidiana, es decir, cualquier estudiante, cualquier persona puede

decodificar —que es lo que hace la IA—. Pero ¿cómo, de la decodificación, paso a emparentarme con eso en mi praxis cotidiana? A manera de ejemplo, pensemos que un auditorio leyera un mismo libro: cada persona lo asumiría de manera diferente según su praxis cotidiana.

Eso nos muestra una coexistencia entre el texto y la subjetividad de quien lee. Esta subjetividad es aquella aleatoria, caótica, impredecible y automática. Eso no se puede medir porque es donde está lo caótico, lo subjetivo y lo creativo constante del ser humano, que solamente se activa en la medida que lea tal o cual cosa. Muchas veces, nunca se nos activa un pensamiento, un recuerdo o una sensación hasta que leemos algo que lo hace.

En la medida en que se muestren esta serie de pasos para leer en relación con nuestra subjetividad, si nosotras y nosotros, como docentes, hacemos ver eso a nuestra comunidad educativa, estaremos avanzando un poco más, en términos de la complementariedad con las herramientas de la IA.

El proceso de lectura va de lo más básico —que es lo óntico—, lo cual evidencia la estructura, el sentido, el texto, el contenido, lo que está ahí evidente, lo que está inmanente, en términos de la colectividad: todo el mundo lo puede ver. Luego va a una parte lógica donde decimos: según este lenguaje, qué puedo interpretar, cuál es el sentido de que se expresen de esa manera y no de otra. Seguimos a una hibridación de lo óntico y lo lógico, donde tenemos que ese contenido está expresado en un lenguaje, en un lenguaje de cierta manera, un lenguaje de tal o cual estilo, que da una interpretación, y esa interpretación me da un sentido que está conectado con mi praxis cotidiana, y ahí lo voy aumentando.

El siguiente nivel es el de sentido epistémico, donde, ya mediante esa interpretación se empieza a decir: aquí hay oposiciones, aquí hay igualdades, aquí hay complementariedad. Empiezo una hermenéutica de lo que estoy leyendo.

Finalmente, para poder comprender todo eso, como no hemos perdido de vista que soy una sujeta que lee, decodifica, observa, interpreta y que también está actuando — porque estoy leyendo en la medida de mi praxis cotidiana—, si yo leo con distancia, como una cosa de escritorio que no tiene nada que ver conmigo, pues no pasa nada: estoy leyendo como en el siglo XX.

Pero si acojo ese texto, me aproximo a él y digo: “Bueno, ¿qué es lo que me toca a mí, como ser humano, este texto?”, entonces allí voy a avanzar al nivel de ser autorreflexiva.

Es decir, autorreflexiva en la medida de cómo puedo interpretar esto desde mis cercanías y desde mis lejanías, cómo puedo, entonces, empezar a crear desde eso autorreflexivo. Necesariamente, este nivel te da para crear a partir de lo que estás viendo, de lo que estás leyendo, de lo que estás observando, de lo que estás experimentando. Entonces, allí diríamos que, en el proceso autorreflexivo, estamos llegando a una complementariedad tipo écfrasis.

Les doy aquí una muestra de las posibilidades que he encontrado para aunar hibrideces que pueden interesar. Por ejemplo, para hablar de géneros discursivos y tipologías textuales, algo que puede ser tan básico: cómo logramos trabajarlo desde autoras que no se han trabajado de manera intensa y que, aun así, tienen mucha significación en el mundo contemporáneo.

En las diapositivas de la ponencia presenté algunas, unas más antiguas que otras, que hasta ahora han sido absolutamente desconocidas. En la medida en que nuestra comunidad estudiantil empieza a inmiscuirse en sus obras, descubren que eso, definitivamente, no está leído. Hay muchas hibrideces, muchas disrupciones que es necesario volver a leer.

Aunque Clarice Lispector dejó todo hecho en el '75, eso no quiere decir que la autora esté siendo estudiada en el siglo XXI. Por ejemplo, su hibridez, su trastocar géneros no han sido estudiados todavía. Los estudiantes que son tan caóticos y tan de aquí para acá, tan transtextuales, leen a Clarice Lispector y dicen: “¿De qué está hablando esta señora? No entendí ni un poquito, volvamos a leerlo, volvamos a leerlo”.

En ese proceso de la relectura, como en la reescritura, se da también esa autorreflexión constante, y es ahí donde siento que, a mi comunidad estudiantil, se le empieza efectivamente a despertar la necesidad por conocer. Eso es algo que uno no puede entregar en una cápsula, en un programa de curso o en un regalo. Es algo que se despierta en la mente del ser humano: la necesidad de conocer solamente se despierta si sentís que te está tocando el texto, si sentís que tiene que ver algo con tu cotidianidad, que te sirve para mejorar tu calidad de vida como ser humano.

Considero que ya difícilmente un estudiante acoge algo como íntimo si no le sirve para su vida diaria, entonces, en la medida en que se vuelva algo íntimo-subjetivo, en esa medida, me he dado cuenta de que se estimula la investigación y que nos zafamos de tantos paradigmas y de tantas restricciones que hay frente al uso de las IA.

Entonces, con este tipo de enseñanza ¿a qué nos estamos enfrentando?

A diversas maneras de presentar opiniones, es decir, cuando un estudiante se da cuenta de lo útil que es expresarse mediante el arte dice: “¡Ah! ¡Qué interesante! Puedo hacer hasta una obra a punta de stickers, a punta de emojis, a punta de memes, a punta de recortes de lo que encontramos en las redes sociales”; porque necesitamos presentar opiniones, redactar reflexiones y argumentar bibliográficamente para avocarles a que investiguen. Es decir, el hecho de que a mí ChatGPT me entregue ese resumen, no me exime de ir a Google Académico ni de ir a la biblioteca.

Capítulo 3.

Experiencia estética y lectura compartida en los clubes de lectura

La literatura es libertad

Por: José Zuleta¹³

Séptimo Encuentro de Clubes de Lectura: La lectura, la verdadera
'influencer' (2022)

La literatura es una manera de indagar sobre lo que no sabemos. Es aprender a desprenderse de las vestiduras, de las certezas, de los saberes, de los roles y de las ideologías.

Asumo que la literatura es, en sí misma, una vía de indagación sobre lo que somos, y que su poder reside en su libertad. Para la literatura, todo es posible. Gran parte de lo que es la vida no se puede explicar, apenas intuir. ¿Quién puede negar que somos hijos del azar, y que todas las vidas están, de algún modo, sujetas a esta fuerza que algunos llaman Dios, otros destino o karma, y que no es otra cosa que lo que nos ocurre sin que sepamos por qué, y que es precisamente lo que le da a la vida la sazón que tiene?

13 Escritor y poeta. Ha trabajado como tallerista en cárceles colombianas, experiencia que inspiró su novela *Una versión de los hechos*. Ganador del Premio Nacional de Literatura (2009) y del Premio Nacional de Novela (2022).

Sí. La vida es interesante por lo que no sabemos, por lo azarosa que es. Ello nos permite fantasear y tener ilusiones. La literatura aborda la vida de este modo y acepta lo que tiene de milagro como parte de su encanto y como tema de su indagación.

Dicha indagación no busca certezas, sino solo la aventura de la exploración. El escritor es un explorador entusiasta y, para él, lo más importante es la incertidumbre de su aventura.

En ese sentido, creo que frente a la literatura estamos solos y, de algún modo, ella es la única que nos guía. Tal vez, por eso, aprendemos sobre ella en ella misma; son las grandes novelas, los cuentos logrados y los poemas reveladores, los que mejor nos enseñan qué es la literatura.

Los esfuerzos por construir métodos y sistemas para aproximarse a la literatura obedecen a la necesidad que tenemos de hacer todo clasificable, reconocible, explicable; tarea loable, aunque en contravía de lo que es esencial a la literatura: la pasión por la incertidumbre.

La poesía es la vanguardia del lenguaje, busca traducir nuestra experiencia con la mayor libertad que puedan brindar las palabras, sin doblegarlas; es decir, permitiéndoles ser todo lo que puedan ser, sin el lastre de la lógica, ni el de las ideologías, la moral o cualquier tipo de prejuicio.

Mi trinchera son las palabras.

Mi verdad ninguna. Mi certeza el azar. La literatura me ayuda a gozar del mundo.

Con estas premisas, desde el año 2005 hasta el 2015, dirigí el Festival Internacional de Poesía de Cali. Un evento que logramos hacer parte de la Red de Bibliotecas de Cali y cuya sede de operaciones es la Biblioteca del Centenario. En ese escenario, logramos crear el Concurso de Poesía de Cali, el Encuentro de Tertulias de Poesía, los talleres de poesía en las bibliotecas públicas de la ciudad y la Mesa de Nuevas Voces.

Llevamos la poesía a todas las comunas de la ciudad.

Realizamos una memoria del festival apoyados por la revista Clave.

Nuestro propósito fue crear lectores y un público para la poesía y la literatura en la capital vallecaucana.

La Secretaría de Cultura incluyó el festival en su programa anual de festivales. Entonces, consideré que estaba hecha la tarea y cedí la antorcha.

Leer con los otros

Por: Gabriel Alzate¹⁴

Cuarto Encuentro de Clubes de Lectura (2019)

En Cuadernos de Lanzarote, el escritor portugués José Saramago (2022) dice: “vivimos para decir quiénes somos” (p. 56). En otras palabras, vivimos para contarnos tal y como somos.

Quizá podemos decir lo mismo del ejercicio de lectura que compartimos en Relatos al mediodía. Aquí abordamos el ejercicio de leer con los otros, esto es, contarnos por qué nos gustan o nos conmueven algunos libros y queremos oír lo que los demás piensan y sienten al respecto. Por eso decidimos leer juntos.

14 Escritor y profesor de literatura. En 2002, obtuvo el premio “Jorge Isaacs” de novela, con el libro *Los viejos tienen que morir*. Ganador del Concurso de Novela y Cuento de la Cámara de Comercio de Medellín, con el libro *Un lugar que no tenía nombre*.

Leemos, asimismo, para ver cómo es que han contado los escritores sus historias y de qué manera podemos acercarnos a ese mundo ajeno en apariencia, distante solo en la medida en que todavía no lo hacemos nuestro.

Entonces, en el momento en que lo abordamos a partir de preguntas, de diferentes interpretaciones, lo habitamos y nos habita. Somos con él. Esa es, en cierta medida, la experiencia vivida hasta el momento en este club de lectura. Ha constituido una aproximación no solo al mundo del escritor, sino al de sus personajes. Somos y vivimos con ellos.

Del mismo modo, cada nueva lectura supone un ejercicio de consideración retrospectiva con relación a las lecturas anteriores. En otras palabras, podríamos decir que, con cada libro, iniciamos un viaje en compañía de aquellas personas que, aunque saben que verán el mismo paisaje, pueden leerlo de manera diferente.

Si nos pidieran que realizáramos un breve recuento de las lecturas en este viaje, podríamos asegurar que aprendimos a vivir entre la tristeza y el abandono, la soledad y la amistad, cuando conocimos al señor Linh y a su nieta en la novela del escritor francés Philippe Claudel. Supimos valorar la nostalgia y entender, cada vez mejor, el desplazamiento que deja la guerra, y lo esencial que es el recuerdo, cuando este permite construir un mundo que no deja sucumbirnos en la desesperación.

El trabajo de Relatos al mediodía ha sido posible gracias a que hemos logrado una constante asistencia de sus miembros. Una lealtad a toda prueba que se fundamenta en la pasión incesante por leer y compartir pareceres en torno a

las novelas y sus autores. Creo que eso es lo que ha facilitado la perseverancia de los integrantes del grupo.

Es quizá, en ese ejercicio de cada ocho días, que nos hemos acercado a entender la manera como se construye el amor de los personajes de algunas novelas leídas. Algo extraño, inexplicable y cruel como sucede en *La balada del café triste*, de Carson McCullers, o sereno y nostálgico en la historia infantil que se recuerda cincuenta años después en *Los peces no cierran los ojos*, de Erri de Luca. Igual conocimos la ruta de la seda, a partir de la pasión que asiste a Hervé Joncour en *Seda*, la novela de Alessandro Baricco.

Estas novelas las comentamos casi página por página, a menudo deteniéndonos para releer escenas y diálogos que nos impactaban, para dar con el sentido que escondían y lo que representaban en la historia. Fuimos uno con cada personaje, así nos resultara triste o exasperante, así nos dejara un mal sabor, porque entendíamos que se trataba de seres humanos que respiraban a nuestro lado y vivían con nosotros. Eran nuestros, para decirlo con sinceridad, nuestros invitados de honor de cada viernes al mediodía.

Leer con los otros es permitir que contemos la vida a través de las voces que, en apariencia, nos resultan ajenas. Es una forma de leerlos mientras ellos, a su vez, nos permiten leer-nos.

Se trata de un ejercicio de transformación que parte de un acuerdo tácito entre el lector y la historia, un cara a cara que se lleva a cabo del mismo modo que si cada lector se viera conminado a brindar una muy pertinente explicación de las razones que lo llevan a sumergirse en la historia de alguien

y a elegir —por así decirlo— las imágenes de su preferencia, aquellas que enriquecen su propia vida, las historias que le permiten descubrirse.

La experiencia de las conversaciones sostenidas en torno a los libros que compartimos en cada sesión evidencia que las novelas leídas enriquecen y amplían la posibilidad de su comprensión, mientras los horizontes para interpretarlas se extienden.

Ingresamos a la historia de la mano de las diferentes emociones que una novela y sus personajes suscitan en nosotros. Así pues, lo que encontramos como grupo lector que comparte sus puntos de vista es quizá lo que cada uno ha buscado en otros libros y en su propia vida. Pareciera que fuéramos tras de algo que no alcanzamos a definir y, de repente, una historia ajena nos lo ofrece, nos lo presenta como un esbozo de descubrimiento. Asistimos a una epifanía.

Es lo que hace que, en muchas ocasiones, durante la lectura de textos que parecen herméticos, se abran ventanas que permiten pasar la luz: ¿Cómo identificar la manera en que la violencia arremete contra la amistad en una historia como *Adiós, hasta mañana*, de William Maxwell? ¿Cómo acercarnos a esa soledad de dos niños y cuya presencia crece a lo largo de su vida, separándolos?

En muchas ocasiones el comentario que surge tras la lectura en el grupo va precedido de otras preguntas que rondan el asombro: “¿Cómo no me había percatado de esto?”, “¿cómo no lo había visto antes?”.

Es el momento en que aparecen las certezas y las sorpresas que surgen en cualquier lugar de la narración que leemos, y son los guiños que nos hace el texto, la voz secreta que se levanta desde este y que es aquella que nos permite encontrarnos.

Nos encontramos, entonces, frente a un espejo que se revela de la misma manera que un paisaje en una mañana soleada y sin nubes. Ahí estamos, lectores y novela, contándonos tal y como somos.

Leer en este grupo es una suerte de confesión compartida, porque siempre se corre el riesgo de hablar de aquello que duele. Es decir, acercarnos a los asuntos que no hemos tocado y que nuestra vida ha puesto a buen resguardo, porque no siempre resulta fácil hablar de asuntos de familia, de la intimidad, de los fracasos, del dolor que se esconde en cada uno de nosotros, de la traición.

Evelio Rosero y Los ejércitos nos permitieron acercarnos a la fascinante descripción del erotismo en medio de la guerra: si la desesperanza acecha, ahí está la ilusión de un cuerpo deseado que, al final, ha de ser el mejor enemigo de la muerte.

Igual sentimos ese dolor de la incompreensión que hay en la guerra, la ausencia y el desplazamiento que se vive desde dentro del corazón: el desarraigo de un mundo que ya nada ofrece, cuando leímos a Gäel Faye en su obra Pequeño país. Y allí, como si se tratara de una larga y serena constancia, el llanto de los lectores. La rabia contenida que aflora, por fin, gracias a la historia. Y es que, de repente, en el grupo algo había tocado a los lectores: una fibra de sus vidas se pulsaba,

como si de pronto transitaran por una esquina desconocida de su alma y algo los invitara a detenerse y reflexionar.

Esta lectura —que, por momentos, hacemos en voz alta— permite gozar de los matices del texto, escuchar el aliento, las intenciones, las sospechas, el tono exacto de quien lee y cuál es su visión del asunto leído. Vestimos —por así decirlo— el traje del personaje, nos convertimos en él. Ese es el privilegio y, a su vez, el prodigio de una voz que siente, que sabe conmoverse cuando lee.

Nos sucedió en el proceso de lectura en grupo, cuando nos enfrentamos a *La herencia de Ezster*, de Sándor Márai. No sabíamos si era el dolor, la ira o el asombro ante la desfachatez lo que nos permitía leer con tal pasión, o si, de otra parte, necesitábamos más elementos de juicio para llegar al asunto clave de la historia en el momento de adentrarnos en una novela corta llena de enigmas y sospechas, como *Una semana en la nieve*, de E. Carrére.

Un buen lector no olvida, en la medida en que lo leído comienza a formar parte de su vida. Tal vez no sea una presencia constante, pero sí estará disponible en los instantes esenciales cuando el que lee necesite de la esperanza.

La voz de los otros es fundamental para sobrevivir. En el fondo no hay nada diferente a lo que Joseph Conrad se refería y que para él era lo esencial: contar con absoluta sinceridad.

La sinceridad está en el corazón, se dirá, aunque a veces los corazones se encuentren abatidos y fatigados. Asimismo, necesitamos leer con total sinceridad.

De tal manera que lo esencial es recuperar las emociones en la lectura y a través de lo que esta genera en nosotros. Para ello, se requiere estar fundamentalmente solo, aunque en contacto con los otros. Ese es el equilibrio al que es necesario acercarse.

Relatos al mediodía es una experiencia que nos permite tomar partido, respirar sin robarles el aire a los otros, aunque, por momentos, nos inmiscuyamos en sus tragedias para, de esta manera, contar lo que nos ocurre.

Por esa razón, leer es semejante a reinventarse la vida; no es otra cosa que buscar el rezago del aliento en las voces ajenas, para que la voz propia no desfalezca; es vivir de la energía de los otros mientras nos conocemos y los conocemos sin falsas apreciaciones, sin decorados.

Muchas gracias.

La lectura como la primera vía

Por: Luis Bernardo Yepes Osorio¹⁵

Primer Encuentro de Clubes de Lectura (2016)

Soy un promotor de lectura que se descubrió a sí mismo una mañana, a mediados de la década de los ochenta, en la Biblioteca Pública Piloto de Medellín, cuando una bibliotecóloga leía el principio de la historia de un fulano, casi raquítico, que debía demostrarles a todos los superhéroes del cine, de la televisión y de los cómics que era capaz, primero que todos ellos, de llevarle una flor a una chica que se encontraba enferma en un hospital. En ese instante prodigioso, tomé la determinación de hacerme lo que hoy, bien o mal, soy: un individuo en vías de aparición que busca, por medios placenteros, la manera de que otros encuentren la felicidad en los instrumentos donde está consignada la palabra escrita y que hoy se llaman libros, como en el pasado se llamaron tabletas de arcilla, papiros y pergaminos, y que en el futuro, seguramente, llevarán otro nombre. Ese día, a pesar de que meses atrás había fundado una biblioteca en el barrio, fue cuando nació la conciencia para la promoción de la lectura.

15 Bibliotecólogo de la Universidad de Antioquia, con posgrados en Gestión Pública y Documentación. Autor, entre otros libros, de *No soy un gánster, soy un promotor de lectura* y *Calles de amor y de muerte*.

Tuve todo para ser un gánster: nací en uno de los barrios bajos de Medellín, en Colombia, un país que siempre está en guerra. Cuando, por alguna eventualidad, hay un asomo de paz, aparece el insensato que se inventa otra guerra. Total, nací en un país que soporta una cadena de guerras perpetuas.

Soy hijo de un padre ebanista amante de la lectura, que atrapaba en su telaraña de encanto a cuanto vendedor de libros pasaba por su lado. Con frecuencia, me tocaba ver a un tipo cualquiera entrar al taller cargado con libros y luego verlo salir con una cama o el óvalo de un espejo bajo el brazo. Su mayor defecto fue que, después de separarse de mi madre, poco le importó lo que acaeciera con nosotros, sus cuatro hijos. Pero lo que hizo fue suficiente para que yo lo amara hoy y siempre; fue suficiente para que yo jamás haya deseado tener un padre distinto al que me tocó por suerte.

Soy, además, hijo de una madre que fue educada para ser la eterna ama de casa con las que soñaban las abuelas en América del Sur, pero que tuvo que aprender a servir tintos y limpiar pisos, para que yo pudiera estar aquí, frente a ustedes, hablándoles. Una madre que siempre creyó que yo sería capaz de ser un don alguien en la vida y que me llevó a los primeros cines y respondió con sinceridad mis primeras preguntas:

—Mami, ¿qué dice ahí en esa pared?

—Muerte al fascismo, mijo.

—¿La m y la u es muer?

—También la “e” y la “r”, mijo.

Siendo aún niño, cuando despertaba en la mañana, observaba a mi padre leer el periódico y, en el acto, me pasaba a su cama para que me leyera, en voz alta, las tiras cómicas, en especial, una y otra vez, Las aventuras del fantasma. Recuerdo que, de vez en cuando, le preguntaba por una frase o un improprio, y él me señalaba el lugar de lo preguntado y continuaba leyendo sin intentar enseñarme nada. Eso me encantaba. Creo que me atrapaba en su telaraña y hacía que deseara aprender a leer, a valerme por mí mismo. Aún hoy disfruto aprender lo que quiero como reto, no como imposición.

En la medida en que fui creciendo, mi madre desempeñó un papel protagónico en mi formación como lector.

Rememoro hoy con nostalgia las tardes que pasábamos juntos, pegados a un radio escuchando Kaliman, el hombre increíble y Arandú, el príncipe de la selva, mientras mis hermanos construían autobuses imaginarios con sillas, lazos y tapas de tarros de galletas que encontraban en los rincones de la casa.

Un momento crucial fue cuando, casi sin percatarme, aprendí a leer. Fue como por arte de magia: no supe cómo, pero, a los cinco años y medio, era capaz de comprender lo que decían un montón de letras que tenía al frente. Ese fue el acontecimiento más importante de mi vida: ¡me hice libre! y pude completar las tardes de radio con lecturas de Corín Tellado, la fotonovela preferida de mi madre por aquella época. Recuerdo que alquilaba montones en la zapatería de un barrio al sur de Bogotá, donde viví con ella y mi padre, ya esporádico para ese entonces. Mientras ella lloraba con su

historia y la de los protagonistas de las revistas, yo aprendía de celos e intrigas, la constante en esas historias.

Llegó el momento en el que mi madre tuvo que regresar a Medellín junto con sus cuatro hijos y dejar a mi padre con su nueva relación amorosa. Allí comenzaron una serie de penurias económicas que terminaron con la decisión de que los dos mayores debíamos retornar a la capital al lado de mi padre. Sin embargo, en Medellín alcancé a forjar el carácter, y mi condición de estudiante precoz me llevó a cursar, irónicamente, tres años de la básica primaria en un lugar destinado a estudiantes con problemas de retardo en el aprendizaje: una escuela especial.

La profesora Laura, directora de esa escuela, decidió que un niño como yo no se podía quedar en la calle debido al capricho de unos maestros de escuelas “normales” que argumentaban que yo era demasiado chico para estar en el grado que, por derecho, me correspondía. Eran otros tiempos. La verdad es que estaba de acuerdo con los profesores que decían eso, me parecía que tenían razón porque me encantaba la casa y odiaba la escuela. Pero mi empecinada madre dio con una maestra como la señorita Laura, que pensaba exactamente lo contrario a esos profesores y a mí.

En Medellín estudié tres años antes de volver a Bogotá. Tres años en los cuales tuve dos papeles en la película de la vida: para los amigos del barrio era “loco”, y, en efecto, en las calles nos gritaban locos cuando pasábamos con nuestro uniforme: pantalón azul y camisa verde. Para los compañeros de la escuela era el superdotado, porque hacía todos los deberes con facilidad y las maestras me trataban con especial deferencia, me llamaban “el normal”. Ahora que lo pienso, creo

que esa era la escuela que necesitaba para afianzar mi proceso lector.

Al tener ventaja sobre la mayoría de los compañeros, hacía mis deberes mucho más pronto. En esas ocasiones, las profesoras me pedían que sacara una de las cartillas y me pusiera a leer, calladito, sin molestar. En ese instante, surgía la verdadera felicidad, la que me permite hoy decir que donde quiera que esté, la perdono, señorita Laura.

En Bogotá, me topé con el padre comprensivo de siempre, pero con el mismo problema del que venía huyendo: la pobreza. Lo encontré viviendo en el taller y lleno de hijos. Aún hoy me pregunto cómo hizo para tener tantos hijos en tan pocos años. Recuerdo que un día, cuando yo estaba inquieto con ese asunto de los hijos, se me ocurrió pensar que, de seguro, mi papá era un conejo y su pareja también, y que se convertían en humanos cuando mi hermano y yo aparecíamos.

En esos años de frío y pobreza, perfeccioné dos cosas que amé durante mucho tiempo y de las cuales hoy solo me apasiona una, mientras le tengo un especial afecto a la otra: la lectura y el fútbol.

En un principio, fue la lectura. Era mi refugio. Devoré toda la Enciclopedia Salvat El mundo de los niños, en especial el tomo de cuentos y fábulas. Recuerdo que leía empecinadamente todas las mañanas en el patio del taller, acariciado por un tenue sol. Mi padre me pedía que me retirara de sus rayos o que, por lo menos, no dejara que estos bañaran la página porque, según él, mis ojos podrían sufrir algún daño. Luego se retiraba silencioso y ponía música clásica para amortiguar

el ruido hecho por la cuchilla de la máquina que transformaba tablas en largueros de cama y óvalos para espejo.

En realidad, nunca supe si lo que buscaba era una historia para refugiarme o el tibio sol que caía unas pocas horas en las frías mañanas bogotanas. Lo cierto es que leía mucho Juan y la mata de habas; lo repetía hasta el cansancio. Me parecía posible tener una planta por la cual se pudiera escalar hasta el cielo y bajar con una fortuna entre talegos. En las noches, imaginaba que me iba a suceder algo similar y que iba a llegar a Medellín como un héroe. Soñaba que me llevaría a mi madre a vivir a otro barrio, viajaríamos cada tanto, me compraría un auto y saldría a visitar a todos los amigos. Es más, los llevaría de paseo a pueblos, ciudades y países. Tendría una biblioteca tan grande que nunca podría leer todos los libros que allí hubiera y me llevaría la mata de habas para cuando necesitara más dinero. Fantaseaba con todo eso y otros asuntos.

Más adelante vinieron nuevas lecturas. La curiosidad por leer un “libro grande de una sola historia”, como le decía a mi papá, me llevó a la lectura de Miguel Strogoff, de Julio Verne, la novela que hoy recuerdo como la que expulsó el tapón que tenía en la cabeza, impidiéndome leer libros gruesos. Esta relata la historia del hombre más valiente que, hasta ese momento, yo había conocido. Ni en las películas había visto un tipo tan estupendo y decidido.

Desconocía los zares, los tártaros, Siberia y la sublevación; sin embargo, lo disfruté mucho. Cuando no entendía una palabra, se la preguntaba a mi padre, pues él tenía un diccionario en la cabeza mucho más raro, veloz y preciso que los de la escuela. A veces le pedía que me devolviera un poco

para que le leyera la frase donde estaba la palabra de la que yo desconocía el significado. Al instante, él refería el sentido y me encimaba ejemplos y discursos académicos, hasta que le tenía que decir: “Ya está bien... ya está bien, apá”.

También le leía en voz alta a los conejitos que encontré allá. Tuve que hacer el papel de niño porque, según mi padre, yo era el jefe de la manada y debía responder por el bienestar de todos en caso de una ausencia suya. Mi trabajo de niño consistía en llevar a los conejitos al parque, unos en un cochecito y otros tomados de la mano. Siempre metía un libro en el coche para leérselos cuando nos cansáramos de dar vueltas en la rueda o de balancearnos en los columpios.

Las lecturas fueron pocas, eran unos niños un tanto extraños, que disfrutaban más con los columpios que con las historias. Aún hoy es así: le tienen pavor a la lectura. Eso me da mucho que pensar, porque los promotores de lectura, con frecuencia, decimos que, con el ejemplo y muchos libros, los niños se hacen lectores, pero parece que no siempre resulta. Esos niños vivían en montañas de libros y veían a mi padre todas las mañanas leer la prensa y todas las noches leer un libro. Quizás, eso quiere decir que, en algunas cosas, al igual que los gánsteres, los promotores de lectura nos equivocamos y extraviamos.

En la medida en que crecía, llegaron los amigos, llegó el fútbol y fue desplazando a la lectura. Entonces mi trabajo de niño se limitó al más grande de la manada, gracias a que tenía dotes de guardameta. Con él y la barra que organicé, jugaba pistoleros, soldado libertado y fútbol, mucho fútbol. Me convertí en el número diez más importante de cuantos equipos hubo en Chapinero, hasta que la edad de la incon-

formidad y la rebeldía me devoró. No me importó nada: el estudio se fue al carajo y mi padre no tuvo ni fuerzas ni dinero para impedir la debacle.

Los coqueteos de las divisiones inferiores del club de fútbol Los Millonarios tampoco me importaron. La barra crecía y se incorporaban preadolescentes y adolescentes de otras ciudades de Colombia que llegaban a vivir a Chapinero, un barrio comercial en donde se jugaba al fútbol sobre los autos, y con el tiempo nos fuimos haciendo acróbatas e invencibles.

Al “paisa” —ese era yo— no le interesaba nada en la vida; de pronto, lo que más le divertía era romper timbres en las casas de los ricos. En ese entonces, estaba seguro de que la vida era una porquería. Ahí fue cuando emigré de todo, hasta de la lectura.

Como pueden ver, soy un ser humano normal y corriente, más corriente que normal y, al igual que la mayoría de los seres corrientes, en mi preadolescencia tuve un distanciamiento de la lectura que duró toda mi adolescencia, con interrupciones momentáneas para leer *El amor en los tiempos del cólera* y *Crónica de una muerte anunciada*, de Gabriel García Márquez; *Auto de fe*, de Elías Canetti, y *El duelo*, de Joseph Conrad, compradas por cuotas a un vendedor del Círculo de Lectores. Interrupciones seguramente hechas por la manía heredada de mi padre de comprarle libros a los vendedores, o como una forma de rebeldía contra la rebeldía que me carcomía, o como método para encontrar el trocito de cielo que me sacara de ese infierno y de la manipulación de la cual me sentía víctima, sin serlo en verdad.

Ese período lo viví, parte en Bogotá y el resto en Medellín, ciudad eterna a la que regresé después de cuatro años de convivencia con mi padre y dos de estudio. El alumno precoz ya no lo era, ya ni siquiera era estudiante, apenas un lector esporádico con tendencia más a analfabeta funcional que a lector consumado. Además, estaba poseído por un odio hacia los adultos y una rabia con la vida.

Llegué a contemplar la pobreza de mi madre con una impotencia que jamás había sentido. Fueron días desesperanzadores en los cuales la mata de habas que pensaba trasladar a esta ciudad se había esfumado en el último sueño y, por ahora, me quedaba el túnel de la incomprensión del que ignoraba si saldría con vida.

Por eso no soy un genio, ni un escritor laureado, ni un científico, ni un trotamundos, ni nada extraordinario como para salir en *The New York Times*. Los promotores de lectura también decimos que únicamente los que van camino a genios leen en la adolescencia. En este caso, me toca reconocer que no fui lector de adolescencia y que solo los grandes lectores podrán hablar de las historias que he perdido. Yo respondo por la vida que he ganado.

Otra máxima de los promotores es que, cuando una persona ha sido lectora en la niñez, a pesar de que se fugue de esta en la adolescencia, regresa a ella en la edad madura o en el crepúsculo de la adolescencia, en el mejor de los casos. Eso es cierto: soy un testigo viviente y puedo dar fe de ello.

Uno de mis trabajos fue en un almacén distribuidor de huevos. Estaba terminando mi bachillerato y me encontraba satisfecho con ese empleo, porque me permitía copiar en un

papel y pegar en la pared fórmulas químicas y poemas que memorizaba mientras clasificaba los huevos por tipos.

Los extras en una canastilla roja (“estoy tan solo, amor”); los tipos A en una amarilla (“que a mi cuarto solo sube”); los tipos B en la canastilla verde (“peldaño tras peldaño”);

los tipos C y los toteados en una de cartón (“la vieja escalera que traquea”).

Así surgía el poema Días como agujas, del poeta Juan Manuel Roca, y tantos otros que ahora apenas recuerdo. Así fue resurgiendo el lector que casi había matado la adolescencia, y yo casi ni lo percibí.

Recuerdo que, en este mismo empleo, leí en el baño la mayor cantidad de páginas de Cien años de soledad, de Gabriel García Márquez. Eso me trajo problemas. La historia comienza un día en el que un estudiante de leyes del sector nos habló de ese libro mágico. Sentí tal curiosidad que, de inmediato, se lo solicité en préstamo. En la hora de almuerzo, Fercho, mi compañero, y yo solíamos leer de la siguiente manera: una cucharada de arroz a la boca y un trozo de lectura; un trozo de carne a la boca y una cucharada de lectura. Ese era el ritmo, y la jefa nos decía que poco nos iba a alimentar lo que comíamos, hasta que finalmente, aprendió ella a hacer lo mismo.

En uno de esos rituales, tomé el libro Cien años de soledad y quedé aprisionado en ese cable de alta tensión para siempre (aún hoy lo releo una vez cada dos años). Esos días desatendí totalmente el trabajo. Cuando la jefa se descuidaba,

me ponía a leer. A veces, me deslizaba debajo de una mesa simulando organizar un panel que esta tenía, y me ponía a leer ahí mismo. Pero el refugio predilecto fue el baño. Un día ingresé más de diecisiete veces sin disimular siquiera.

La jefa no se aguantó y me recordó para qué había sido contratado. Me pidió que hiciera cada cosa en su debido momento y que, por favor, les prestara mayor atención a los clientes, pues ya había varias quejas. Además, la clasificación iba lenta y eso retrasaba los pedidos. De mala gana, mermé la lectura en ese lugar y la reforcé en el colegio y en la casa, a pesar de la cantaleta de mi madre para que apagara la lámpara que supuestamente desvelaba a mis hermanos.

Pero como todo tiene su fin, llegué a la última página de un libro que logré leer en una época en la cual carecía de ritmo para la lectura y estaba poco interesado en tenerlo. Falta decir que mi jefa, siempre tan ociosa y copietas, pidió prestado el libro mágico y, medida con la misma vara, descuidó la caja registradora durante la semana de ensimismamiento en Úrsula Iguarán, los Arcadio Buendía, los Aureliano Buendía, las mariposas amarillas, Mauricio Babilonia y Remedios la Bella. Entonces, sabiamente, Fercho y yo nos autoascendimos al cargo de cajeros mientras esperábamos que ella llegara a la colita de marrano y la destrucción de Macondo.

Terminado mi bachillerato, estaba tranquilo; ninguna otra cosa me interesaba, esa es la verdad. Solo quería tener dinero para ser alguien en la vida, para sacar a mis hermanos adelante con el propósito de que fueran importantes y nos respetaran en el barrio. Quería una casa donde cada uno tuviera su cuarto, en un barrio donde la gente no se matará y donde los jóvenes fueran incapaces de drogarse.

Quería un lugar donde pudiera llevar a mi novia sin sentir vergüenza. Quería que se enamorara de mí no solo por lo que era, sino por lo que tuviera. Eso me parecía sensual e importante, y estaba convencido de que sin un salario sería totalmente infeliz como lo fui en el pasado. En cambio, con un salario mínimo, mi vida había cambiado: vestía mejor que muchos amigos y, si aprendía el negocio de los huevos, algún día me ascenderían a administrador y luego me haría propietario.

¿Para qué estudiar más, con tres hermanos y una mamá necesitando de uno? En la actualidad sería fácil responder: “Por eso, porque lo necesita debe estudiar más”. Pero, en esa época, en el crepúsculo de la adolescencia, una respuesta de esas características es casi imposible y, si resulta, uno se negaba a creerla.

Ese era el panorama cuando terminé la secundaria. Pero, como en tantas ocasiones, emergió mi madre y, como pudo, me consiguió y entregó un formulario de inscripción de la Universidad de Antioquia, el centro educativo de educación superior más importante de la región y el que cualquier ciudadano corriente como uno sueña con pisar —y hasta los no corrientes, pienso yo—.

Aquel día de octubre, miré atentamente todas las carreras y recuerdo que ninguna me llamó la atención. Bueno, tal vez una me pareció que sobresalía entre las demás: se llamaba, aún se llama, Bibliotecología. No tenía ni idea en qué consistía; en mi vida había visto un bibliotecólogo de carne y hueso, no sabía cómo eran. De pronto sospechaba por los personajes que atendían en las bibliotecas, pero siempre me habían dicho que ellos eran bibliotecarios.

De todas maneras, intuía que debía haber alguna relación entre ellos y estos, a su vez —eso sí lo sabía— tenían una estrecha relación con la lectura, que era lo único que podía moverme alguna fibra y llenarme de una ilusión profesional. En realidad, la lectura se había convertido en mi primera vía, quizá en mi única vía. Así que, con esa inquietud, fui esa noche a estudiar y le pregunté a Amparo por esa extraña carrera.

Amparo era una compañera del colegio, lo sabía todo: era la más sabia y hermosa. A muchos hasta les enseñó a hacer el amor. Ella todo lo sabía, era casi perfecta. Sabía de física, trigonometría y literatura como nadie; hablaba de libros que aún no habían sido escritos y de descubrimientos que apenas los científicos estaban pensando. En la época de las máquinas de escribir, ya ella tenía un computador y era la única que en clase podía opinar al respecto. En resumidas cuentas, parecía una sabia de la Edad Media, con la diferencia de que salía a discotecas y bailaba como suspendida en el aire. Con su perfume nos embriagaba y era imposible, después de bailar con ella, negarse a besarla o impedir ser arrollado por su cuerpo imantado.

Recuerdo muy bien que me dijo que la bibliotecología era interesante, que aquí casi nadie sabía nada de ella, pero que un primo suyo pensaba trasladarse un tiempo a Medellín a estudiarla porque en la costa no la había, y esa era la profesión que él deseaba ejercer en su ciudad. Me dijo que efectivamente tenía que ver con la lectura y con las bibliotecas, que básicamente quienes mandaban en las bibliotecas eran bibliotecólogos. Como también era algo profeta, me dijo además que, si la estudiaba, no conseguiría dinero, pues está claro que siempre se le dará más importancia a un médico, a un ingeniero o a un abogado. Pero que, a diferencia de estos,

llevaría una vida más agradable porque esa era una disciplina basada en las relaciones cordiales que se pudieran establecer con la gente, y era importante ser buen lector.

Quedé pensativo, tanta sabiduría me abrumaba. De todas maneras, con esa información empecé a sentir cariño por esa desconocida: me gustaba por extraña, por original, por distinta y porque allí habitaba la lectura de modo explícito. Me gustaba que yo fuera el único bibliotecólogo que existiera en miles de kilómetros cuadrados; sin embargo, me desagradaba la idea de seguir siendo pobre.

Cuando tomé de nuevo el formulario, olvidé el asunto del dinero y marqué Bibliotecología. Sentí una extraña alegría y, por la noche, debajo de las cobijas y en voz extremadamente baja, recuerdo que repetía: “Bibliotecólogo, bibliotecólogo, bibliotecólogo, les presentamos al bibliotecólogo Luis Bernardo Yepes de la Universidad de Antioquia”. Me sonó muy bien y sentí una abrumadora felicidad, tanta, que todavía la recuerdo con temblor en la piel.

Pasé a la Universidad y las felicitaciones no se hicieron esperar. Llamaron familiares de todas partes, los vecinos fueron a congratularme y mi madre se veía en calzas prietas para explicar en qué consistía la tal carrera esa. Un padrino, que estudiaba Biología y sabía algo de la disciplina, le dio una inducción y así ella pudo informar algo de “la tal carrera esa”.

Muchos decían que muy bueno, que ya estaba dentro de la universidad y que eso era lo importante, que más adelante me podía cambiar para otra carrera que fuera más conocida y en la que me fuera mejor en la vida, pues algunas señoras del barrio pensaban que me iba a ir mal en la vida por estudiar

bibliotecología. De todas maneras, fueron más las voces de apoyo que las pesimistas y la mayoría esperó en silencio el inicio de mi aventura.

Más adelante, otras escaramuzas de esas aparecieron. Recuerdo dos en particular que se pegaron como babosas a mi mente. La primera fue la pregunta desnuda de Fercho, el compañero de trabajo:

—¿Qué es esa huevonada?

¿Qué más podía preguntar un huevero?, me pregunto hoy.

De suerte que la pregunta la hizo delante de su papá, porque, de lo contrario no hubiera sabido qué responderle. Recuerden que yo también era huevero. El papá salió al paso con otra pregunta.

—¿Le parece malo estar al frente del futuro jefe de archivos de la Gobernación de Antioquia?

Esa respuesta era para defenderme y, en efecto, el Fercho quedó más tranquilo, pero a mí me dejó más preocupado. Me importaba un... (lo que ustedes están pensando) ser jefe de archivo de un gobernador. Me asustaba verme metido en una bodega como cucaracha de panadería. Mejor dicho, con semejante respuesta quedé más aburrido que contento. Esa era la clase de acontecimientos que debilitaban mis convicciones y ponían en entredicho mi elección de vida.

Para la segunda escaramuza, ya tenía al tiempo como aliado: era fuerte y había superado los embates de la indecisión. Sobre todo, cuando decidí que me haría promotor de lectura y no gánster. Ahí si las respuestas eran rápidas y contundentes. Fue en esos días cuando una señora preguntó por qué

prefería estudiar bibliotecología en lugar de medicina si me veía tan inteligente.

Le di las gracias por el cumplido y le respondí que prefería ver llegar treinta niños bien alentados, dispuestos a pulverizar al mismísimo planeta o a desarmar un balín, que ver llegar un ser despedazado, con el alma casi en el otro mundo y las tripas limpiando el piso de este planeta. La señora se quedó atónita y, a partir de ese día, me siguió saludando con una leve levantada de cejas y cero preguntas.

Pero la verdadera respuesta era que sentía más cerca la literatura de la bibliotecología que de la medicina, y no estaba dispuesto a convertirme en un traidor por nada del mundo.

Testamento lector

Como les mencioné, mi camino literario comenzó un día con la lectura de un tomo de la Enciclopedia Salvat Mundo de los niños. Allí estaban muchos de los cuentos populares infantiles; allí encontré a Caperucita Roja y a Juan y la mata de habas. No fue Caperucita Roja, como muchos piensan, el cuento que atrajo mi atención por esos días, a pesar de que su protagonista era un personaje independiente y sin necesidad de príncipe azul, al contrario de muchas heroínas de los cuentos populares. Verdaderamente, fue la historia de Juan y la mata de habas la que leía y releía con insistencia.

En ese entonces no tenía preocupaciones de tipo religioso, político o sexual; mis preocupaciones eran de tipo económico, pero no en el sentido de entender cómo estuvo o estaba distribuida la riqueza en las distintas sociedades del

mundo y si era más conveniente un sistema feudal o capitalista. Mi preocupación era tener dinero para sacar a mi madre de la pobreza, y Juan y la mata de habas me daba la esperanza y me hacía creer que algún día lo lograría. La planta de habas era esa profesión que yo tendría que ejercer con honestidad para conseguir los talegos de dinero que requería.

Más adelante llegó Miguel Strogoff, la novela de Julio Verne que me mostró que no basta con soñar, sino que es indispensable afrontar las duras batallas y padecer dolores atroces, tales como el de tener que soportar un leño encendido en los ojos, puesto por un enemigo para dejarte ciego. Supe que tenía que estar atento si quería conseguir un sitio en la vida, supe que solo siendo fuerte podría conquistar la empresa que quisiera.

La Ilíada, de Homero, me poseyó de tal manera que los otros libros que leí posteriormente, durante mucho tiempo, me parecieron superfluos. La Ilíada me entregó una nueva comprensión: no es suficiente estar atento, ser fuerte y luchar para conquistar lo que se quiere; se necesita, además, del auxilio de los dioses. Entender eso habría sido muy complicado sin la ayuda de Homero, pues con este libro me enteré de que los dioses están con uno, bajan a la tierra y luchan por nosotros. Que se toman la molestia de pelearse entre ellos en el Olimpo para que uno la pase bien aquí, abajo. Pero lo que más me llenó de entusiasmo, fue saber que cualquiera que estuviera a mi lado podía ser un dios, pues ellos toman las formas de los amigos. Por tanto, comencé a ser bueno con todos aquellos seres que me rodeaban. De esa manera, la vida se me hizo leve y apacible.

Después de La Ilíada pensé que no había nada más interesante hasta que, no sé cómo, tomé la decisión de comprar Auto de fe, de Elías Canetti. Nadie me recomendó esta monumental novela. Mis amigos, por esos días, no eran los más ilustrados que digamos: en esa época vendía huevos, por tanto, los criterios estrictamente literarios eran inexistentes. La novela la vi reseñada en un catálogo del Círculo de Lectores y me llamó la atención el comentario que le hacían. Ese libro sería premonitorio: esa historia, sin yo saberlo, me estaba acercando a la bibliotecología.

La pasión que el profesor Kien sentía por los libros era, en exceso, contagiosa. Además, el inicio de ese relato de amor a los libros me lo tomé como una defensa a una infancia donde yo prefería leer a comer:

—¿Qué haces aquí, chiquillo?

—Nada.

—Entonces, ¿por qué estás ahí tan quieto?

—Pues...

—¿Sabes leer?

—Claro que sí.

—¿Cuántos años tienes?

—Nueve cumplidos.

—¿Qué te gustaría más: una chocolatina o un libro?

—Un libro.

—¿De veras? ¡Qué bien! Así que por eso estás aquí, ¿eh?

—Sí.

Creo que me gustó que Franz Metzger despreciara la chocolatina porque, en la vida real, siempre desprecié el chocolate Express que mi madre me entregaba en un pez de plástico para llevar a la escuela, el mismo que regresaba en silencio

mientras me sentaba con el oído despierto pegado de la radio azul a escuchar a Kaliman, el hombre increíble.

Hubo una época en que la literatura no era capaz de decirme nada más. Busqué por otro lado y llegué a Fernando González. Me enloquecí con los calzoncitos de Tony que el maestro de otra parte olía como una manera de mostrarle al lector el control del deseo carnal, en su punzante ensayo *El remordimiento*. Al contrario de lo que tenía que enseñarme el libro —el autocontrol—, a mí, por esos días, me despertó la sexualidad y el deseo de olerles los calzoncitos a las novias que se trenzaban con mi vida.

Sin embargo, me arrastró a otras de sus obras, A pesar de que no volví a encontrar escenas de ese tipo en sus otros libros, me retuvo porque alimentó mi ego, ya por esos días elevado. Me habló del súper hombre en sus demás libros, me habló de lo que yo quería escuchar por esos días y, por eso, lo llevé con frenesí a la cama. Por muchos años, esos pequeños libros publicados por Editorial Bedout fueron mis compañeros y me enseñaron la importancia de pensar, hasta que apareció un nuevo escritor en mi vida que me despertó el sarcasmo y el odio: José María Vargas Vila.

Un amigo de toda la vida me dijo que Fidel Castro había descubierto un escritor colombiano que lo tenía cautivado: José María Vargas Vila. De inmediato lo busqué y hallé un libro: *Ibis*. Lo leí con mucha atención, no podía creer que un escritor odiara tanto a las mujeres. Sin embargo, me fascinaba que alguien me pudiera mostrar con tanto vigor e irreverencia el lado oscuro de ese género que yo amaba y he amado toda la vida, pero que, en ese entonces, me parecía

que me quitaba tiempo para pensar. Era una idea demasiado simple, a la que me apegaba.

Seguí buscando, me encontraba seducido por la patanería de ese escritor. Encontré otro libro suyo que me deslumbró y que se hizo muy importante en mi vida universitaria: Ante los bárbaros. Ahí si fue la de Troya, pues se anidó en mí, además del recelo hacia las mujeres, un odio visceral a los gringos.

Con estos libros me sentí prepotente, es cierto, pero también cultivé el cariño por la lectura de ensayos, iniciado con la obra de Fernando González. Fue así como la búsqueda trascendió y llegué a otros dos escritores que me enseñarían la universalidad y la sensatez: Luis Tejada y Emerson.

Por esos días, en la Biblioteca Pública Piloto de Medellín, encontré un libro horridamente empastado, pero delicioso: Gotas de tinta. Lo devoré con fervor. Recuerdo que me agradó encontrar que Luis Tejada manifestara que le gustaba leer para olvidar, pero creo que lo que en verdad aprendí de este escritor nacido en Barbosa, Antioquia, fue el fastidio al regionalismo, que ya venía sintiendo con Fernando González y que después confirmé con Gonzalo Arango. A estos escritores, antioqueños todos, les parecía funesta la actitud antioqueña de creerse superiores a los demás colombianos que habitaban otros lugares del país. Fue bonito aprender esto porque fue la base para cultivar, más adelante, mi odio por los nacionalismos, por los hacedores de fronteras, por quienes defienden un territorio a ultranza y por encima de los seres humanos que buscan cobijo, alimentos, conocimiento y afecto.

En ese trasegar por el ensayo, no puedo dejar de citar un libro de Doce ensayos, tomado de los anaqueles de la biblioteca central de la Universidad de Antioquia, escrito por el estadounidense Ralph Waldo Emerson, del que me quedó como lección la capacidad de observar con interés a los seres humanos. Desde que leí a Emerson, me importan más las personas que los objetos, me interesa más la sensatez que los paisajes. Además, con él y Walt Whitman terminó mi odio genérico hacia los gringos, un odio que comprobé que no era necesario, cuando tuve la fortuna de conocer en Boston, Massachussets, a los bibliotecarios gringos más generosos del planeta.

Cuando estaba convencido de que era un bibliotecario lector y adulto, y que algún día me haría escritor —quizá de ensayos, quizá de novelas—, apareció la literatura infantil. Renació la mata de habas en la que Juan buscaba el peligro y la fortuna; regresaron a mi vida las historias infantiles y entonces, además de bibliotecólogo, me hice precursor de un nuevo oficio: el de promotor de lectura.

¿Alucinante, no? Soy un enamorado de las historias y de los libros que leo, y ahora resulta que puedo ganar dinero por leer y contar esas historias que entrañablemente he querido compartir.

Mi regreso a la literatura infantil está marcado por: Mister Magnolia, de Quentin Blake; El oso que no lo era, de Frank Tashlin; Adiós, de Ligya Bojunga Nunes; Volando solo, de Roald Dahl; La banda de las chicharras, de María Elena Quintero; El valle de los cocuyos, de Gloria Cecilia Díaz, y las mil y una Caperucitas que han llegado a mis manos. A

estas profundas y cristalinas historias, les debo mi permanencia en la literatura infantil.

Íntimamente guardo dos que, para mí, son las mejores de todas: El corazón ardiente de Danko, de Máximo Gorki, que habla del heroísmo, de arrancarse el corazón e iluminar con este el camino de los hombres. Lo cuenta con un lenguaje poético y deslumbrante. Y, La hija del pobre, de Ángela Ionescu, que habla de la inteligencia de las mujeres, de la sensatez, de la justicia, y tiene el mejor final de amor que pueda tener cualquier libro de la literatura infantil.

Estos libros me han enseñado asuntos fundamentales en mi profesión de bibliotecario: la generosidad, clave en la expansión de la labor que realizamos; la capacidad de servir, entendida como la posibilidad de construir con el otro y para el otro sin caer en el servilismo, es decir, con conciencia social; y la duda, esa ocasión para preguntarnos por lo que somos y hacemos en nuestra lucha por transformar las situaciones que nos son adversas.

En términos generales, la literatura infantil, en especial aquella que contiene finales esperanzadores, quien lo creyera, me preparó para finales terribles como el cataclismo de Macondo o el abatimiento de los protagonistas de Las uvas de la ira.

La literatura en general ha tenido el don de conmover, pero también el de despertar la estética y la creatividad. La belleza es un bálsamo; crear es fascinante e indispensable en cualquier oficio de la vida. La literatura ha hecho en mí un admirador de la creación, un entusiasta de la belleza y un luchador, y eso lo agradezco.

En 1984, la Universidad de Antioquia me informó que sería su estudiante de Bibliotecología; se aproximaba el fin de mi carrera de vendedor de huevos. En ese entonces veía a Medellín a través de la reja del almacén donde trabajaba, en el barrio El Salvador (nombre propio para días aciagos). Por sus calles aparecían veloces motocicletas y lujosos autos conducidos por jóvenes sin destino. Fue la época en la que Medellín vio surgir escuadrones de la muerte dedicados a la limpieza social y a la masacre de jóvenes de barrios populares, en represalia contra los asesinatos de policías ordenados por Pablo Escobar. Fueron los años siniestros donde reinó el capo número uno del mundo.

Se decía en aquel tiempo que este personaje diabólico pagaba dos millones de pesos colombianos —unos mil dólares de hoy—, por cada policía que fuera muerto.

En ese entonces yo iba por la tercera copa de vino del dios Baco, no quería saber nada de la guerra. Soñaba con ser un bibliotecólogo de prestigio y, por tanto, me encontraba ensimismado en Ursula Iguarán, los Arcadios Buendía, los Aurelianos Buendía, las mariposas amarillas, Mauricio Babilonia y Remedios la Bella, no más.

Entretanto, el patrón Pablo Escobar preparaba sicarios y llevaba a Medellín a una desquiciada guerra, en la cual su insolencia lo enfrentó hasta consigo mismo. En diciembre de 1993, mientras Comfenalco Antioquia me nombraba patrón de la promoción de lectura en su sistema bibliotecario, el patrón de la mafia era cazado como gato asustado en el tejado de una casa, en compañía de decenas de recortes de prensa con avisos clasificados que leía angustiosamente en busca de caletas y refugios transitorios.

Corría el año 1987 y el amor y la lucha llegaron al unísono a mi vida. El amor refrescaría en mí la poesía; con la lucha combatiría la rabia e impotencia ante las desapariciones y asesinatos de compañeros universitarios. Desapariciones, la canción himno de Rubén Blades, se escuchaba a todo timbal en las tabernas de salsa que cercaban la Universidad de Antioquia, y nosotros la cantábamos con voces idealistas. El arma con la que creíamos derrotar a los asesinos era las marchas callejeras.

Ese año el médico, ensayista y profesor Héctor Abad Gómez lideró varias marchas en Medellín. Era un hombre que hablaba de la necesidad de tener un nivel de vida adecuado para todos. La última vez que lo observé con vida iba en una marcha muy blanca que atravesaba la Avenida Oriental de la ciudad. La encabezaba, acompañando una pancarta que decía algo así como “no más asesinatos”. Horas después sería asesinado con la infamia propia de los paramilitares en la puerta de la sede sindical de los educadores.

Su hijo esperó casi veinte años para sacar los demonios y publicarlos en un fascinante libro de corte universal llamado *El olvido que seremos*.

Tuve mucho miedo a partir de entonces. No quería saber de marchas, ya no creía en su poder. Asustado, me refugié en el amor y, con el amor de la mano, llegué a unos cursos que dictaba la Asociación para el Fomento del Libro Infantil y Juvenil. Descubrí en la literatura para niños una puerta de escape que me internó en una gruta donde pude refugiarme del terror. Mientras me distanciaba de la tiranía de las balas, los personajes de Lygia Bojunga, Christine Nöstlinger, Roald Dahl y Gloria Cecilia Díaz, me tomaron de la mano y

me colmaron de optimismo susurrándome: “Tranquilo, todo va a estar bien, ya lo verás”. Así me lanzaron a un oficio del cual jamás he podido escapar.

En mi camino como promotor de lectura guardo un recuerdo que me ensombrece y hace triste mis tonos. En 1993, año en el que me hice bibliotecario en el barrio Guayabal, decidimos invitar al defensa centro de la fascinante selección Colombia de ese entonces: Andrés Escobar, para que, en la página de libros recomendados de la separata infantil El Colombianito, nos ayudara a promocionar libros infantiles cuyo tema fuera el fútbol.

Andrés, un tipo culto, llegó a la biblioteca con su camiseta de la selección Colombia en la mano y se dispuso para nosotros. Fue una de las tardes más hermosas que he pasado promocionando la lectura. Con mucho cariño, permitió que le tomaran fotos, leyó diversos libros y dejó por ahí su camiseta número dos, que cuando se la ponía parecía un titán y no el hombre tierno que sonreía leyendo Loco por el fútbol, de Colin McNaughton. Él, que, con frialdad juvenil, a los 21 años le había metido un gol a la poderosa selección de fútbol inglesa en Wembley, donde solo triunfan los héroes de roca.

Ese hombre dulce y elegante sería asesinado un año después de la visita, en una discoteca de las afueras de Medellín, por haber hecho un autogol en el Mundial de los Estados Unidos. Eso, en mi país, para los mercenarios de la guerra y los ignorantes, es traición a la patria. Para Saramago, es la estupidez de la maldad humana.

En Cuadernos de Lanzarote, el nobel pide un número que sirva para medir la estupidez humana y dice:

(...) ya que están con la calculadora en la mano no se olviden de incluir en la cuenta a un hombre de veintisiete años, de profesión jugador de fútbol, llamado Andrés Escobar, colombiano, asesinado a tiros y a sangre fría, en la célebre ciudad de Medellín, por haber metido un gol en su propia portería durante un juego del campeonato del mundo...Sin duda tenía razón Álvaro de Campos: ‘¡No me vengan con conclusiones! La única conclusión es morir’. Sin duda, pero no de esta manera”. (Saramago, 2022)

Cuando la guerra se recrudece, cuando a un hombre lo desaparecen por pensar distinto, cuando matan a un hombre por una apuesta, cuando los niños en Medellín habitan sin misericordia las calles y cuando los gobernantes perpetúan la tiranía y la inequidad, aparece la desesperanza, y, como cuchillo escarbando en carne viva, surgen las preguntas en relación con la capacidad transformadora y la efectividad del oficio de hacer lectores.

La lectura no hace buena por si sola a ninguna persona. Tampoco garantiza la felicidad total (quizá chispazos). No asegura el reino de los cielos ni la solución de todas las calamidades. Inclusive, a veces, el demasiado lector suele ser pesado.

A sabiendas de ello, surjo y pervivo en mi oficio, porque, si la lectura no garantiza la salvación del mundo, por lo menos permite que nos quitemos la venda de los ojos que insisten en ponernos los poderosos. Individualmente quizá no alteremos el orden de las cosas, ni impidamos que asesinen a alguien. Al fin y al cabo, nuestra naturaleza es frágil como una bombilla, pero la suma de individualidades sin ceguera propicia estados de bienestar para las mayorías.

Satisfacción

Una chica hermosa como un sol se me acercó en el Metro de Medellín —trabaja allí—, me abrazó sin más y me dijo que ha tenido muchos momentos felices en su vida con la lectura. Me recordó que yo le había leído cuentos en la Biblioteca Pública Piloto cuando era niña.

Un lobo se interpuso en mi camino e hizo el ademán de comerme en la Casa de la Lectura Infantil, allá, en Medellín. Luego soltó una carcajada, se quitó el rostro y, con voz aflautada, dijo que yo lo había enamorado de la lectura, que yo era un buen hombre.

Estefanía, mi sobrina, ama a Caperucita Roja. Se lee todas las versiones que existen, y las que no existen se las inventa: “Fue mi tío quien me enseñó, yo quiero tanto a mi tío”, contesta cuando le preguntan por esa pasión a los ocho años.

Un alcalde de Bogotá construye tres mega bibliotecas, un alcalde de Medellín le responde con cuatro parques bibliotecas. Otro alcalde de Bogotá instala puntos de lectura o Paraderos para Libros para Parques en lugares estratégicos de su ciudad. Otro alcalde de Medellín le responde con cuatro parques bibliotecas en los Distritos Rurales de la ciudad.

Un gobernador hace ciudadelas educativas con bellas bibliotecas como eje central en municipios marginados de Antioquia. El nuevo alcalde de Medellín me pide que asesore el Plan Municipal de Lectura.

Hemos tenido que luchar mucho para ver lo que vemos, para no aceptar la cotidianidad de la guerra. Pero no la hemos acabado; sin embargo, se está creando un equipamiento urbano y rural para intentar acabarla con ese instrumento que se llama lectura y que, mientras tanto, cree entretener.

Aún somos débiles, hemos perdido mucho tiempo, pues son demasiados años de equívocos, entre muchos, el haber delegado nuestra representación en políticos carentes de ética y vocación humanista.

La guerra está casada, es contra su ignominia, así que mi experiencia lectora debe ponerse al servicio de la inteligencia, no de la arrogancia. Si es así, quizá entienda que mi ciudad, un pequeño infierno donde habita la primavera eterna, está cambiando, pero, por respeto a la historia, serán otros los que construyan en la estepa cristalina que brotará fruto de una lucha con la agreste ignorancia que tendremos que seguir combatiendo los promotores de lectura que confiamos en la lectura, en su vanidad, pero también en su poder transformador.

Hay que apostar

Esta guerra, en definitiva, nos polarizó. Nos hemos dividido en muy malos y en muy buenos. Deseo que nos llegue la inteligencia a nosotros, los buenos, y se le acabe a ellos, los malos. Amor, para por fin refugiarme en vos y hablarte de mis viajes, contarte las mil y una versión de Caperucita que me sé, decirte cuánto te quiero, cuánto me gustan las bibliotecas y expresarte lo bien que la paso con la lectura y contigo.

Cuando llegué de Chile, amor, un policía de inmigración me preguntó por mi oficio. Le dije que era bibliotecario.

—¿Entonces a usted le gusta mucho leer? — me preguntó.

Le dije que sí, que en el avión casi me había leído este libro y le mostré *El pez dorado*, de Le Clésio, que traía para vos.

Se sonrió conmigo. Es increíble, amor: no me escaneó para ver si traía dólares para lavar. ¿Recuerdas que una vez me desnudaron para buscarme cocaína en el estómago cuando iba para España? Pues esta vez no, amor. Caminé con el pecho henchido de orgullo, una lágrima asomó feliz, reí, como loco, lo confieso.

¿Será que todo lo que hemos hecho habrá valido la pena, amor?

Las anteriores ideas, tomadas del libro *No soy un gángster*, soy un promotor de lectura, me fueron solicitados para este primer encuentro de clubes de lectura de la Universidad Autónoma de Occidente. Las comparto con la certeza de que serán un buen augurio para muchos encuentros más.

En un futuro tendré algunas cosas que plantearles respecto a los clubes de lectura como el *súmmum* de la animación a la lectura.

¡Hasta pronto!

Cali, noviembre 3 de 2016

La experiencia estética

Por: Luis Fernando Macías¹⁶

Cuarto Encuentro de Clubes de Lectura (2019)

Un suceso baladí, asociado a cierta atmósfera particular, reúne los elementos propios para el tránsito de la vida común al reino encantado. Les ocurrió a Odiseo, a Alicia, a Simbad el marino y a Bastián Baltazar Bux. De repente, un hecho mágico sustituyó en sus mundos las razones y los hechos por intuiciones y fantasías.

Ante Odiseo se abrió un hoyo en medio del océano, y descendió a las profundidades del inframundo, donde una conversación con la sombra de Tiresias lo puso al tanto de su vida futura; Alicia vio aparecer a un conejo apurado y, siguiéndolo, cayó en un abismo que la condujo al país de las maravillas; Simbad voló en el lomo de un águila gigantesca que lo llevó a la isla de los diamantes, y Bastián Baltazar Bux escuchó una voz que lo llamaba desde el fondo de las páginas del libro que en ese momento leía...

16 Narrador, poeta, ensayista y autor de literatura infantil. Profesor de la Universidad de Antioquia. Ha sido editor y director de importantes revistas y editoriales como *Poesía*, *Esteros*, *Palabras rodantes*, *Universidad de Antioquia*, Fundador de Arlequín Editores.

Entra tú en la biblioteca, cierra los ojos, y concéntrate en el interior de las páginas de los cientos de volúmenes, en cuyos caracteres una multitud de voces se pronuncia desde el silencio. Las palabras allí congeladas tienen la facultad de decirlo todo. Cada uno de los libros es capaz de invocar un mundo que, al compás de tu recorrido por las páginas, va despertando en tu interior, como si, desde una silla en la biblioteca, se abrieran los umbrales del tiempo y de otros mundos: unos reales y otros que fueron posibles, pero que ahora son solo significado emergiendo en los textos, imágenes audibles en el interior de la conciencia.

Para referirse a la experiencia estética, los términos que usa Borges también son tentativos: hecho, vivencia o experiencia. Hecho estético puede nombrar con mayor exactitud el concepto, ya que alude al acontecimiento como un objeto impersonal; experiencia estética sugiere una sensación, aquello que se experimenta y tiene la particularidad de estar en relación directa con lo bello; además, posee la connotación de lo inesperado, lo nuevo o lo que siempre sucede de un modo diferente.

Vivencia estética, aunque es una expresión muy cercana a la anterior, refiere más a lo concluido y, debido a que el término “vivencia” posee una carga significativa más fuerte que “experiencia”, elude la acepción de lo incierto, indeterminado o sorpresivo de esta.

No obstante, es claro que se trata de tres maneras de nombrar el mismo fenómeno, aludiendo a un momento o aspecto diferente cada vez. Me quedo, entonces, con la denominación de experiencia estética para referir el fenómeno en general.

¿Cuándo acaece la Experiencia estética?

Cuando el lector entra en la región del sentido.

Aparece aquí la expresión “en la región del sentido”. Esta expresión, que puede entenderse como metáfora, metonimia y sinécdoque a la vez, dependiendo de los términos en que expliquemos la sustitución, nos ofrece el milagro de llevar al plano físico algo que pertenece al plano mental: el sentido.

Al decir “región del sentido”, estamos hablando de un lugar en el que podemos entrar y movernos con libertad, un lugar que podríamos incluso habitar. Pero resulta que el plano mental no tiene forma física: reúne el espacio y el tiempo y se aleja hacia el remoto interior, en las direcciones del espacio y del tiempo, hasta confundirse también con el plano espiritual, el infinito interior, el alma.

Podemos sintetizarlo así: la región del sentido, propia de los planos mental y espiritual, simbiosis de espacio y tiempo, se extiende desde el aquí y el ahora hacia el remoto atemporal, desde el afuera hacia el infinito interior, y se concibe como el camino de la comprensión, el tránsito del alma a la conciencia. Es el paso de la oscuridad a la luz, de la nada a la identidad, del vacío al sentido.

A la anterior le sigue esta pregunta: ¿cuándo entra el lector en la región del sentido? En la conferencia de Borges sobre la poesía, responde así: cuando el libro despierta.

Es la idea del gabinete mágico de Emerson. Un libro en la biblioteca es un fósil, un universo en estado de hibernación. Cuando el lector lo toma, abre sus páginas y opone su mundo al mundo que allí se despliega, entra en la región del sentido, empieza a producirse el sentido.

Los mecanismos psíquicos ponen en marcha la máquina de la comprensión: el espíritu extiende sus facultades (imaginación, memoria, intuición, razón, sensibilidad) y el entendimiento florece, la comunicación alcanza su plenitud. Dos hombres desconocidos entre sí, habitantes de espacios y tiempos diferentes, se reúnen en la región del sentido y establecen un diálogo en el que uno recibe lo que el otro atrapa, despliega lo que el otro cifra.

Son entonces dos los momentos que podemos nombrar experiencia estética: el momento de la escritura y el momento de la lectura. El primero consiste en la percepción del sentido para cifrarlo en el texto; el segundo, en la lectura del texto para descifrar el sentido. Tal vez el sentido del que nace el texto no sea el mismo sentido que del texto nace.

En su conferencia sobre la poesía, Borges, citando a Escoto Erígena —a quien llama el panteísta irlandés— y a cierto cabalista español, cuyo nombre guarda, nos deja ante la doctrina que se resume en la expresión: “hay tantas Biblias como lectores de la Biblia”.

De ahí que nosotros podamos afirmar que el sentido es de carácter individual: no se trata del sentido en general, sino del sentido en particular —tu sentido, su sentido, mi sentido—.

El plural se desvanece en la realización personal del alma universal, la imagen del irlandés, que muestra el despliegue tornasolado de las plumas del pavo real, es exacta. La importancia de la lectura radica en que el sentido que se construye es el propio sentido de la vida.

¿Para qué soy?, ¿cuál es la razón de mi existencia?, ¿qué soy?, ¿qué debo hacer con mi vida? Aun sin darnos cuenta, estas son las preguntas que vamos resolviendo en la lectura. Constituyen la pregunta por el “sí mismo”, que se resume en el principio de identidad. Y es como si la vida se desplegara para dar respuesta a la gran pregunta: “Dime, alma mía, qué soy para serlo”. Ser en armonía consigo mismo, ser uno lo que es, he ahí la felicidad, a la que Fernando González llamaba “ser siendo, entendiendo”.

De este modo, la lectura no puede entenderse como la lectura de un libro, ni siquiera como la lectura de un autor; se entiende como la lectura del mundo, la construcción del sentido de la vida.

El diálogo que allí se establece, la oposición de imágenes del mundo que se confrontan en dicho diálogo y el planteamiento de senderos de reflexión que se instaura, se inscriben en lo que Paul Diel llamaba “la deliberación íntima”, el principio de definición del comportamiento, que se pone en juego en cada instancia del vivir sencillo. Es por esto por lo

que podemos entender la lectura como la participación del individuo en el diálogo universal de la cultura.

No se puede, por lo tanto, ejercer la función del pontífice que dictamina lo que los demás deben o no leer.

En el proceso de formación de los jóvenes conviene enseñarles el amor por la literatura, ayudarles a que desarrollen hábitos de lectura, pero sin imposiciones, respetando la libertad de elección, que se define en cada uno a su manera y que se entiende como la búsqueda del camino que es el Camino.

En una biblioteca bien dotada, el espíritu individual es capaz de elegir los libros y los autores que, en cada momento, armonizan con la deliberación íntima. Para el desarrollo de la personalidad conviene tener claro que, si un libro no apasiona o no hace feliz a un lector, lo mejor para ambos es que lo deje de lado y busque otro, uno que le permita entrar en la región del sentido, acceder a la felicidad.

No está bien que los maestros asignen lecturas obligatorias y después califiquen con base en lo que ellos interpretan de esas lecturas. Estoy seguro de que los mejores métodos consisten en la recomendación personal y en la conversación espontánea sobre los temas leídos.

Un maestro que deja escapar un comentario sobre un libro que le ha impresionado a él motiva más a los estudiantes hacia la lectura de ese libro que otro que lo impone por decreto de autoridad.

Dejar que los alumnos escojan y estar atento a sus elecciones, conversar con ellos sobre lo que piensan a propósito de lo que leen, pedirles que cuenten sus búsquedas y hallazgos personales, dejar que la clase sea como la reunión de la esquina, donde se puede hablar con libertad de los anhelos, las lecturas, las películas, los problemas... esa sería una manera más respetuosa y efectiva para formar lectores.

La experiencia estética y el desarrollo de la personalidad se implican mutuamente. Sus particularidades alcanzan el poder de la definición de la felicidad personal.

La lectura y la escritura tienen la facultad de ordenar el pensamiento, determinan sus rumbos y motivos, y configuran su naturaleza, alcances y posibilidades.

Un hombre piensa como piensan los libros que lee; su conciencia alcanza la dimensión de lo que su pensamiento se haya planteado; su noción del mundo no es más que la bitácora de su viaje por la región del sentido.

Una biblioteca se puede vislumbrar como la puerta de entrada al universo interior. Sí mismo es aquello que se encuentra y construye dentro de sí. Ser lo que se es: no hay otra posibilidad de encontrar la armonía del Ser.

El maná espiritual y el espacio poético: Libros, salas y habitantes en el Carnaval del Libro Infantil Comfandi

Por: Humberto Jarrín B.¹⁷, Beatriz Elena Calle C.¹⁸ y Patricia Laverde M.¹⁹

Tercer Encuentro de Clubes de Lectura: Leer con Sentido (2018)

17 Poeta y escritor que, a través de su trabajo, desconocido para muchos, logró un reconocimiento para la literatura del departamento. Trabaja como docente universitario y su obra más reconocida ha sido Leer: Todo el mundo tiene su fábula, ganadora del Premio Nacional de Literatura del Ministerio de Cultura.

18 Fonoaudióloga, especialista y magíster en enseñanza de la lectura y la escritura de la Universidad del Valle. Actualmente, se desempeña como docente y coordinadora del Centro de Lectura y Escritura (Celee) en la Universidad Autónoma de Occidente.

19 Profesional en Ciencia de la Información y Gestión Cultural, con experiencia en la coordinación de servicios bibliotecarios y culturales, especialmente en promoción de lectura, formación de públicos y procesos comunitarios.

RESUMEN

Esta ponencia analiza la compleja figura del promotor de lectura a través de la metáfora de las “siete vestiduras”, que describen sus múltiples roles como profesional de la mediación cultural. Apoyándose en las ideas de autores como Aidan Chambers, Graciela Montes y Michèle Petit, el texto detalla cómo el promotor actúa como cautivador para forjar el vínculo inicial, narrador que resignifica historias, habitante de la palabra que crea experiencias poéticas, artesano que teje puentes pedagógicos, dador de vida que materializa la ficción, maestro que ofrece andamiajes para el desarrollo autónomo, y, fundamentalmente, lector que forma a otros desde su propia pasión. La conclusión central es que el arte del promotor no reside en desempeñar estos roles de forma aislada, sino en su capacidad para combinarlos en una actuación coherente y sensible, reafirmando su labor como un compromiso ético y un acto de resistencia cultural indispensable para el cultivo de una sociedad más reflexiva, empática y humana.

INTRODUCCIÓN

En el vasto universo de la cultura, donde las palabras actúan como puentes entre mundos, la figura del promotor de lectura emerge no como un simple guía, sino como un artífice fundamental en la construcción de la experiencia humana. Este actor, a menudo discreto, pero siempre esencial, es el encargado de una de las tareas más trascendentales y, a la vez, más sutiles de nuestra sociedad: conectar a los individuos, especialmente a los niños y jóvenes, con el poder transformador de los libros. La lectura, enten-

dida no como una mera decodificación de símbolos, sino como una conversación íntima con la historia, la fantasía, el conocimiento y con uno mismo, requiere de mediadores que sepan encender la chispa de la curiosidad y alimentar la llama del goce estético.

La presente ponencia se adentra en el corazón de este oficio, explorando la naturaleza polifacética del promotor de lectura a través de una metáfora elocuente: la de sus “vestiduras”. Lejos de ser un uniforme, estas vestiduras son los múltiples roles, habilidades y sensibilidades que el promotor se pone para officiar el ritual del encuentro con el texto. Son trajes simbólicos que se adaptan al contexto, al lector y a la historia, revelando que la promoción de la lectura es una disciplina que amalgama la pedagogía con el arte, la psicología con la narración oral y la gestión cultural con una profunda vocación de servicio.

Este trabajo se inspira y dialoga con las reflexiones de grandes pensadores del ámbito de la lectura como Aidan Chambers, Michèle Petit, Graciela Montes y Sarah Hirschman, cuyas ideas resuenan en cada una de las caracterizaciones que aquí se presentan. A través de su lente, comprendemos que el promotor no es un actor solitario, sino parte de un ecosistema, un “círculo de la lectura”, donde cada elemento —el libro, el lector, el ambiente y el mediador— es crucial. La labor del promotor, por tanto, va más allá de recomendar un libro; implica diseñar entornos, crear atmósferas, provocar el deseo y, sobre todo, saber escuchar. Es una tarea que se enfrenta a desafíos complejos, desde la apatía y el desinterés hasta las barreras sociales y económicas que, como señala Petit, pueden convertir al libro en un “objeto raro” y cargado de un poder que intimida.

Los promotores

A continuación, describiremos los siete vestidos referidos que, en diferentes grados y manifestaciones, identificamos en los promotores que acompañaron los procesos de mediación a la lectura en el V Carnaval del Libro Infantil Comfandi.

Primer vestido: el promotor de lectura como un cautivador

Comenzamos afirmando que la más trascendental función que cumple un animador o promotor de lectura es, precisamente, propiciar, promover e incentivar que el niño se vincule con los libros y tenga con ellos una interesante relación dialéctica de aprendizaje y disfrute. Ejemplo de esto es lo que ocurre con los libros de las salas de lectura del Carnaval, en las que el niño, después de haber conocido estas obras y haber participado de ellas como un personaje tangencial, tiene la oportunidad de conocer otros libros, además del presentado por el promotor, que, en principio, están relacionados por el tema que conecta las salas temáticas: la ciudad, las piezas de una chatarrería, personajes de mundos fantásticos y maravillosos, las historias narradas por un escritor, las tiras cómicas, los colores y las aventuras de un sapito.

En la misma vía están todos aquellos adultos sensibles y experimentados que asumen, directa o indirectamente, su rol de mediadores al promover la lectura y diseñar entornos y momentos que, enriquecidos por el uso de la palabra, estimulan y provocan en el niño o joven el deseo —ese anhelo

vehemente por conseguir algo— de seguir leyendo y tejiendo sentidos. Entre estos adultos incluimos tanto a padres como a profesores que están en contacto directo y permanente con los pequeños lectores, ya sea con sus hijos en casa o con sus alumnos en el salón de clase.

Así, el animador de lectura conecta al niño con los libros desde el saber que él y los niños tienen, desde el lugar que ocupa en sus vidas y en las diferentes prácticas culturales en las que participa, además de propiciar distintas maneras de interacción con la cultura.

Otras características de un buen promotor de lectura son las que expone Sarah Hirschman y que define en seis elementos, a saber:

sensibilidad con las obras literarias;

habilidad para presentarlas por medio de preguntas abiertas a un grupo sin preparación y, como lo dijimos en otro momento, con un cierto grado de improvisación;

capacidad de reaccionar o de moverse frente a lo inesperado;

deseo de trabajar en ambientes difíciles;

talento para enfrentar circunstancias impredecibles y

disposición para escuchar con respeto y reaccionar con inteligencia a lo que digan los participantes del grupo.

Añadimos un séptimo elemento: saber escuchar. No solo se trata de hablar con fluidez y una cadencia que relaje los sentidos o de preparar el habla, sino, además, el oído (y la intuición) para atender a las señales que los lectores envían con sus participaciones, pero también con sus silencios.

Los anteriores elementos demuestran, entre otras cosas, que el promotor necesariamente se va a encontrar con distintos perfiles de lectores y, si no reconoce estas diferencias, difícilmente podrá ser un puente entre las obras y estos lectores tan disímiles entre sí. Es decir, que los ambientes en la lectura no son siempre “ideales”, pues el promotor se puede encontrar con lectores que no reaccionan —por ejemplo, no se conmueven, no se interesan o no se apasionan— ante los libros, que no prestan atención, que están distraídos o que demuestren desinterés, intolerancia o miedo (ante los otros lectores, ante el promotor e incluso, ante los libros).

Por ejemplo, en situaciones en las que los participantes estén muy temerosos, el promotor debería evitar un exceso de formalismo que le reste a la discusión un sano elemento de espontaneidad y que lleve al lector a hacerse razonamientos que, bajo un formato más formalizado, quizás no se atrevería a formular.

En Gente y cuentos, han experimentado con mucha frecuencia estas situaciones, pues los participantes no son lectores asiduos y algunos no están alfabetizados. Además, viven en entornos muy hostiles en los que la estrechez es la norma y sienten “culpa” de “perder el tiempo” leyendo, mientras sus familias necesitan que los provean de recursos materiales (no simbólicos) para sobrevivir.

Petit (2009) también ha presenciado estas situaciones en su experiencia en promoción de lectura en bibliotecas de regiones en situación de marginalidad. Por un lado, está la culpa que siente el propio lector, pero, por otro lado, está el rechazo de los miembros de sus comunidades que sienten que estos integrantes, ahora cultos, no pertenecen al grupo

por poseer ese bien tanpreciado que consideran exclusivo de quienes tienen otras necesidades vitales satisfechas. Así, los lectores se vuelven extraños dentro de su propia comunidad. La autora lo dice en estos términos:

Para quienes viven en barrios pobres en las orillas de las ciudades, o en el campo, los libros son objetos raros, poco familiares, investidos de poder, que dan miedo. Están separados de ellos por verdaderas fronteras, visibles o invisibles. Y si los libros no van a ellos, ellos nunca irán a los libros (...) Esto es aún más cierto, porque en los ámbitos donde impera una economía de subsistencia alguien puede sentirse culpable de leer, ya que es una actividad cuya “utilidad” no está bien definida: también puede sentirse culpable, porque para leer se aísla, se retira del grupo. Es una actividad a menudo mal recibida en los medios populares, donde la gente se agrupa codo a codo para lo mejor y para lo peor, donde se valoran más las actividades compartidas y donde no se dispone de tiempo ni espacio para sí mismo (Petit, 2009, pp. 24-26).

Todo lo anterior no hace sino reivindicar el lugar de la lectura en la vida de las personas y el impacto que se provoca cuando alguien que es extraño a un libro —y a lo que significa en la cultura todo ese saber contenido— le dedica tiempo y logra transformar su visión del mundo. Así las cosas, los promotores de lectura son agentes fundamentales en la sociedad, pues su objeto de trabajo no solo es el libro y la lectura, sino también la vida misma y sus distintas manifestaciones: culturales, históricas, políticas, sociales, familiares y personales.

Hay, entonces, un sinnúmero de posibilidades de interacción con las obras que, a corto, mediano o largo plazo, seguramente generarán resultados muy significativos en la vida de las

personas, aunque muchos de estos son tan sutiles que quizá no sean claramente identificados.

Segundo vestido: el promotor de lectura como un narrador que resignifica las historias

En relación con las prácticas de lectura desarrolladas por el promotor, nos interesan dos que consideramos significativas. Por un lado, el promotor cuenta historias y por otro, lee en voz alta. Se trata de dos experiencias estrechamente emparentadas, hermanas de la misma sangre: la palabra. Muy bellamente, Montes (1999) expresa lo siguiente:

La frontera indómita de las palabras incluye una gama muy amplia de variantes, algunas más canonizadas y prestigiosas que otras; las exploraciones gozosas del balbuceo durante la primerísima infancia, la deliberada y obsesiva reiteración de una sílaba sabrosa, los insultos rituales, las adivinanzas populares, los chistes o La Divina Comedia de Dante. Es el lugar de los gestos, de los símbolos, de los caprichos, de las marcas personales, de los estilos (por eso de Buffón), y puede llegar a ser, o no, el lugar donde se instale gran parte de lo que transita por las aulas y por los programas de estudio, es decir la tradición heredada, el acervo literario de la humanidad, que viene a ser algo así como la frontera indómita de la especie, construida a fuerza de decantaciones. (pp. 52-53)

Otro elemento común que acompaña la práctica de contar historias y leer en voz alta es la conversación que ambas pueden suscitar. En la primera, no se hace uso directo de los libros, pues el narrador-cuentero emplea la memoria para contar sus historias (aunque seguramente son las historias de otros, el narrador las hace suyas cuando las cuenta). En la

segunda experiencia, el narrador ya es un lector que acude a los libros para ser un “intérprete” entre el auditorio y las historias que en estos están contenidas.

En ambas se ponen en escena aspectos prosódicos, gestuales, corporales y proxémicos, que en la cuentería son quizá más evidentes y necesarios, pues el narrador es, en esencia, lector y libro a la vez. Mientras que, al leer de primera mano los libros, acude sobre todo a su voz, con la cual recrea, mediante distintos tonos y ritmos, los momentos que en ellas se viven. Chambers (2007) distingue claramente estos dos roles y explica sus diferencias de la siguiente manera:

Contar cuentos es mucho más una relación de un narrador hablándole al oyente. Es como una conversación; se siente personal, como si quien narra le diera al oyente algo de sí mismo. Al leer en voz alta, el libro literalmente objetivó la experiencia. En este caso la relación es más como de dos personas que comparten algo que está fuera de ellos mismos. No son oyente y narrador mirándose uno al otro, sino lector y escucha, lado a lado, mirando juntos algo más (...) Contar cuentos tiende a lo emocionalmente dramático; leer en voz alta tiende a la contemplación reflexiva. Contar cuentos tiende al placer, a la diversión; leer en voz alta tiende al placer del auto reconocimiento. Contar cuentos tiende al grupo hermético, conspirativo, exclusivo, limitado por los poderes de aquellos que se sientan juntos; la lectura en voz alta tiende a lo permeable, a la mirada hacia afuera, al grupo inclusivo, cuyos poderes se expanden por la suma de aquellos en el texto: poderes del lenguaje, del pensamiento, del otro que no está allí. (Chambers, 2007, pp. 84- 87)

Retomamos nuevamente la experiencia de Sarah Hirschman (2011), como recuerda **Ricardo Piglia** (2011) en el ensayo introductorio del libro, un buen narrador —que para el caso que nos interesa es un buen promotor de lectura— como

aquel que “no solamente ha vivido el sentimiento de la experiencia, sino aquel que es capaz de transmitir esa emoción” (p. 15). Nuevamente aparecen en estas reflexiones expertas tanto la sensibilidad como el conocimiento (no necesariamente académico, sino experiencial), así como la capacidad de relacionar poesía y narrativa.

Ricardo Piglia (2016) explica que, etimológicamente, “narrador quiere decir el que sabe, el que conoce. Por un lado, el que conoce otro lugar, porque ha estado allí y el que tiene las técnicas que le permiten adivinar, conocer lo que no está aquí” (p. 17). También explica que narrar tiene relación con conocimiento: viene del latín y su raíz es “conocer”, “saber qué”.

Al narrar hay un descubrimiento de las historias y, por lo tanto, de las interpretaciones del mundo y de formas de entender la realidad; y, al entenderla, hay posibilidades de transformarla. Piglia agrega, además, que:

(...) contar historias es una de las prácticas más estables de la vida social, un día en la vida de cualquiera de nosotros está hecho también de las historias que contamos y nos cuentan (...). La historia de la narración es como la historia de la construcción de un sujeto que se piensa a sí mismo a partir de un relato (...) es la historia de cómo se ha construido cierta idea de la subjetividad. (Piglia, 2016, p. 17)

Desde los orígenes latinos de nuestra lengua, el narrador era un sabio. Recordemos también a nuestros antepasados indígenas y el componente “chamánico” de la narración: los chamanes eran sabios, hechiceros y científicos que interpretaban las señales que la naturaleza les daba y que, además, transmitían ese saber y, al hacerlo, lo transformaban en un

saber cultural que pasaba de generación en generación a través de la narración de esas historias. Escuchemos nuevamente a Graciela Montes (1999):

La cultura heredada sólo es útil en tanto puede convertirse en cultura propia, es decir, en tanto puede ingresar a la propia frontera indómita. Y, para eso, tiene que convertirse en experiencia (...) Educar en la literatura es un asunto de tránsito y ensanchamiento de fronteras. Y un asunto vital, en el que necesariamente están implicados los maestros y profesores, aunque no sólo ellos (...). Sin embargo, si nos ocupamos de cultura nuestro oficio es éste, es eso lo que nos compete. (p. 54)

Montes se refiere a los maestros; nosotros añadimos a los promotores de lectura, pues estos también se ocupan de la cultura, en los términos en los que se refiere la autora.

Tercer vestido: el promotor de lectura como un habitante de este mundo en la palabra

En correspondencia con lo anterior, el promotor no debería ser solo un lector, también debería ser un creador, no necesariamente experto, pero sí alguien que enfrente a la palabra escrita, que tenga habilidades como narrador, pues este no se limita a seguir la historia tal cual como el autor del texto la ideó, sino que la reconstruye y resignifica en la medida en que le da otro contexto, otro tono, y juega con el cuerpo, con la voz, con la mirada; de esta forma, transmuta lo que fue escrito.

El promotor-lector que comparte con otros lectores estas obras, leyendo en voz alta y usando su cuerpo como un

elemento más de la narración, construye una segunda historia en la que él y los niños son protagonistas fundamentales, sobre todo cuando la práctica de lectura en voz alta permite que haya participación, intercambios, simulación de voces y la construcción ficcional de personajes que no son reales. Y si a lo anterior se le adiciona un contexto mágico, personajes, actores, música, escenarios, juegos (como ocurre en el Carnaval del Libro Infantil), este espacio se vuelve mucho más potente.

Aidan Chambers (2007) recuerda cómo un maestro de secundaria cambió su vida cuando leyó apasionadamente y en voz alta poemas de Samuel Taylor Coleridge:

No sé qué sucedió con los demás en el aula ese día, pero sé que cuando Jim salió con el gramófono en una mano, los libros asidos contra su pecho en la otra, y la tela negra de su toga académica (...) agitándose detrás, el mundo había cambiado. Las palabras habían llegado a significar algo más. El lenguaje era un río sagrado. La poesía era un terreno fértil. Ningún libro volvió a ser el mismo, nunca más una actividad entretenida que llenaba las esquinas desocupadas de mi vida. (p. 85)

Graciela Montes (1999), quien ahora es una reconocida escritora de cuentos para niños, fue en su momento una pequeña niña que tuvo una cierta relación con los libros y que recuerda a una de las personas que la inició por el camino de la literatura: su abuela. En su Frontera indómita, recuerda a esta primera promotora y a las historias que ella le contaba:

No era el único cuento, por supuesto, pero era uno de mis favoritos. Lo debo de haber pedido y escuchado cientos de veces entre los cinco y los siete años. Estaba para mí cargado de audacia. En primer lugar, de audacia en el imaginario, porque, con palabras nada más, con aire que salía de

la boca de mi abuela, se construía algo inesperado, algo que no formaba parte del mundo de las cosas naturales (y hasta un burro que violaba las reglas fisiológicas). En segundo lugar, tenía grandes cantidades de audacia social, hasta de rebeldía, porque mi abuela, que no me permitía a mí decir palabras inconvenientes, incluía en el cuento una fórmula mágica llena de picardía: “Asnín, caga azuquín”. Eso me llevaba a pensar que, en el territorio ese que habitábamos por un rato las dos, nuestros vínculos eran otros y eran otras las reglas. Me parecía, además, que había en el cuento una valentía ética, porque, con arrojo y sin mezquindades, se llevaba la justicia hasta sus últimas consecuencias (que es lo que uno espera que suceda cuando tiene cinco, seis, siete años). (pp. 54-55)

Frente a la posibilidad de hacer de la lectura una experiencia en la que converjan múltiples universos posibles, está también la posibilidad de que la experiencia con la lectura literaria esté simplemente arraigada a la cotidianidad del lector, por ejemplo, en el día a día en la escuela y los avatares de las responsabilidades académicas. Louise Rosenblatt (2002) lo expresa muy claramente de la siguiente manera: “Las definiciones de la experiencia estética suelen postular que el arte brinda una satisfacción más completa de los impulsos y las necesidades humanas que la vida cotidiana, con sus frustraciones e irrelevancias” (pp. 60-61).

Graciela Montes (1999) complementa así:

Una de esas cuestiones viejas, nunca jamás saldadas, siempre abiertas y calientes, es la que tiene que ver con los cuentos. Y con la ficción en general. Con cómo se va construyendo el territorio del imaginario. Con la extraña manera en que de pronto, en medio de la vida cotidiana y sus contundencias, se levantan las ilusiones de un cuento. (p. 16)

La experiencia con la lectura del Carnaval del Libro y de otras prácticas de promoción no necesariamente está vinculada a la vida cotidiana o al día a día. Su riqueza está precisamente en que cambia el entorno de los participantes, los introduce en una atmósfera diferente, rompe con la linealidad, desmorona los esquemas del día a día, quiebra el acceso fácil a los datos y a la información que, en grandes cantidades, rodea al lector y, por el contrario, lo sumerge en una experiencia única e irrepetible que, además, seguramente no podrá renovar fácilmente ni en su escuela ni en su casa, porque esa vivencia, con todo el andamiaje fantástico que tiene de escenarios, personajes, música y danza, solo queda en la memoria —y en el espíritu, dirían los filósofos— del pequeño lector. Será entonces un recuerdo, y seguramente no olvidará las emociones que el libro le trajo, ese deseo de saber más de la historia o del escritor. Escuchemos nuevamente la voz de Chambers (2007):

(...) por primera vez leí un libro de cabo a rabo sin querer detenerme, y por primera vez las palabras impresas se sucedían tan naturalmente que ni siquiera me percataba de ellas, sino que solo era consciente del teatro que representaba la historia en mi cabeza a medida que iba sucediendo, ella ahí en mí, yo ahí en ella. Una especie de paraíso, una vida más plena, más viva, más rica que mi vida de todos los días, y repleta de significados.
(p. 77)

Para que esta experiencia sea posible, se reivindica nuevamente el lugar de los actores en el Carnaval del Libro Infantil Comfandi, quienes, tal como lo hemos expresado en otros apartados, son también animadores de la lectura. En este orden de ideas, la promotora de La gran dulcería afirma que, “sin los actores la lectura hubiera sido, seguramente, sólo una lectura de escucha, pero no de vivencias” (Jarrín Ballasteros, Calle y Laverde, 2018, pp. 218–219). En ese sentido,

los actores demuestran una vez más que el objetivo de la propuesta de promoción de la lectura es la fiesta: fiesta de las vivencias del niño en la construcción de mundos posibles. La promotora vuelve y lo dice: “el Carnaval es fiesta, alegría”, y los promotores, como ella, potenciadores de este entorno.

Cuarto vestido: el promotor de lectura como un artesano que hilvana puentes

Aidan Chambers (2007) insiste en sus libros en que los niños necesitan de un adulto experto que los ayude a hacer parte de lo que él denomina el “círculo de la lectura”: “Sólo aprenderemos cómo liberarnos, sólo aprenderemos cómo navegar alrededor del círculo de lectura si tenemos la ayuda de alguien que ya sabe cómo hacerlo” (p. 22). Tomamos al adulto facilitador de Chambers y lo asociamos al promotor de lectura.

Precisamente, uno de los roles que, en la voz de una de las niñas del colegio Calipso, cumplen los promotores es organizar ese “ambiente de la lectura” (siguiendo la propuesta del escritor inglés Aidan Chambers). La pequeña expresa que el promotor les explicaba muy bien lo que iban a hacer con los libros y así le asigna el rol de ser un organizador y, agregamos nosotros, un puente que efectivamente organiza la actividad entre los niños y los libros.

De lo que estamos hablando es de mediación y de interacción, aspectos connaturales a cualquier práctica pedagógica en la que un experto —en este caso el promotor, como un experto en lectura y libros infantiles— tiende puentes entre los objetos de conocimiento (los libros infantiles para el

caso que nos convoca) y los aprendices (niños-lectores en formación) a través de un proceso de comunicación. En este proceso median códigos que, para el caso de la promoción de lectura, son orales (lo dicho por el promotor- narrador), escritos (las historias de los libros) e icónicos (las imágenes de los libros, ya sean estos ilustrados o libros álbum). Incluimos, además, los códigos asociados al cuerpo y la gestualidad, propios de la “actuación” del promotor cuando presenta las obras escritas. Es decir, en la mediación de la lectura intervienen diferentes sistemas sígnicos, de allí, entre otros aspectos, su complejidad.

El promotor opera, entonces, como un artesano que hilvana y teje puentes entre los libros y los niños. Así como el maestro hace una transposición entre el estudiante y los contenidos o los saberes disciplinares, el promotor gesta este “círculo de la lectura”, en el que se encuentra, para empezar, la disponibilidad y accesibilidad a los libros. Por otro lado, se ubica la lectura en voz alta o lectura individual y, por último, el espacio de respuesta, que puede incluir conversaciones formales o informales. En el centro del círculo de lectura está el adulto facilitador, o, para nuestros intereses, el promotor.

Vemos entonces cómo ser un promotor de lectura exige haber recorrido ya parte del proceso. Camino y andadura son claves en este transcurrir, y esto solo se logra en una relación permanente, reflexiva y dialógica con los libros y con los otros con los que se comparte la experiencia con las obras. Chambers expresa claramente que el facilitador debe ser un experto y, para él —que además de escritor y lector, es facilitador, promotor de lectura, maestro y formador de maestros—, eso solamente se logra con suficientes vivencias y experiencias con los libros como para facilitar el proceso de formación lectora de un “inexperto” —nosotros diríamos

“lector en formación”—.De manera que para él el facilitador es un adulto (no un niño, así este tenga una experiencia muy significativa con la lectura) que transmite aquello que ha aprendido con sus propias vivencias a través de la experiencia.

Por ello, se lee y se conversa alrededor de lo leído, y quien dirige la conversación debe saber qué posibles interpretaciones se pueden dar y aprovecharlas para potenciar otras formas de representar las historias. Además, debe usar la pregunta como elemento potenciador de las discusiones alrededor de los libros, para provocar en el otro el deseo de encontrar su propia respuesta o la necesidad de proponer otras interpretaciones.

El promotor es, entonces —ya lo hemos dicho—, un mediador, un organizador del ambiente que se construye alrededor de las obras y un activador de emociones, ideas o sensaciones que pueden estar asociadas a recuerdos alrededor de las historias o a la ebullición de percepciones exacerbadas, potenciadas en el Carnaval del Libro por la actuación de los personajes, la decoración, los colores o la música.

Quinto vestido: el promotor de lectura como dador de vida

Dar vida al libro es uno de los roles del animador al facilitar la comprensión o ciertas formas de significar. Sin embargo, es importante resaltar que el promotor no explica una forma determinada de entender el libro, pues cada lector se conecta de manera distinta con la historia y, además, la

promoción de la lectura no pretende ser un proceso de enseñanza de categorías sobre teoría literaria.

La experiencia es vivencial e inicia, incluso, con la estimulación de los sentidos (como la estimulación visual en *La magia de los colores*, sonora en *Una noche en Macondo* o táctil en *Loca chatarrería*), y prosigue con la permanente estimulación intelectual que la palabra puede brindar. Es entonces el momento de “vivir” el libro; por eso decimos que el promotor da vida al libro y también la dan los actores, que en el Carnaval cumplen también la función de promotores.

Citamos nuevamente a Patricia Calonje (2007), quien se refiere en una de sus publicaciones a uno de los más importantes ejercicios de animación lectora: leer en voz alta. Durante esta práctica en la que la palabra oral es protagonista, el lector debe:

Encantar al otro con la palabra, interesarlo en lo que narra, suscitar el deseo de aprender a leer por sí mismo (si todavía no sabe hacerlo de manera convencional), o afianzarlo y fortalecerlo (en caso de que ya sepa hacerlo). Es gracias precisamente al vínculo que se logra establecer, a que la experiencia permite la búsqueda de sentido y la construcción de significados, que se movilizan sentimientos, reflexiones, inseguridades, miedos, se da pie a la posibilidad de soñar, de compartir la propia irracionalidad con otros, de experimentar emociones, de encontrar en sí mismo un espacio en el que se exploran los propios sentimientos. (Calonje, 2007a, pp. 30-31)

La promotora de la sala Ciudad Imaginada afirma que el promotor debe cautivar al niño. Lo anterior está muy articulado con lo que Graciela Montes (1999) expone como la construcción de un espacio poético: un espacio de

ensoñación, un espacio en el que la estética y el lenguaje son protagonistas. La promotora también hace referencia al importante lugar de los actores en las salas, en tanto canalizan los aspectos anteriormente enunciados en términos de construcción de espacios poéticos.

No obstante, es importante aclarar que no todos los libros elegidos en el Carnaval del Libro Infantil tienen esta riqueza literaria y poética, aunque funcionan un potenciador para que el promotor y el actor, trabajando en equipo, puedan llevar al niño de la mano a la posible construcción de epifanías de 20 a 25 minutos (tiempo de duración de la experiencia en cada sala). Son pequeños instantes en los que el participante se encuentra con un espacio lleno de fantasía, de actores, de disfraces, de esculturas, de libros maravillosos, acompañado de promotores que intentan suscitar ese deseo por acceder a ellos como un importante portador cultural que los acerca a narrativas que no solamente están bien construidas como texto narrativo, sino que además son bellas obras de lenguaje.

El lector-participante encuentra las “señales” que el promotor le deja en el camino para que siga construyendo sentido como un lector apasionado y entregado a la lectura, a las historias, a la poesía, a la narración, a los sueños y a la fantasía. Entre el promotor y los niños o jóvenes, se construye lo que Calonje (2007) denomina “una especie de hilo invisible que los atrapa y los envuelve en los sonidos de la palabra, en su cadencia, ritmo y entonación, en su poder mágico” (p. 31).

Actores y promotores son los encargados de orientar y dar vida a la propuesta del Carnaval. Los personajes de las historias “salían” de ellas para interactuar directamente con los

niños: un sapito enamorado, una pastelera francesa, una niña glotona, los hermanos Vicario, villanos, hadas, Alí Babá... todos estos estaban en las obras, pero también en las salas, pasillos o en el teatro, en relación directa con los participantes. Entraban en ese territorio de lo real, en un espacio físico tangible. Las fronteras estaban, de hecho, tan desdibujadas, que algunos niños aceptaban con tanta naturalidad la presencia de estos personajes que incluso creían que eran reales, de carne y hueso, y no sujetos contruidos en el discurso.

Son varias las experiencias de estos actores que muestran cómo los niños efectivamente ingresan a un mundo fantástico en el que aceptan, con beneplácito, el contrato ficcional que se les propone. Por ejemplo, el constructor Tom cuenta la historia de un niño que, al creerlo efectivamente un constructor, le pide que ayude a su padre —quien también cumple este oficio —a terminar de construir su casa. Este pequeño se convierte en el líder de la actividad y, a partir de sus conocimientos previos, idea formas de organizar los grupos y ayudarlos a hacer sus propias construcciones. Tom, el constructor, al igual que los actores anteriormente entrevistados, insiste en el componente maravilloso, lúdico, fantástico y mágico que el Carnaval del Libro pretende construir, y rescata la importancia de que los niños aceptaran las propuestas creativas que se estructuraron en las salas.

El anterior es un ejemplo, al que añadimos tres más. A la actriz que hizo el papel de pastelera francesa le preguntaron cómo era vivir en Francia; a la villana de la Comicteca, le dijeron que lo que le faltaba era amor y, de hecho, quisieron ayudarla para que disminuyera su maldad. Sin lugar a dudas, era una terrible malvada que intentaba destruir el universo

que estaban construyendo. El actor que hizo de sapo en la sala Sapo es sapo tuvo que enfrentar, en varias ocasiones, la certeza de los niños de que él era efectivamente un sapo (tocaban su piel para corroborar que era piel de sapo y no un disfraz, como algunos incrédulos pensaban). Para los pequeños, los actores eran los personajes de las historias que les estaban narrando, y esto era posible porque el universo construido en las salas estaba tan bien orquestado que ellos asumían que estos personajes que estaban allí interactuaban con ellos y salía de los libros.

Una de las actrices entrevistadas analiza cómo ella, en los papeles que representó, salía de la obra, pero no de la historia. El momento vivido en la sala temática terminaba, pero el personaje seguía haciendo parte de la propuesta: seguía existiendo por sí mismo, con una personalidad y una identidad que los niños reconocían como propias. Así le dan vida y, por fuera de la obra, ese personaje continúa existiendo. En este vínculo hay una conexión en la que la vida y las historias de la literatura se encuentran, los límites entre la fantasía y la realidad se superponen.

Desde la perspectiva de los actores, otro de los entrevistados afirmó que su rol en el proceso de animación a la lectura era precisamente permitirles a los niños descubrir un mundo nuevo. Los actores tienen, entonces, un rol como animadores en cuanto llenan de sentido el proceso de interacción entre los niños y jóvenes y las obras de la literatura infantil. También afirma que el Carnaval:

(...) permite que el libro tome vida, y sus personajes les hablen y les cuenten sus propias historias. Así, los pequeños se van del Carnaval con otra dimensión de ese libro y con ganas de volver a aproximarse a

él descubriendo una nueva posibilidad para su vida, sus fantasías, su imaginación y su juego. (Fundación La Fuente, 2013)

Lo anterior es interesante, pues caracteriza el valor de la fiesta alrededor de la lectura y el lugar de los actores en la forma como los niños reconfiguran su manera de ver el libro e interactuar con él a través de los personajes de las historias que en ellos están contenidos y que, en tanto sujetos de la enunciación, y en manos de un buen actor, pueden “salir” para tener vida propia y acercarse, hablarles y dirigirse directamente a todos estos pequeños y jóvenes lectores.

Cerramos este apartado, nuevamente, con la voz experta de Patricia Calonje (2007) refiriéndose al vínculo entre el promotor, cuando es un lector, y el participante de la experiencia. Para la autora entre promotor y participante se:

(...) ejerce un tipo particular de mediación (...) expresada de múltiples maneras, muchas veces con los gestos o en otras ocasiones mediante el ejercicio de la palabra que brota espontáneamente con comentarios, a veces sólo con interjecciones, que pueden considerarse como expresiones de un acto que, aunque tiene el carácter de colectivo, permite, a la vez, por los lazos creados, la personalización de cada oyente al sentir que se lee sólo para él. (p. 33)

Sexto vestido: el promotor de lectura como maestro

En tanto la promoción de lectura es una propuesta que, además de cultural, estética y lúdica, es pedagógica, el promotor, al igual que un maestro, ofrece andamiajes para acercar (o impulsar) al niño o joven participante de la

experiencia a una determinada zona de desarrollo próximo (concepto acuñado en 1931 por Lev Vygotski) y ayudarlo a afianzar sus conocimientos y, para el caso concreto de la promoción —aunque no es exclusivo de este tipo de experiencias—, su vínculo, de carácter afectivo e intelectual, con los libros y la lectura en tanto experiencia y exploración del mundo y de sí mismo.

Es compleja la labor del promotor, pues no cumple sus objetivos ni resuelve las tareas que se haya propuesto con ejercicios, talleres, guías, rúbricas ni ningún otro dispositivo didáctico propio de otras prácticas en las que la memorización de un concepto o el desarrollo de una competencia específica indican que el objetivo pedagógico se ha cumplido.

Los saberes que el promotor fomenta no son fácilmente evaluables, no son necesariamente medibles, no se pueden objetivar de forma inmediata y no se materializan necesariamente en prácticas concretas. Es un intangible que podría medirse en número de libros leídos, pero la cantidad no revela, necesariamente, el vínculo estrecho que se tenga con las obras ni las transformaciones que se produzcan en el sujeto en cuanto a su identidad, desarrollo intelectual o espiritual.

Lo anterior no significa que el promotor no pueda sondear el impacto que las experiencias que ofrece tienen en el lector, pero debe ser, a su vez, un lector avezado: un lector de las reacciones y las manifestaciones de los otros, que le indiquen cómo las obras los conmueven, los llevan a profundas reflexiones, los hacen gozar y les ofrecen indicios para reflexionar sobre la belleza de la palabra o sobre elementos que los llevan a apropiarse de un metalenguaje sobre narrativas, literatura,

arte, poesía, historia, filosofía, ciencia... entre otros tantos saberes que, a través de la lectura, se pueden transmitir.

Volvemos y lo repetimos: es arduo el compromiso del promotor, que no espera resultados inmediatos ni busca evaluar aprendizajes concretos. Lo que el promotor pretende es casi una idealización, y es el objetivo de todo proceso pedagógico: asentar unas muy buenas bases para que el sujeto, de forma independiente y autónoma, continúe el camino de la búsqueda del conocimiento y del placer del descubrimiento. Que continúe, además, conquistando un territorio, colonizando un espacio y, cual crisálida, transformándose para alzar vuelo.

Séptimo vestido: el promotor de lectura como lector que forma a otros lectores

Otro aspecto fundamental a considerar en los promotores de lectura es cómo, en su experiencia como lectores —algunos en formación—, se acercaron a la lectura de alguna manera particular y reconocen en esa multiplicidad de historias que recorrieron una parte vital de su trayectoria como lectores, y cómo esto puede contribuir a la forma en que transmiten a sus pequeños lectores el goce y el rigor intelectual que ellos mismos, en tanto lectores, experimentaron.

Los promotores de las salas La Gran dulcería, Ciudad Imaginada y Mundos y Seres Fantásticos coinciden en que el promotor debe ser un gran lector, debe amar y gozar la lectura. Gozar y amar son estados de la mente y del espíritu que contribuyen a que se puedan construir puentes, tejer

hilos y caminos posibles que, en principio, son de herradura, pero que se fortalecen con un material mucho más sólido.

Entonces, el promotor necesita ser alguien que goce genuinamente de los libros para que, a su vez, estos sean un elemento con el que se construyan conocimientos, fantasías, sueños. Así, el promotor debe ser un lector asiduo no solo de literatura infantil y no solo de narrativas, sino también de poesía y de otros géneros que sean de su interés intelectual, y experimentar, en carne propia y en palabra propia, lo que Montes (1999) explica largamente en sus publicaciones y que, en concreto, muestra en la siguiente cita:

(...) la literatura ocupa otra clase de lugar en la vida de las personas; es verdad que hay emisor, receptor, mensaje..., pero en el fondo es todo un juego; la literatura está fuera del discurso, instalada en la magra frontera de libertad que hay entre la subjetividad y el mundo. Está ahí acompañada por el arte todo, por el equipaje simbólico de la cultura y por el juego. Al margen del mundo y también al margen de quienes se embarcan en ella, en los márgenes, justamente. (p. 95)

Así, el Carnaval, por su estructura, busca y a la vez forja espacios en los que, para los participantes, sea posible tener una experiencia poética que el promotor, en principio, también vive de esta manera. Ello se evidencia en el animador de la sala Una noche en Macondo, quien, por la manera en que narra con recursos de narrador oral y de cuentero los elementos más importantes de Crónica de una muerte anunciada, se muestra como un apasionado de la obra de Gabriel García Márquez. Ya lo dice Emilia Ferreiro una de las más importantes voces de la pedagogía del siglo XX: “Si los docentes no leen, son incapaces de transmitir el placer de la lectura”. (Web del maestro CMF, 2024)

Otro ejemplo es la promotora de la sala Ciudad Imaginada, quien habla de la literatura infantil. Aunque no tiene un metalenguaje sobre esta, solo la vive y la goza. En este orden de ideas, tener conocimientos académicos sobre la formación de lectores es un valor importante para el promotor, pero no es la única condición que garantizará su éxito en la promoción de la lectura.

Por un lado, la formación del promotor (alcanzada por experiencia o por academia) es importante en la medida en que le permite conocer los códigos del campo disciplinar en el que se mueve como profesional y no solo como un principiante que explora caminos posibles. Este conocimiento le permitirá entrar con mayor profundidad en la esencia y naturaleza del libro y de su promoción. El metalenguaje no es la jerga académica para referirse a ilustraciones, promoción, lectura, narrativas; es una manera de comprender y, al comprender, conectarse mejor con la esencia del proceso que se vive cuando un lector empieza a construir sentido alrededor del texto y su estrecha relación con la cultura y, ya lo hemos dicho, la vida misma.

Por otro lado, puede ocurrir lo contrario: el promotor puede tener conocimientos, pero no sensibilidad estética ni habilidades comunicativas; o no ser lector, o ser un lector desapasionado; o no interesarse por la literatura, o creer que la poesía es un bien al que solo deben acceder algunos, o un simple “lujo” en la vida de una persona.

En suma, además de un conocimiento profundo del campo, el promotor requiere sensibilidad estética con la palabra, sensibilidad con los niños y jóvenes lectores, con los escenarios y con las obras. Se requiere un sujeto con capacidad de

comprender estos procesos con la perspicacia suficiente para ser parte de la experiencia de lectura y no ser —ni sentirse— un sujeto marginal frente a lo que les pasa a los niños, frente a esa transformación, a esas epifanías que para los pequeños son, sobre todo, un universo de posibilidades.

Hemos entonces descrito siete vestidos con los que el promotor confecciona su actuación, vestidos que pueden estar o no presentes en un promotor, o con los que puede sentirse más cómodo vistiéndose con un ropaje en concreto. Por ejemplo, puede ser más un cautivador que un maestro en el sentido que hemos abordado. En una propuesta como la del Carnaval, que consiste en tres horas de intensa relación entre los niños, las obras y los escritores, el promotor es, ante todo, un cautivador que oficia como “celestino” entre los libros y los pequeños y jóvenes lectores que visitan el Centro Cultural Comfandi dispuestos a tener nuevos encuentros.

Por el contrario, en experiencias de más largo aliento en las que se suscitan varios acercamientos (por ejemplo, en la escuela o en el hogar), el promotor trasciende su experiencia y aborda otras aristas del proceso. Sin embargo, no solo los promotores tienen la oportunidad de prolongar este trabajo de sensibilización y formación lectora; los profesores de los colegios participantes también pueden retomar estas acciones y continuarlas en sus propias aulas de clase, incluso insertarlas dentro de sus propios proyectos didácticos, tal como hace la profesora Rocío del colegio Calipso, como se explicó en otros apartados.

Finalmente, reconocer todo lo que hemos venido planteando implica que los equipos que planifican las propuestas de promoción deben examinar las fortalezas de cada uno

de sus miembros. Un ejemplo de lo anterior es la experiencia Gente y cuentos, en la que la propia Sarah Hirschman reconoce que organiza a su grupo de trabajo de acuerdo con algunas fortalezas.

Por un lado, están quienes leen los cuentos, por otro, quienes animan la discusión; y por último, quienes planean las preguntas susceptibles de ser objetos de discusión. El primer rol exige el dominio de aspectos tanto prosódicos como gestuales. El segundo le exige al promotor formular preguntas que, probablemente, no fueron planificadas y deben ser “cogidas al vuelo”, además de la capacidad de improvisar a partir de lo que los niños lectores dicen, lo que obliga al promotor a formular posibles giros. Esto no significa que quien lea el cuento no puede participar, pero no es el único que lo hace: puede haber otros que intervengan positivamente.

El tercero, un amplio conocimiento de las obras que serán tomadas como objeto de reflexión, con la participación ideal de la totalidad del equipo. Esta división de roles, además de los siete vestidos descritos, demuestra que las funciones de un promotor son tan complejas que debe haber equipos robustos que planifiquen, ejecuten y evalúen las diferentes propuestas de animación a la lectura.

CONCLUSIONES

A lo largo de este recorrido, hemos explorado la figura del promotor de lectura a través de la metáfora de sus siete vestiduras. Este ejercicio de desglosar sus roles —desde el Cautivador que enciende la chispa inicial hasta el Lector que forma a otros lectores desde su propia pasión— nos

permite comprender la profunda complejidad y el carácter polifacético de su oficio. Sin embargo, el mayor riesgo de un análisis de este tipo es concebir estas vestiduras como roles aislados o sucesivos. La realidad de la praxis revela que el verdadero arte del promotor no reside en portar un único ropaje, sino en su capacidad para combinarlos, superponerlos y tejerlos en una actuación coherente y sensible.

La vestidura del Maestro, por ejemplo, sería ineficaz sin la pericia técnica del Artesano para organizar el ambiente de lectura; el Dador de Vida que materializa la ficción es, en esencia, una manifestación sublime del Cautivador inicial; y ninguna de estas actuaciones tendría alma sin la pasión genuina del Lector que las fundamenta a todas. Por tanto, más que un guardarropa de funciones separadas, el promotor posee un tejido único, una urdimbre donde cada hilo representa una habilidad, una sensibilidad o un conocimiento. Su maestría se manifiesta en la destreza para saber qué hilo resaltar en cada momento, respondiendo a las necesidades del contexto, del libro y, sobre todo, de los lectores que tiene en frente.

Esta visión integral nos obliga a reflexionar sobre el estatus del promotor de lectura en el ecosistema cultural. Su labor trasciende con creces la de un simple animador o voluntario entusiasta; se trata de un profesional de la mediación cultural altamente especializado. Su perfil ideal es el de un equilibrista que camina con destreza sobre la delgada línea que separa el don de la técnica, la pasión innata del conocimiento adquirido. Por un lado, necesita esa sensibilidad casi innata, esa capacidad de conectar y empatizar. Por otro, requiere un dominio técnico y conceptual que le permita diseñar experiencias, comprender los procesos lectores y articular un discurso sólido sobre su propia práctica.

Reconocer esta complejidad tiene una implicación directa y fundamental: la necesidad de valorar la formación continua y el trabajo en equipo. Como se desprende de la experiencia de Gente y cuentos citada por Hirschman, es poco realista esperar que una sola persona encarne a la perfección las siete vestiduras. Un promotor puede ser un narrador excepcional, pero requerir apoyo en la planificación estratégica; otro puede ser un maestro en la gestión del diálogo, pero necesitar la creatividad de un dador de vida para diseñar los escenarios. Los equipos robustos, donde se reconocen y complementan las fortalezas individuales, no son un lujo, sino una condición necesaria para la planificación, ejecución y evaluación de propuestas de promoción lectora que aspiren a ser verdaderamente transformadoras.

Finalmente, al sintetizar estos roles, reafirmamos que el oficio del promotor de lectura es una de las labores con mayor impacto social de nuestro tiempo. En un mundo saturado de información efímera y discursos polarizantes, el promotor trabaja con la materia prima de la imaginación, la empatía y el pensamiento crítico. Al tejer puentes entre los niños y los libros, no solo está fomentando un hábito; está cultivando el capital simbólico de una comunidad. Su labor es un acto de resistencia cultural y de inclusión social, especialmente cuando lleva estas experiencias a contextos de vulnerabilidad, donde el acceso a la palabra poética puede ser tan vital como el pan. Así, el arte de vestir la palabra se revela no solo como una profesión, sino como un compromiso ético. Cada sesión de lectura, cada historia contada, cada vínculo creado es un hilo más en un tejido mayor: el de una sociedad más reflexiva, más creativa y, en última instancia, más humana. El promotor de lectura, con sus múltiples vestiduras, es uno de sus artesanos más indispensables.

Capítulo 4.

Caracterización de los clubes de lectura universitarios en Colombia: un panorama desde las bibliotecas

Por: Equipo CRAI – Biblioteca de la Universidad Autónoma de Occidente

La lectura en el contexto universitario colombiano ha sido tradicionalmente abordada desde una perspectiva académica, enfocada en las prácticas pedagógicas y en la adquisición de habilidades para la investigación y la producción escrita. Trabajos como *¿Para qué se lee y se escribe en la universidad colombiana? Caracterización de prácticas de lectura y escritura en 17 universidades* (Pérez Abril y Rodríguez Manzano, 2013) así lo demuestran, al concentrarse en el ámbito curricular y, de forma notable, sin mencionar a las bibliotecas como espacios activos para el fomento de la lectura.

Sin embargo, en los últimos años, las bibliotecas han comenzado a asumir un rol más protagónico en la formación de lectores. Se evidencia un panorama que busca enriquecer la experiencia formativa integral de los estudiantes, a través de

una iniciativa que trasciende lo puramente académico: los clubes de lectura en las bibliotecas universitarias.

El presente artículo busca llenar, en parte, este vacío, ofreciendo una caracterización preliminar, no exhaustiva, de los clubes de lectura en bibliotecas universitarias colombianas, pero que arroja luces sobre lo que se está haciendo y el rol cada vez más importante y necesario de las bibliotecas en la consolidación de hábitos de lectura y escritura entre los jóvenes estudiantes, necesarios para la efectividad en las actividades académicas.

Para ello, se presenta la metodología de una encuesta aplicada a 38 universidades, se exponen sus resultados clave sobre el perfil de los clubes, sus participantes, los textos abordados y las dinámicas empleadas, culminando con una reflexión sobre su impacto, los desafíos que enfrentan y algunos casos de éxito.

Metodología de la encuesta

Para comprender el estado actual de los clubes de lectura universitarios en Colombia, se diseñó una encuesta que fue enviada por correo electrónico a diversas instituciones de educación superior a lo largo del país. Se recibieron 38 respuestas de universidades, la mayoría de ellas acreditadas como de Alta Calidad por el Ministerio de Educación Nacional, lo que confiere a este estudio una base sólida y representativa de las iniciativas existentes en el ámbito universitario colombiano.

La información recopilada a través de esta encuesta ha permitido trazar un perfil claro de estos clubes, revelando aspectos cruciales sobre su estructura, funcionamiento, impactos y el rol de las bibliotecas en su desarrollo e implementación.

Lista de clubes de lectura y universidades encuestadas

A continuación, se presenta el listado de los clubes de lectura y las instituciones que participaron en la encuesta. Se destaca aquí que estos clubes son una realidad en todo el país y reflejan una amplia diversidad cultural.

La estancia de las libélulas

— Universidad del Magdalena (Santa Marta, Magdalena);

Volando entre letras

— Universidad Ean (Bogotá);

Club de lectura por la paz

— Universidad de Córdoba (Montería, Córdoba);

Hablemos de libros y autores

— Universidad Nacional (Medellín, Antioquia);

Club de Lectura

— Universidad Icesi (Cali, Valle del Cauca);

Club de Lectura Constelación de las Palabras

— Universidad Nacional Abierta y a Distancia (UNAD) (Antioquia);

Me contó un pajarito

— Universidad Autónoma de Bucaramanga (Bucaramanga, Santander);

Entre páginas

— Universidad de Sucre (Sincelejo, Sucre);

El taburete

— Universidad Autónoma de Bucaramanga (Bucaramanga, Santander);

Excélsior

— Universidad Autónoma de Bucaramanga (Bucaramanga, Santander);

Entre páginas y tiempos

— Corporación Universitaria Minuto de Dios (UNIMINUTO), Rectoría Antioquia-Chocó (Bello, Antioquia);

Club de lectura virtual LeerNos

— Institución Universitaria Escolme (fundador) y otras instituciones asociadas (Medellín, Antioquia);

Club de lectura Universidad EAFIT

— Universidad EAFIT (Medellín, Antioquia);

Club de Lectura Alebrijes

— Universidad Autónoma Latinoamericana (UNAULA) (Medellín, Antioquia);

Club de lectura en español

— Centro Cultural Colombo Alemán (Cali, Valle del Cauca);

Mundos entre páginas

— Universidad de Medellín (Medellín, Antioquia);

Las mil y una páginas

— Universidad Distrital Francisco José de Caldas (Bogotá, D.C.);

Do Mayor

— Universidad de La Salle (Bogotá, D.C.);

Club de lectura Letras sin filtro

— Universidad Pontificia Bolivariana (UPB) (Medellín, Antioquia);

Parche literario

— Universidad de Antioquia (Yarumal, Antioquia);

Valmacondo

— Universidad Pedagógica Nacional (Bogotá, D.C.);

La Estación

— Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia (Tunja, Boyacá);

Una tarde de historias y tinto

— Universidad Pedagógica Nacional (Bogotá, D.C.);

Laboratorio de Lectura de la Biblioteca UEB

— Universidad El Bosque (Bogotá, D.C.);

Club de lectura Letras al Oído

— Universidad Pontificia Bolivariana seccional Montería (Montería, Córdoba);

Club Letras al Oído

— Universidad Pontificia Bolivaria (UPB) (Medellín, Antioquia);

Club de Lectores UAN

— Universidad Antonio Nariño (Bogotá, D.C., virtual nacional);

Bibliotecas activas UCC

— Universidad Cooperativa de Colombia Bucaramanga (Bucaramanga, Santander);

Círculo de lectura Raíces y Alas

— Universidad Pedagógica Nacional (Bogotá, D.C.);

En voz alta

— Universidad de Cartagena (Cartagena de Indias, Bolívar);

Parches literarios

— Universidad de Antioquia (Medellín, Antioquia);

Tras las huellas

— Universidad Pontificia Bolivariana (UPB) (Bucaramanga, Santander);

Entre páginas

— Universidad Libre seccional Cúcuta (Cúcuta, Norte de Santander);

Catarsis

— Universidad Autónoma de Occidente (Cali, Valle del Cauca);

Lectonautas

— Universidad Santo Tomás seccional Bucaramanga (Bucaramanga, Santander);

Club de lectura UPTC

— Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia;

Club de Lectura ITM

- Institución Universitaria ITM.

Generalidades y puntos clave

Lo primero que se observa, como se muestra en la *Figura 1*, es que, en la mayoría de los casos, los clubes de lectura pertenecen o son iniciativas de las bibliotecas (68 %). Asimismo, la mitad de los clubes indagados utilizan el espacio de la biblioteca para su realización.

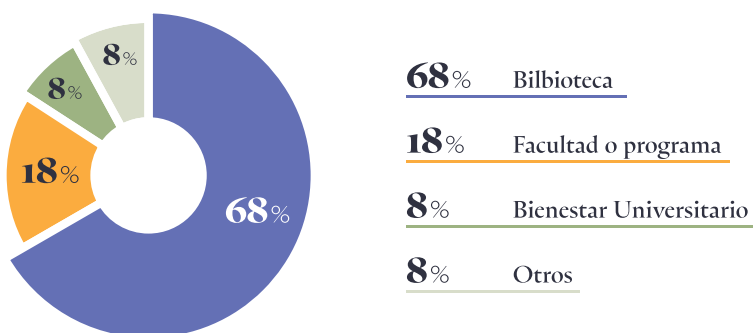


Figura 1

A qué dependencia de institución pertenece el club de lectura

Estos hallazgos son de suma relevancia, ya que posicionan a la biblioteca como el epicentro de la cultura lectora en la universidad, trascendiendo su rol tradicional de mero repositorio de libros para convertirse en promotora de la lectura, dinamizadora cultural y espacio de entretenimiento con sentido dentro del entorno universitario (*Figura 2*).

Tomando esto en cuenta, no es de extrañar que los clubes de lectura sean gestionados, en su gran mayoría, por bibliotecarios: 23 clubes son coordinados por miembros del personal de la biblioteca (58 %).

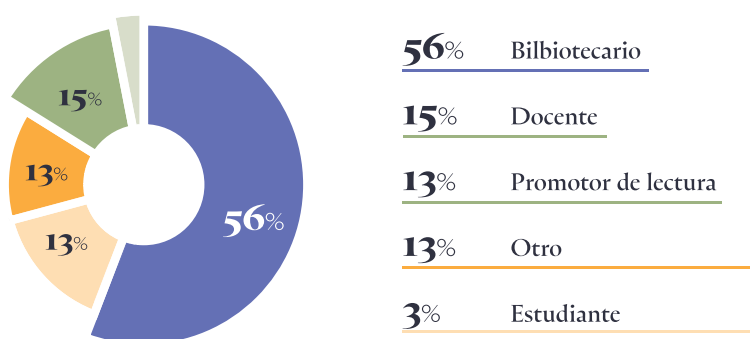


Figura 2

Rol insitucional del coordinador o coordinadora

También se evidencia, con cinco clubes de lectura coordinados por promotores de lectura profesionales, que este rol de experto tiene cabida y debe consolidarse en las bibliotecas. Igualmente, se pone de manifiesto la necesidad de profesionalización o especialización del bibliotecario en temas relacionados con la lectura, la pedagogía, las dinámicas de formación, las habilidades comunicacionales, entre otros aspectos. Son ellos quienes diseñan actividades, moderan debates, proponen estrategias de comunicación, entre otras funciones.

Otro hecho a resaltar en las encuestas es la diversidad de los asistentes a los clubes: estudiantes, docentes, personal administrativo, egresados e, incluso, personas externas a la institución. La biblioteca se consolida, así, como el punto de encuentro de su comunidad académica y como garante del sentido de universalidad de la universidad. Además, tal pluralidad de participantes enriquece profundamente las discusiones y permite que la literatura sea abordada desde múltiples perspectivas, generando un diálogo interdisciplinar, multicultural y transgeneracional muy necesario en el entorno universitario.

La participación de jóvenes entre los 18 y 25 años es comprensible, si se tiene en cuenta que 34 universidades indicaron que el foco principal son los estudiantes de pregrado (52 %). Los jóvenes deben ser el eje central, ya que hacia ellos debe orientarse el esfuerzo por fortalecer sus habilidades lectoras. A los clubes de lectura ofrecidos por las bibliotecas se asiste por el gusto de leer y compartir. Esto se concluye al observar que, de las 38 instituciones encuestadas, 27 informan que no se otorgan incentivos como notas o certificados, aunque sí se entregan libros, bonos y refrigerios (30 respuestas).

Todos los clubes tienen, al menos, una reunión mensual: el 50 % se reúne semanalmente, el 30 % mensualmente y el 20 % quincenalmente. Lo que se lee es decidido, en su mayoría, por los asistentes, ya sea por votación (28 %) o mediante propuestas libres (26 %). En un 31 % de los casos, es el coordinador quien selecciona los textos.



Figura 3
Forma de elección de las lecturas

Geográficamente, ciudades como Medellín, Bogotá y Cali se destacan por la mayor presencia de estas iniciativas, lo que evidencia su importancia en el panorama educativo y cultural del país, al concentrar gran parte de la actividad de los clubes de lectura universitarios. También se reporta la existencia de clubes en otras ciudades como Montería, Santa Marta, Yarumal, Tunja, Duitama y Cúcuta.

¿Qué se lee en los clubes de lectura universitarios de Colombia?

Según la encuesta, y como se observa en la Figura 3, la oferta de lecturas en estos clubes universitarios es bastante diversa, lo que demuestra una apertura a diferentes géneros y estilos. Se evidencia una clara preferencia por los cuentos y las novelas (49 %). En tercer lugar, se encuentra la lectura de poesía (14 %). También se leen —aunque en menor medida— ensayos (10 %), crónicas (9 %), textos científicos (3 %) y literatura gráfica (9 %); el 3 % restante corresponde a otro tipo de textos. Dicha variedad responde directamente a los intereses de los participantes, permitiéndoles explorar distintos estilos, épocas y culturas.

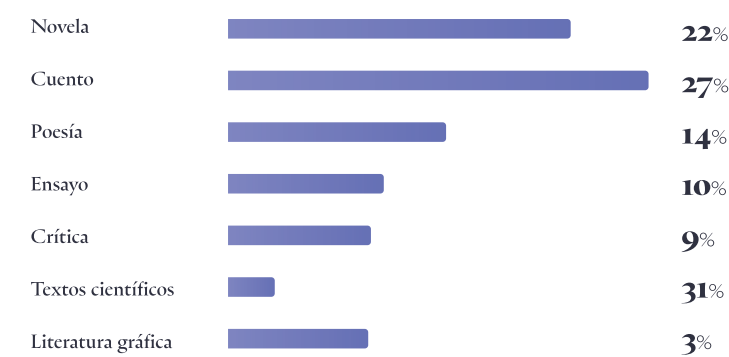


Figura 4

Tipos de textos leídos en los clubes de lectura en Colombia

En los clubes de lectura se pueden encontrar preferencias por autores clásicos y contemporáneos, tanto nacionales como internacionales. Los autores colombianos más mencionados fueron Gabriel García Márquez, Mario Mendoza y Piedad Bonnett. García Márquez, premio Nobel de Literatura, y Mendoza, uno de los escritores más leídos entre los jóvenes en los últimos años. Por su parte,

Bonnett, con su libro *Lo que no tiene nombre*, es muy leída porque habla de un joven, como muchos de los asistentes a los clubes.

Que se lean escritores colombianos (39 escritores colombianos, de un total de 63 hispanohablantes) refuerza la idea de que Colombia cuenta con muy buenos escritores que motivan su lectura entre los jóvenes, y nos dan la idea de una identidad cultural y literaria fuerte. Sin embargo, esta preferencia se equilibra con la inclusión de figuras internacionales de la talla de Franz Kafka, Jorge Luis Borges y Julio Cortázar. Esto indica que los clubes de lectura son muy variados en sus enfoques y lecturas, lo que los convierte en verdaderas ventanas al mundo y al pensamiento universal, buscando siempre fomentar la discusión y el intercambio de ideas entre sus miembros.

¿Cómo se aborda la lectura para su comprensión y dinamización?

Las sesiones de los clubes de lectura, que tienen una duración máxima de dos horas (18 % una hora, 35 % hora y media, y 19% dos horas), no se limitan a una lectura pasiva y silenciosa, sino que se dinamizan mediante actividades complementarias que las hacen atractivas para los asistentes.

La conversación libre, que estimula el intercambio de ideas, es una de las prácticas comunes. La lectura en voz alta durante la sesión es uno de los métodos más utilizados (25 %), aunque también se emplea la lectura previa del texto para discutirlo en el encuentro (19 %).

Otras metodologías incluyen el análisis guiado de los textos (20 %), la escritura creativa como herramienta de comprensión y expresión (17 %), y la participación de invitados especiales (18 %), que enriquecen y hacen más atractivas las sesiones de debate.

Dichas metodologías activas fomentan la reflexión crítica, el desarrollo de la expresión oral y escrita, así como el pensamiento creativo, todas habilidades fundamentales que ayudan a los jóvenes en su camino a convertirse en profesionales integrales y ciudadanos participativos.

El efecto dinamizador, promocional y de enganche de las redes sociales también ha sido crucial, no solo para aumentar la asistencia a las sesiones, sino para motivar a nuevos lectores. Un 34 % de las universidades las utiliza de manera habitual para invitar a las sesiones y promover lecturas. El correo electrónico institucional sigue siendo importante (25 %), al igual que la invitación personalizada en los salones de clase (15 %) y la publicidad mediante carteles y volantes (19 %).

Aunque la mayoría de los clubes no otorgan certificados formales, se utilizan incentivos simbólicos como libros, bonos o refrigerios. Estos estímulos refuerzan el sentido de pertenencia al grupo, crean un ambiente acogedor y motivan la participación continua de los miembros.

Impacto y retos de los clubes de lectura

Aun cuando la muestra de 38 encuestas no puede considerarse determinante, sí constituye un indicio claro de que

los clubes de lectura en las bibliotecas universitarias están creciendo y se consolidan como un factor diferenciador de la biblioteca dentro de la universidad.

Impacto generado

Principalmente, estos clubes refuerzan habilidades esenciales como la lectura, la escritura y la argumentación, sobre todo en estudiantes de pregrado, brindándoles un espacio complementario a la academia para el desarrollo de estas competencias. Además, reposicionan a la biblioteca como un espacio vivo y activo de disfrute literario, trascendiendo su función como mero lugar de consulta académica y fomentando el amor por la lectura, al ofrecer una alternativa de ocio y distracción frente a las exigencias universitarias. La biblioteca se convierte en un oasis de descanso en medio de la actividad académica.

Se evidencia la construcción de comunidades diversas, donde estudiantes, docentes, personal administrativo e, incluso, adultos mayores se integran, promoviendo el diálogo intergeneracional y el desarrollo de habilidades blandas como el liderazgo y el trabajo en equipo. Clubes como Constelación de las Palabras de la UNAD o Do Mayor de la Universidad de La Salle son ejemplos claros de cómo estas iniciativas generan visibilidad, reconocimiento y un impacto emocional duradero, incluso impulsando publicaciones y la participación en eventos culturales. Asimismo, contribuyen a la activación de las colecciones bibliográficas, fomentando el préstamo de libros físicos y el uso de plataformas electrónicas, lo que revitaliza los fondos existentes y promueve la búsqueda de nuevos títulos.

Finalmente, los clubes de lectura han generado un impacto profundo en la comunidad universitaria al promover el pensamiento crítico, la creatividad y la construcción colectiva del conocimiento. Más allá de lo académico, han brindado un espacio de encuentro, diálogo y bienestar emocional, donde la lectura se convierte en una práctica cultural compartida que fomenta la inclusión y el diálogo intergeneracional.

Casos para resaltar: trascendiendo el club

Algunos clubes han logrado una trascendencia notable más allá de sus sesiones regulares, con impacto dentro y fuera de sus universidades. A continuación, resaltamos tres experiencias que nos indican que los clubes de lectura pueden ir más allá de un espacio cerrado de lectura, a un dinamizador de la lectura con impacto en otras áreas del conocimiento y de la vida universitaria:

UNAD: Cien palabras: Microcuentos del Club de Lectura Vol. 1 | Sello Editorial UNAD. Este club ha logrado la publicación de una compilación de microcuentos, lo cual no solo valida el trabajo creativo de sus participantes, sino que también genera un producto editorial tangible que enriquece el acervo de la universidad.

UAO: Anna Suburbia. El club de la Universidad Autónoma de Occidente no solo publicó un artículo en la prestigiosa Revista Interamericana de Bibliotecología, sino que también sentó las bases para la creación de un libro interactivo multimedia titulado Memorias de Anna Suburbia: creación de un libro interactivo multimedia como experiencia colabora-

tiva en bibliotecas universitarias, demostrando el potencial innovador de estas iniciativas (Gallo et al., 2019).

Universidad Pedagógica Nacional: Feria del Libro Valmacondo. El club Valmacondo ha sido el motor de la “1 Feria del Libro Valmacondo UPN — Educadora de Educadores”, un evento de gran envergadura que posiciona a la universidad como un referente en el fomento de la lectura a nivel nacional (Universidad Pedagógica Nacional, 2025).

Estos ejemplos ilustran cómo los clubes de lectura pueden convertirse en plataformas para la creación de nuevo conocimiento, a través de la publicación y la organización de eventos culturales de gran impacto dentro y fuera de la universidad.

Retos identificados

A pesar de su impacto positivo, los clubes de lectura universitarios enfrentan desafíos significativos que afectan su sostenibilidad, crecimiento e impactos:

Participación y asistencia. El reto más recurrente es mantener una asistencia masiva y sostenida, especialmente entre los estudiantes, cuya rotación semestral, cargas académicas y falta de tiempo obstaculizan la continuidad. La dificultad para establecer horarios fijos y la competencia con distractores tecnológicos también limitan la participación.

Reconocimiento y recursos. Existe una necesidad imperante de mayor reconocimiento institucional y recursos

sostenibles para la adquisición de libros (especialmente traducciones de autores específicos), la difusión continua de las actividades, la formación de mediadores y la creación de repositorios accesibles en línea que almacenen el material generado.

Difusión y visibilidad. La difusión limitada y la poca visibilidad de los clubes dificultan su alcance a nuevos públicos y su consolidación como proyectos integrales de la universidad, más allá de la percepción de ser solo un espacio de consulta.

Continuidad posgraduación. En algunos casos, la distancia geográfica es un factor que lleva a los participantes a dejar de asistir una vez se gradúan, lo que plantea un reto para mantener la conexión con esta comunidad lectora.

Adaptación de formatos. El interés creciente por los formatos electrónicos plantea el reto de diversificar las ofertas y asegurar la accesibilidad de los materiales, migrando hacia plataformas digitales que respondan a las nuevas tendencias de lectura.

En conjunto, estos desafíos reflejan la necesidad de estrategias más integrales y flexibles para garantizar la permanencia, el crecimiento y el impacto de los clubes en la vida universitaria. Se hace evidente la necesidad de crear repositorios accesibles que fortalezcan la visibilidad y continuidad de dichas iniciativas, sirviendo como memoria y plataforma para futuras actividades.

Conclusiones

Los clubes de lectura en universidades colombianas representan un espacio invaluable para el fomento de la lectura, la formación integral de la comunidad académica y la revitalización de la biblioteca como espacio cultural. A través de este análisis, se ha logrado caracterizar la riqueza y diversidad de estas iniciativas, destacando el papel fundamental de los bibliotecarios como promotores de lectura, la pluralidad de los participantes y la variedad de textos y metodologías empleadas. Las bibliotecas comprenden que deben ser protagonistas en el fortalecimiento de los hábitos lectores, como una de las habilidades necesarias para el logro del éxito académico entre los estudiantes y el fortalecimiento de su capital cultural.

Aunque los clubes de lectura han demostrado un impacto positivo en el desarrollo de habilidades, la creación de comunidades y la generación de productos culturales, enfrentan desafíos significativos relacionados con la sostenibilidad, el reconocimiento institucional y la adaptación a las nuevas formas de aproximación a la lectura por parte de los estudiantes. Superar tales retos requerirá un compromiso continuo por parte de las bibliotecas y del personal bibliotecario, así como más estudio, flexibilidad, aprendizaje permanente, una mayor asignación de recursos y el diseño de estrategias innovadoras que aseguren la visibilidad, participación e impacto de estos espacios en su comunidad universitaria.

En un país donde la lectura sigue siendo una gran carencia y una barrera para el acceso efectivo al conocimiento, los clubes

de lectura universitarios emergen como una opción válida e imprescindible para el logro de una sociedad más lectora, crítica y participativa. Su consolidación no solo enriquecerá la vida académica de la universidad y revitalizará el espacio de la biblioteca, sino que también contribuirá al desarrollo personal, profesional y ciudadano de los jóvenes estudiantes.

Referencias

Adorno, T. W. y Horkheimer, M. (1994). *Dialéctica de la ilustración: Fragmentos filosóficos*. Trotta.

Baron, N. J. (2023). *Who Wrote This: How AI and the Lure of Efficiency Threaten Human Writing*. Stanford University Press.

Barthes, R. (1984). La muerte del autor. En *El susurro del lenguaje: Ensayos críticos IV* (pp. 61-67). Editorial Seuil.

Biggs, J. (2006). Calidad del aprendizaje universitario. Narcea.

Bombara, P. (2021). Leer literatura en la universidad: un encuentro para toda la vida. <https://paulabombara.ar/2021/06/09/leer-literatura-en-la-universidad-un-encuentro-para-toda-la-vida/>

Borges, J. L. (1969). *Un lector*. En *Elogio de la sombra*. Editorial Sur.

Calonje, P. (2007). El sentido de leerles en voz alta. Educación y bibliotecas. Libros infantiles y juveniles, 30-39
Carlino, P. (2006) Escribir, leer y aprender en la universidad: una introducción a la alfabetización académica. Fondo de Cultura Económica de Argentina.

Cassany, D. (2006). Tras las líneas. Sobre la lectura contemporánea. Anagrama.

Cassany, D., y Castellà, J. M. (2010). Aproximación a la literacidad crítica. *Perspectiva*, 28(2), 353-374. <https://doi.org/10.5007/2175-795X.2010v28n2p353>

Chambers, A. (2007). Contar y leer cuentos. En *A viva voz: Lectura en voz alta* (pp. 65-87). Bibliotecas Escolares CRA, Ministerio

de Educación de Chile. https://bibliotecas-cra.cl/wp-content/uploads/2024/05/avivavoz_web.pdf

Deutscher, G. (2010). *A través del cristal del lenguaje*. Ransom House.

Freire, P. (1990). *La importancia del acto de leer: Aproximaciones y distanciamientos teórico-metodológicos*. Continuum.

Fundación La Fuente. (2013). *El maná espiritual y el espacio poético: Libros, salas y habitantes en el carnaval del libro infantil*. Editorial Universidad de San Buenaventura.

Gallo, H. A., Gallego, A. F., Briceño, J. J., y Mera, D. (2019). Memorias de Anna Suburbia: creación de un libro interactivo multimedia como experiencia colaborativa en bibliotecas universitarias. *Revista Interamericana de Bibliotecología*, 42(3), 267-276. <https://doi.org/10.17533/udea.rib.v42n3a06>

Giroux, H. (1983). Teorías de la reproducción y la resistencia en la nueva sociología de la educación: un análisis crítico. *Polémicas*, (17). <https://revistas.upn.edu.co/index.php/RCE/article/view/5140/4214>

Harari, Y. N. (2024). Nexus. Debate.

Hirschman, S. (2011). *Gente y cuentos. ¿A quién pertenece la literatura?: Las comunidades encuentran su voz a través de los cuentos*. Fondo de Cultura Económica.

Instituto V-DEM de la Universidad de Gotemburgo. (2024). *La democracia gana y pierde en las urnas. Informe sobre la democracia 2024*. https://v-dem.net/documents/47/V-Dem_DR_2024_Spanish_lowres.pdf

Jarrín Ballesteros, H., Calle Cadavid, B. E., & Laverde M., P. (2018). *El maná espiritual y el espacio poético: libros, salas y habitantes en el Carnaval del Libro Infantil Comfandi*. Cali: Programa Editorial Universidad Autónoma de Occidente; Comfandi.

Kapr, A. (1996). *Johann Gutenberg: The Man and His Invention*. Scholar Press & Ashgate Publishing.

Kosmyna, N., Hauptmann, E., y Tong Yuan, Y. (2025). Your Brain on ChatGPT: Accumulation of Cognitive Debt when Using an AI Assistant for Essay Writing Task. MIT.

Macías, L. F. (2025). *La región del sentido* (pp. 78-80). Universidad Autónoma de Occidente.

Marchant, J. (2012). *Descifrando los cielos*. Cornerstone Press.

Montes, G. (1999). *La frontera indómita: En torno a la construcción y defensa del espacio poético*. Fondo de Cultura Económica.

Pérez Abril, M., y Rodríguez Manzano, A. (2013). ¿Para qué se lee y se escribe en la universidad colombiana? Caracterización de prácticas de lectura y escritura en 17 universidades. *Revista de Docencia Universitaria*, 11(1), 137-160. <https://www.redalyc.org/pdf/7240/724079855011.pdf>

Petit, M. (2009). *Leer el mundo: La lectura como resistencia y oportunidad*. Editorial Océano.

Piglia, R. (2011). Los usos de la narración. En S. Hirschman, *Gente y cuentos. ¿A quién pertenece la literatura?* (pp. 11-19). Fondo de Cultura Económica.

Piglia, R. (2016). *Las tres vanguardias: Saer, Puig, Walsh*. Eterna Cadencia.

Rosenblatt, L. M. (2002). *La literatura como exploración*. Fondo de Cultura Económica.

Salinas, P. (1948). *El defensor*. Espasa Calpe.

Saramago, J. (2022). *Cuadernos de Lanzarote I (1993-1995)*. Alfaguara.

Seth, A. (2021). *Being You: A new science of awareness*. Faber & Faber.

Shrier, A. (2024). *Bad Therapy: Why the kids are not grown up*. Sentinel.

Sibilia, P. (2008). La intimidad como espectáculo. Fondo de Cultura Económica.

Solé i Gallart, I. (1995). El placer de leer. *Lectura y Vida*, 16(3), 1-11

Thompson, D. R., y Bushnell, L. E. (2009). *Reading: Learning, writing and disorders*. Nova Science Publishers, Inc.

Turchin, P. (2015). *Ultrasociety: How 10,000 Years of War Made Humans the Greatest Cooperators on Earth*. Peter Turchin.

Universidad Pedagógica Nacional. (2025). 1 Feria del Libro Valmacondo. <https://www.upn.edu.co/1-feria-del-libro-valmacondo/>

University of Stavanger. (s. f.). Anne Mangen. Professor. <https://www.uis.no/en/profile/1746>

Weber, G. W. (2020). Quantum Leaps in Human Biocultural Evolution and the Relationship to Cranial Capacity. *Life*, 2032(13), <https://doi.org/10.3390/life13041030>.

Web del maestro CMF. (2024). Emilia Ferreiro: Si los docentes no leen, son incapaces de transmitir el placer de la lectura. WMCMF. <https://webdelmaestrocmf.com/portal/si-los-docentes-no-leen-son-incapaces-de-transmitir-el-placer-de-la-lectura/>

Wolf, M. (2020). *Lector, Vuelve a Casa: Cómo Afecta a Nuestro Cerebro la Lectura en Pantallas*. Deusto.

Zuleta, E. (1985). *Sobre la lectura*. Procultura.

Le región del sentido

“La región del sentido: luz e identidad en los clubes de lectura” es una obra colectiva que compila las ponencias presentadas durante los primeros diez años del Encuentro de Clubes de Lectura, un espacio de diálogo y reflexión propuesto por Hugo Alberto Gallo Machado, Director del Centro de Recursos para el Aprendizaje de la Universidad Autónoma de Occidente, que ha reunido a escritores nacionales e internacionales, expertos en literatura, promotores de lectura y representantes de clubes de lectura de Colombia. El libro se estructura en cuatro capítulos que abordan temas fundamentales para comprender el papel transformador de la lectura en una sociedad bajo cambios permanentes.

Este libro es una valiosa contribución al estudio de la lectura como práctica social, estética y formativa. A través de múltiples voces y experiencias, revela cómo los clubes de lectura no solo promueven el gusto por la lectura y los libros, sino que también construyen identidad, comunidad y nos ayudan a encontrar sentido al mundo.

